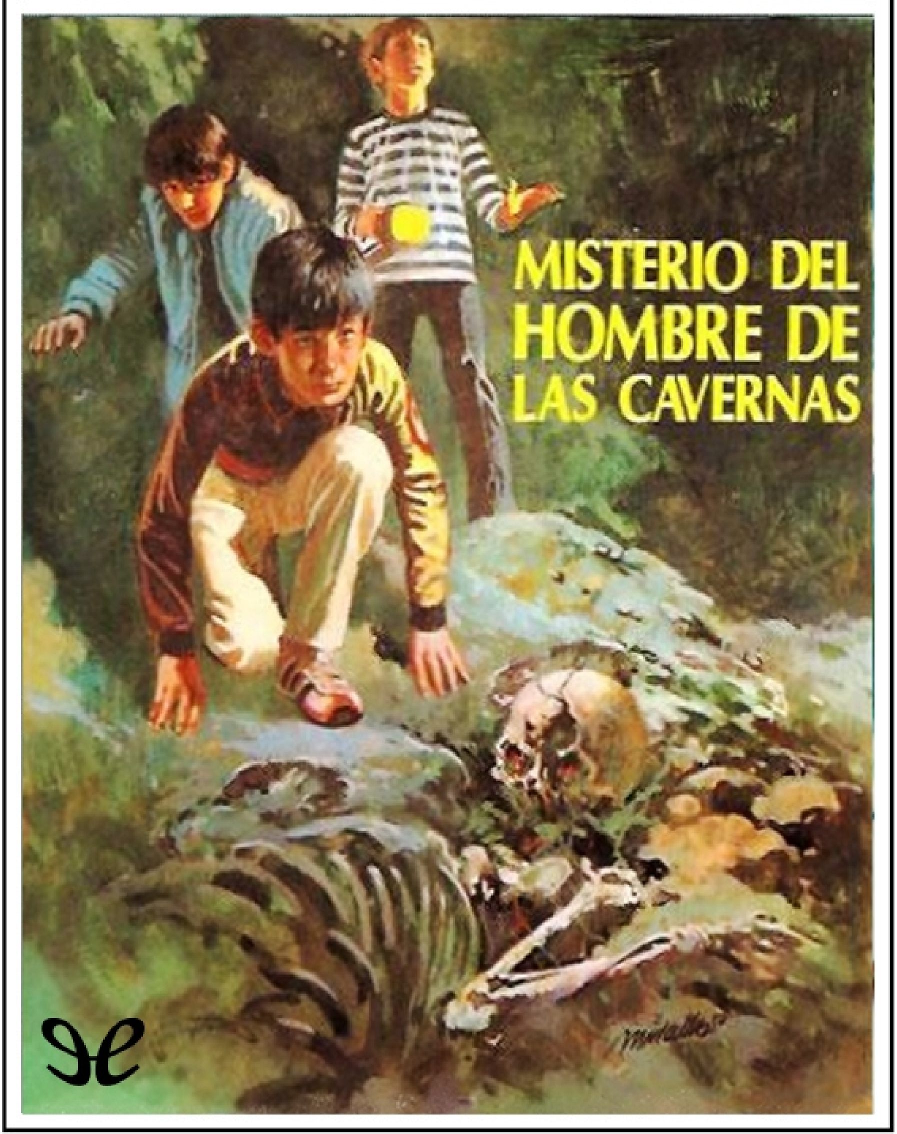
ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



M. V. Carey

(Basado en los personajes de Robert Arthur)

Misterio del hombre de las cavernas

Alfred Hitcock y los Tres Investigadores - 34

ePub r1.2

Titivillus 03.09.2017

Título original: *The Mystery of the Wandering Cave Man*
M. V. Carey, 1982
Traducción: Conchita Peraire del molino
Ilustraciones: Harry Kane
Diseño de cubierta: José María Miralles

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



UNAS PALABRAS DE HÉCTOR SEBASTIÁN

¡Se os saluda, amantes de los misterios!

Algunos de vosotros conocéis a Los Tres Investigadores por lo menos tan bien como yo. Os aconsejo que paséis directamente a la página 7 y sigáis adelante con la historia. Pero si os encontráis entre los que todavía no conocen a los tres muchachos, estaré encantado de tener la oportunidad de presentároslos.

Jupiter Jones es el Jefe de los jóvenes detectives y posee el título de Primer Investigador. Es un chico inteligente y un lector fanático, con una memoria casi fotográfica y poseedor de un raro talento para la deducción. Pete Crenshaw, el Segundo Investigador, tal vez no sea tan listo como Jupe, pero es atlético, de buen carácter y leal a sus amigos. Bob Andrews está a cargo de los Archivos e Investigación. Es un muchacho tranquilo, no tan atlético como Pete, pero de todos modos es capaz de auténticas proezas.

En esta aventura Los Tres Investigadores abandonan su base de Rocky Beach para ir en busca de un hombre muerto hace muchos milenios, y que, sin embargo, se pasea de noche por un pueblo remoto. Conocen a un trío de científicos que llevan a cabo extraños, o tal vez siniestros, experimentos, y los muchachos se ven atrapados en una antigua cripta cuando…

Pero no voy a contaros toda la historia. Si sentís curiosidad por saber más… ¡y estoy seguro de que es así…!, pasad al capítulo primero ¡y comenzad a leer!

HÉCTOR SEBASTIÁN

CAPÍTULO 1
UN DESCONOCIDO ENTRE LA NIEBLA

—¿Se encuentra usted bien? —dijo una voz femenina.

Jupiter Jones se quedó inmóvil escuchando.

La tarde estaba envuelta en una niebla espesa que amortiguaba el ruido del tráfico de la carretera de la Costa del Pacífico. Caía como una cortina entre el Patio Salvaje, la chatarrería de los Jones, y las casas del otro lado de la calle. A Jupe le hacía sentirse destemplado y solitario, como si fuese el único habitante de todo el planeta.

Pero alguien había hablado y ahora se oyeron pasos. Afuera alguien andaba junto a las verjas de la chatarrería.

Luego se escuchó la voz de un hombre y aparecieron dos personas moviéndose como sombras bajo la luz gris. El hombre iba encorvado y, al caminar, arrastraba los pies sobre el pavimento.

La mujer era delgada e infantil, y sus largos cabellos rubios colgaban lacios junto a su rostro.

—Aquí hay un banco —dijo guiando al hombre hasta un asiento cerca de la oficina—. Descanse un momento. Debería haberme dejado traerle en coche. Ha sido demasiado para usted.

—¿Puedo ayudarles? —Jupe se acercó a la pareja.

El hombre se llevó la mano a la cabeza mirando a su alrededor con aspecto aturdido.

—Estamos buscando… buscando…

Cogió la mano de la joven.

—Hágalo usted —le dijo—. Averigüe dónde está… dónde está…

—Harborview Lane —dijo la joven a Jupe—. Tenemos que ir a Harborview Lane.

—Se va por la carretera hasta pasado Sunset —replicó Jupe—. Escuche, si su amigo está enfermo, puedo avisar a un médico y…

—¡No! —exclamó el hombre—. ¡Ahora no! ¡Llegaremos tarde!

Jupe se inclinó sobre el forastero viendo su rostro cetrino y perlado de sudor.

—¡Estoy cansado! —dijo el hombre—. ¡Tan cansado…!

Se llevó las manos a la frente.

—¡Qué dolor de cabeza! —había extrañeza y desaliento en su voz—. ¡Es tan extraño! ¡Yo nunca tuve dolor de cabeza!

—Por favor, permítame que avise a un médico —suplicó Jupe.

El desconocido se incorporó.

—Estaré bien en seguida, pero ahora no puedo… no puedo…

Se reclinó contra el respaldo del banco mientras su respiración se hacía pesada y ruidosa. Luego su rostro se contrajo en una mueca.

—¡Duele! —dijo.

Jupe cogió una de sus manos que le resultó fría y húmeda al tacto. El hombre miró a Jupe. Sus ojos estaban fijos sin parpadear.

De pronto se hizo un inmenso silencio en la chatarrería.

La joven se inclinó para tocar al hombre y lanzó un sonido extraño, como un quejido de dolor.

Se oyeron pasos apresurados sobre la acera, y la tía de Jupiter, Matilda, salió por la puerta de la verja. Vio al hombre sentado en el banco y a la muchacha inclinada sobre él, así como a Jupe arrodillado delante de ambos.

—¿Qué ocurre, Jupiter? —preguntó tía Matilda—. ¿Es algo malo? ¿Aviso a una ambulancia?

—Sí —replicó Jupe—, puedes… puedes avisarla, pero creo que no servirá de nada. ¡Creo que ha muerto!

Después, Jupe recordaba gran confusión de luces y sirenas, y hombres que se apresuraban entre la niebla. La joven rubia lloraba entre los brazos de tía Matilda. La gente se agolpaba ante las rejas del «Patio Salvaje» y hubo un terrible silencio cuando metieron al difunto en la ambulancia. Luego sonaron más sirenas y Jupe y tía Matilda fueron en automóvil al hospital llevando a la joven rubia sentada entre los dos.

Jupiter sentía como si se moviera en un sueño gris e irreal.

Pero el hospital era la triste realidad, con su pasillo muy

concurrido y su sala de espera llena de humo de cigarrillos, y donde Jupe, tía Matilda y la joven rubia hojeaban revistas antiguas. Al cabo de un buen rato… de un rato largo… apareció un médico.

—Lo siento —dijo a la joven—. No hemos podido hacer nada. Algunas veces es mejor así. ¿Usted no es pariente suyo, verdad?

Ella meneó la cabeza.

—Tendremos que hacerle la autopsia —dijo—. Lo siento. Es lo acostumbrado cuando alguien muere sin asistencia médica. Probablemente habrá sido un derrame cerebral… la ruptura de un vaso sanguíneo en la cabeza. La autopsia lo confirmará. ¿Sabe usted cómo podemos ponernos en contacto con su familia?

Ella volvió a negar con la cabeza.

—No. Tendré que llamar a la fundación.

Comenzó a sollozar y una enfermera se la llevó. Jupiter y tía Matilda quedaron aguardando. Al cabo de un buen rato la joven regresó. Acababa de efectuar una llamada telefónica desde el despacho del director.

—Vendrán los de la Fundación —anunció a Jupiter y tía Matilda.

Jupiter se preguntaba qué sería eso de la fundación, pero no hizo preguntas. Tía Matilda propuso que tomasen todos una taza de té bien cargado. Tomó a la joven del brazo y la acompañó por el pasillo hasta la cafetería del hospital.

Durante un rato permanecieron sentados degustando su té, pero al fin la joven se dispuso a hablar.

—Era un hombre muy agradable —dijo y prosiguió en voz baja, mirándose las ásperas manos de uñas recomidas. Explicó que el difunto era el doctor Karl Birkensteen, famoso genetista que había estado trabajando en la Fundación Spicer, estudiando los efectos que sus experimentos causaban en la inteligencia de diversos animales y en su descendencia. La joven trabajaba allí también y cuidaba de los animales.

—He oído hablar de la Fundación Spicer —repuso Jupe—. Está en la costa, ¿no? ¿Cerca de San Diego?

Ella asintió.

—Hay una pequeña población en las colinas, junto a la carretera que va al desierto.

—Esa población se llama Citrus Grove —dijo Jupe.

La joven sonrió por primera vez.

—Sí, eso está muy bien. Quiero decir, que hay pocas personas que conozcan Citrus Grove. Incluso cuando han oído hablar de la Fundación, ignoran el nombre del pueblo.

—Jupiter lee muchísimo —dijo tía Matilda—, y retiene la mayor parte de lo que lee. Sin embargo, yo no conozco ese pueblo, ni tampoco la Fundación. ¿De qué se trata?

—Es una institución que fomenta la investigación de científicos independientes —explicó Jupiter.

De pronto daba la impresión de un profesor de colegió disertando acerca de un tema poco conocido. Era una pose que adoptaba siempre al explicar temas sobre los que estaba bien documentado. Tía Matilda estaba acostumbrada y pareció no darse cuenta, pero la joven rubia le miró con curiosidad.

—Abraham Spicer era un fabricante de plásticos —prosiguió Jupe—. Su compañía fabricaba cosas como escurreplatos y envases de plástico para guardar alimentos. Durante su vida hizo millones. No obstante, jamás alcanzó su verdadera ambición que era ser físico. Por consiguiente, dejó dispuesto que, a su muerte, su dinero se destinase a un fideicomiso, cuyas rentas debían mantener una fundación donde los científicos pudieran realizar investigaciones originales, o tal vez revolucionarias, en campos especiales.

—¿Siempre hablas así? —preguntó la joven.

Tía Matilda sonrió.

—Con demasiada frecuencia. Tal vez tenga algo que ver con tanta lectura.

—Oh —exclamó la joven—. Está bien. Quiero decir, que me parece bonito. No les he dicho cómo me llamo, ¿verdad? Mi apellido es Hess. Eleanor Hess. No es que importe mucho.

—Pues claro que importa —replicó tía Matilda.

—Bueno, lo que quiero decir es que, en realidad, no soy nadie. No soy famosa ni nada por el estilo.

—Lo cual no significa que no sea nadie —exclamó tía Matilda con firmeza—. Celebro conocerla, Eleanor Hess. Yo soy la señora de Titus Jones y éste es mi sobrino, Jupiter Jones.

Eleanor Hess sonrió y luego apartó los ojos a toda prisa como si temiese revelar demasiadas cosas de sí misma.

—Hábleme de su trabajo en la Fundación Spicer —dijo tía

Matilda—. Dijo usted que cuidaba de los animales. ¿Qué clase de animales?

—Son animales para experimentos —repuso Eleanor—. Ratas blancas, chimpancés y un caballo.

—¿Un caballo? —repitió tía Matilda—. ¿Tienen un caballo en el laboratorio?

—Oh, no. *Estrella* vive en el establo. Pero es un animal para experimentación como los demás. El doctor Birkensteen utilizó isótopos con su madre. Con la madre *yegua*, quiero decir. Sea como fuere, hizo algo a sus cromosomas. Yo no lo entiendo, pero en realidad es muy inteligente para ser un caballo. Sabe aritmética.

Tía Matilda y Jupe la miraron sorprendidos.

—Oh, nada complicado —se apresuró a añadir Eleanor—. Si colocamos dos manzanas delante de él, y luego añadimos tres más, sabe que son cinco. Da cinco golpes con la pata. Yo… yo supongo que en realidad no es tan importante, pero los caballos no son tan listos. Sus cabezas no tienen la forma adecuada. Los chimpancés del doctor Birkensteen son los más inteligentes. Hablan por signos. Saben decir cosas complicadas.

—Comprendo —dijo tía Matilda—. ¿Y qué pensaba hacer el doctor Birkensteen con esos animales una vez estuviesen convenientemente educados?

—No creo que fuese a hacer nada con ellos —repuso con voz queda—. En realidad no le importaba la inteligencia de los caballos ni que los chimpancés supieran hablar. Él quería ayudar a la gente a ser mejor. Y hay que empezar por los animales, ¿no es cierto? No estaría bien empezar por un bebé humano, ¿verdad?

Tía Matilda se estremeció.

Eleanor apartó la mirada refugiándose de nuevo en su timidez.

—En realidad no tienen por qué quedarse conmigo —les dijo—. Se han portado ustedes muy bien, pero ahora ya estoy mejor. El doctor Terreano y la señora Collinwood llegarán pronto y hablarán con el médico y… y…

Inclinó la cabeza y las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos.

—Ea, vamos —dijo tía Matilda para tranquilizarla—. Claro que nos quedaremos.

Y se quedaron hasta que un hombre alto, huesudo y de cabellos grises entró en la cafetería. Eleanor lo presentó como el doctor

Terreano. Le acompañaba una mujer regordeta de unos sesenta años con unas enormes pestañas postizas y una peluca rizada y pelirroja. Era la señora Collinwood que se llevó a Eleanor al coche, mientras el doctor Terreano iba en busca del doctor que había atendido al doctor Birkensteen.

Tía Matilda meneó la cabeza cuando ella y Jupe se quedaron solos.

—¡Qué gente más rara! —dijo—. Mira que hacerles cosas a los animales para variar su descendencia. Ese Terreano que acaba de llegar ahora… ¿qué supones tú que hará?

—Alguna clase de investigación, si está en la Fundación Spicer —replicó Jupe.

Tía Matilda frunció el ceño.

—Gente rara —volvió a decir—. Y en cuanto a esa fundación… no me gustaría ir allí. Una vez que los científicos empiezan a investigar, a hacer pruebas y a cambiar las cosas, no se sabe cuándo se detendrán. ¡No es natural! ¡Podrían ocurrir cosas terribles!

CAPÍTULO 2
¡MALA SANGRE!

Aquella noche, tía Matilda explicó a tío Titus lo del científico que había aparecido entre la niebla, y fallecido en su chatarrería. Sin embargo le habló muy poco de la Fundación Spicer y, cuando Jupiter mencionó el lugar, se apresuró a cambiar rápidamente de tema. La idea de llevar a cabo experimentos genéticos era evidente que la trastornaba y la asustaba. Pero no tuvo la oportunidad de olvidar por completo a la Fundación Spicer ya que, a medida que transcurrían los fríos y grises días de la primavera, aquella institución de investigaciones científicas fue noticia una vez y otra.

Primero fueron los informes de la muerte del doctor Birkensteen. Como bien sospechara el médico del hospital, Birkensteen había sido víctima de un ataque de apoplejía. Hubo breves comentarios acerca de sus trabajos en genética, y las noticias concluían con la información de que sus restos serían transportados en barco hasta el Este para ser inhumados.

Apenas una semana más tarde, la Fundación Spicer fue de nuevo noticia en relación a un asombroso descubrimiento, y los periodistas invadieron la pequeña población de Citrus Grove para enterarse de la historia. Un arqueólogo llamado James Brandon, uno de los científicos residentes en la Fundación, había descubierto el esqueleto de una criatura prehistórica en una cueva de las afueras del pueblo.

—¡Qué gran descubrimiento! —exclamó Jupe.

Era una tarde de mayo, y Jupe y sus amigos se hallaban en el viejo remolque que era el puesto de mando de la firma de detectives que habían fundado tiempo atrás. Jupe tenía el periódico abierto

sobre el escritorio. Bob Andrews estaba reorganizando los ficheros, mientras Pete Crenshaw limpiaba el equipo del diminuto laboratorio que los muchachos habían montado.

Pete se volvió.

—¿Cuál es el misterio? —preguntó.

—El hombre de las cavernas de Citrus Grove —replicó Jupe—. ¿Es realmente humano? ¿Qué edad tiene? James Brandon, el arqueólogo que lo ha encontrado, lo llama homínido. Eso puede significar un hombre o un animal semejante a él. ¿Es anterior al hombre?

—Brandon va a aparecer en televisión esta tarde —anunció Bob —. Mis padres lo han comentado durante el desayuno. Será uno de los invitados del *Programa de Bob Engel* a las cinco.

Pete limpió el mostrador del laboratorio.

—¿Os gustaría verlo?

—Puedes apostar a que yo lo veré —replicó Jupiter Jones.

Había un pequeño televisor en blanco y negro encima de la librería, cerca del escritorio de Jupe. Tío Titus lo había adquirido durante uno de sus viajes de compras. Cuando llegó al «Patio Salvaje», no funcionaba, pero Jupe, que se daba buena maña para arreglar cosas, consiguió repararlo y lo había instalado en el puesto de mando. Lo pusieron en marcha y los muchachos pudieron ver a Bob Engel, el entrevistador sonriendo a la audiencia televisiva.

—Nuestro primer invitado de hoy es el doctor James Brandon —anunció Engel—. El hombre que ha descubierto los restos fósiles de un hombre prehistórico en una cueva, al sur de California.

La cámara enfocó a un hombre delgado de aspecto vigoroso y cabellos rubios muy cortos. Junto a él estaba un hombre más bajo, panzudo, que vestía una camisa de vaquero, un cinturón ancho con una hebilla muy adornada y botas de tacón alto.

—Hoy el doctor Brandon viene acompañado del señor Newt McAfee. El señor McAfee es un comerciante de Citrus Grove y el propietario del terreno donde ha sido descubierto el hombre de las cavernas.

—¡Cierto! —exclamó el hombre rechoncho—. Mi nombre es Mack… Afee. No lo olviden porque a partir de ahora van a oír mucho este nombre.

Bob Engel esbozó una sonrisa forzada y luego dirigió su atención

al otro invitado.

—Bien, y ahora, doctor Brandon, ¿podría darnos algunos antecedentes por si acaso algún telespectador no ha leído todavía lo del descubrimiento de los fósiles?

El hombre rubio se enderezó en su asiento.

—Los descubrí por pura casualidad —dijo—. Hará cosa de una semana, salí a dar un paseo, poco después de que cesaran las lluvias, y observé que había habido un pequeño corrimiento de tierras en la colina que domina el prado de Newt McAfee. Parte de la ladera se había derrumbado, abriendo una abertura en un lado de la colina. Cuando me aproximé, vi que era una cueva y pude ver el cráneo en su interior. Estaba casi enterrado en el barro del suelo de la cueva y, al principio, no supe lo que tenía entre manos; por eso…

—Usted no tiene nada, muchacho —le interrumpió el hombre sentado a su lado—. ¡Yo soy el que lo tiene!

Brandon hizo caso omiso.

—Regresé a la Fundación Spicer para buscar una linterna.

—Y cuando él volvió a mi campo, yo le estaba esperando con una escopeta —dijo McAfee—. ¡Siga invadiendo mi propiedad y verá lo que le pasa!

Brandon exhaló un profundo suspiro. Parecía como si le costase controlarse.

—Le expliqué lo que había visto —dijo—. ¡Fuimos a mirar más de cerca y tuve la certeza de que se trataba de un cráneo!

—¡Y antiguo! —exclamó McAfee—. Ha estado allí miles de años.

—Además del cráneo —añadió Brandon—, está también la mayor parte del esqueleto. Todavía no me ha sido posible estudiarlo, pero tiene parecido con los más antiguos fósiles descubiertos en África.

—¿Se trata de un hombre? —preguntó Engel.

Brandon frunció el entrecejo.

—¿Quién puede asegurar exactamente lo que hace de un ser un hombre… un ser humano? Hay características homínidas muy definidas, pero no podríamos reconocerlo como un hombre moderno. Estoy casi seguro de que es mucho más viejo que cualquier homínido de los descubiertos hasta ahora en América.

Brandon se inclinó hacia delante. Ahora su tono era entusiasta.

—Existe la teoría de que los indios americanos descienden de los

cazadores mongoles que emigraron de Siberia hasta Alaska durante la última era glacial. Eso fue hace unos ocho mil años, en una época en que la mayor parte del agua de los océanos era hielo, de modo que el nivel del mar era bastante bajo. El fondo del océano aparecía descubierto en los estrechos entre Siberia y Alaska, de modo que las tribus asiáticas podían pasar de un continente a otro caminando sencillamente, y siguiendo la caza que perseguían hasta el Nuevo Mundo. Según esa teoría, luego se instalaron en diversos lugares, y algunos continuaron hasta llegar al extremo sur de Sudamérica. Ésta es la teoría aceptada. La que encontraréis en la mayor parte de libros de texto. Pero ahora algunos ofrecen una explicación distinta. Algunos de estos disidentes dicen que el hombre vivió en este continente mucho antes de la época en que se supone que los nómadas cruzaron ese puente entre países. Algunos incluso aseguran que el hombre moderno tuvo su origen verdadero en América y que fue él quien emigró hacia Asia y Europa.

—¿Y esos fósiles de la cueva de Citrus Grove confirman esa teoría? —preguntó Engel.

—Ahora no puedo asegurarlo —replicó Brandon—. En este momento ni siquiera puedo precisar la antigüedad de esos huesos. Pero tenemos gran parte del esqueleto…

—Querrá usted decir que yo tengo el esqueleto —intervino Newt McAfee que sudaba de satisfacción—. Y ese hombrecillo de mi cueva seguro que es humano, bien seguro. ¿Qué otra cosa podía ser, sino? De modo que si ha permanecido allí dos o tres millones de años…

—¡Aguarde un momento! —exclamó Brandon.

—¡Usted mismo ha dicho que no sabe qué edad tendrá! —insistió McAfee—. Usted dijo que debía de tener mucho más de ocho o diez mil años. Estaba bastante seguro de eso cuando lo vio por primera vez. Así que eso significa que los humanos surgieron aquí en América y que ese hombrecillo de mi cueva podría ser el tatarabuelo de todos nosotros. Tal vez fuesen sus hijos y sus nietos los que fueron a Asia atravesando los estrechos, y de este modo comenzó la humanidad. Puede que el Jardín del Paraíso no estuviese por allí como siempre pensamos. Supongamos que estuviera en Bakersfield o en Fresno. ¿No sería un gran triunfo?

—Está usted sacando conclusiones —dijo Brandon en tono

obstinado— precipitadas. Cuando tengamos ocasión de estudiar adecuadamente el descubrimiento…

—¡No voy a consentir que estudien nada! —declaró McAfee.

Brandon se volvió para encararse con McAfee.

—Ese hombrecillo ha estado en mi cueva hasta ahora y allí se quedará —dijo McAfee—. Nadie va a sacarlo de allí, ni a desmenuzarlo, ni a mirarle por un microscopio. Y si ustedes han visto las colas de gente que aguardan para entrar en Marinalandia y la Montaña Mágica, aguarden a ver las que formará la gente que quiera ver un auténtico hombre de las cavernas.

—¿Va usted a exhibir los fósiles? —exclamó Brandon—. ¡No puede hacerlo! No estamos seguros de la edad de los huesos, ni…

—Los huesos son bastante viejos —declaró McAfee—. Lo que tenemos aquí es el principio de la civilización y eso interesa a todo el mundo.

—¡Patán ignorante! —gritó Brandon—. ¡No tiene la menor idea de lo que está hablando!

—Estoy hablando de lo que pudo ser el primer hombre —McAfee miró de frente a la cámara—. Por eso he venido a este programa. Quiero que todos sepan que estoy preparando el lugar y, en cuanto me sea posible, abriré la cueva para que la visiten. Será como esos otros maravillosos lugares de California, y…

—¡Imbécil! —gritó Brandon saltando de su asiento.

La cámara se movió rápidamente para enfocar tan sólo a Bob Engel. Se oyeron gritos y forcejeos. Entonces Bob Engel se apresuró a decir:

—Esto es todo por hoy en este emocionante programa. Se nos ha acabado el tiempo. Gracias amigos. Ahora permanezcan a la escucha para recibir un importante mensaje de Sinpolvo, el pulimento para muebles, y luego volveremos con…

Pete apagó el televisor.

—¡Caramba! —dijo—. Ahí las cosas se han desmandado. Brandon parecía dispuesto a tumbar a McAfee.

—Personalmente McAfee no me agrada mucho —observó Jupe—. Y si no permite que Brandon estudie los huesos…

—¿Puede impedírselo? —preguntó Bob.

—Yo diría que sí, puesto que la cueva es de su propiedad. Qué situación más enloquecedora para un arqueólogo… descubrir algo

emocionante y no poder examinarlo. Y es probable que haya habido mala sangre entre esos dos hombres desde el principio puesto que McAfee fue en busca de su escopeta al ver a Brandon en la cueva. ¡Mala situación! Y Brandon tiene genio. Es de esa clase de personas que podría terminar en… en…

—¿Derramamiento de sangre? —dijo Pete.

—Sí, sí. ¡Así es precisamente como podría terminar… en derramamiento de sangre!

CAPÍTULO 3
UNA BIENVENIDA INUSITADA

Después de esta primera entrevista explosiva, James Brandon no volvió a aparecer en televisión. Newt McAfee fue quien volvió a salir en diversas charlas y, cuando la primavera dio paso al verano, el rechoncho comerciante de Citrus Grove concedía audiencia a cualquier periodista capaz de permanecer escuchando. A mediados de julio, casi la totalidad de habitantes del sur de California conocían la existencia de su cueva y su hombre de las cavernas. Luego comenzaron a aparecer anuncios pagados. La cueva sería abierta al público a primeros de agosto.

Durante la última semana de julio, Jupiter tuvo un encuentro muy oportuno con su vecino Les Wolf.

Wolf era un contratista que instalaba hornos, estufas y lavaplatos en restaurantes y hoteles. Vivía en una gran casa en la misma calle de la chatarrería de los Jones. Aquel día de julio, Jupe pasaba montado en su bicicleta por delante de la casa de Wolf, cuando vio a éste tratando de sacar a un gato de debajo de un seto. Jupe se detuvo para echarle una mano. Acercándose al seto por el otro lado dio unas patadas en el suelo y el gatito escapó por el lado opuesto para caer en brazos de Wolf.

—Vaya, ya está —dijo Wolf sonriendo a Jupe—. Gracias. Mi mujer no me hubiera perdonado jamás si el gato llega a escaparse y le atropella un coche o algo por el estilo.

Wolf echó a andar hacia la casa con el gatito acurrucado en sus brazos, pero de pronto se detuvo volviéndose hacia Jupiter.

—Oye, ¿conoces ese pueblecito de la costa? Ese lugar donde han encontrado al hombre de las cavernas. Voy a instalar allí una cocina

nueva en un restaurante a últimos de semana. Tu tía le dijo a mi mujer que habéis estado siguiendo la historia de ese hombre prehistórico en los periódicos…

—¡Puede apostar a que es cierto! —exclamó Jupe con fervor—. El hombre de las cavernas será expuesto al público este sábado. ¿Va a ir usted a Citrus Grove en el camión grande? ¿No necesitará un ayudante para ese trabajo por casualidad?

—Eres demasiado joven y además no estás sindicado —replicó el señor Wolf—. Hal Knight vendrá a ayudarme. Pero si no te importa viajar en la parte posterior del camión, con mi mercancía…

—¡Seguro que no! —replicó Jupe a toda prisa—. ¿Podrían venir también mis amigos Bob y Pete?

—Pues claro. Sólo que tendréis que buscar un lugar para hospedaros. Tardaré unos tres días en terminar el trabajo y el matrimonio propietario del restaurante me dará albergue. También tienen sitio para Hal, pero para nadie más.

—Eso ya lo arreglaremos —dijo Jupe—. Podemos llevarnos nuestros sacos de dormir y acampar donde sea.

Jupe corrió a su casa para avisar a sus amigos y pedir permiso a tía Matilda y tío Titus para hacer el viaje. El viernes por la mañana cuando el camión de Les Wolf salía de Rocky Beach, Jupe, Pete y Bob iban a bordo.

El señor Wolf estuvo conduciendo en dirección sur durante casi dos horas, luego dejó la carretera principal para dirigirse al Este, hacia las colinas. La carretera era empinada y con muchas curvas. Los muchachos vieron naranjales a ambos lados, campos abiertos, grupos de árboles y vastos prados donde pacía el ganado.

Al cabo de media hora, el camión aminoró la marcha para atravesar un pueblo llamado Centerdale, más allá del cual había más kilómetros de árboles, naranjales y prados. Al fin, un letrero les anunció: «Estáis entrando en Citrus Grove. Ateneos estrictamente a las normas de velocidad».

Citrus Grove era poco más que una aldea. Los muchachos vieron un supermercado, dos gasolineras, un establecimiento de venta de automóviles, y un motel diminuto llamado Los Olmos. Pasaron ante la piscina municipal y una estación de ferrocarril abandonada, con aspecto sombrío y polvoriento. Vieron también un Banco, una ferretería, una farmacia y la biblioteca pública. Mas, aunque la

población era pequeña, había mucha gente por todas partes. Un letrero luminoso anunciando «No hay habitaciones» centelleaba en el motel y, en el exterior del Café Lazy Daze, una larga cola de gente aguardaba para poder sentarse.

—Toda esa publicidad del hombre de las cavernas ha arrastrado materialmente a las masas —dijo Bob.

Jupe sonrió a la vista de un concurrido puesto de bocadillos donde se anunciaban hamburguesas de dinosaurio.

—Eso es ponerse a la altura de las circunstancias —exclamó.

Les Wolf giró para enfilar una calle más allá del parque y se detuvo junto a la acera. Se apeó para abrir a los muchachos.

—El restaurante de *El Cazador Feliz* está medio kilómetro más abajo —les dijo—. Anoche telefoneé al propietario y me dijo que el *camping* del pueblo está lleno. Dice que vayáis a ver a Newt McAfee que vive en esa casa de madera gris al principio de la calle Principal. McAfee consigue alojamientos para que la gente se quede.

—¡No será ese tipo que sale en la televisión! —exclamó Pete.

—Me temo que sí —dijo Jupe.

Los muchachos saltaron del camión.

—Reuníos conmigo en *El Cazador Feliz* el lunes —les dijo Wolf antes de marcharse.

La casa de Newt McAfee tenía bastante buen aspecto según pudieron observar los niños mientras se dirigían a ella. Delante tenía un amplio porche y una pequeña zona cubierta de césped. Sin embargo, a medida que se fueron aproximando, vieron que necesitaba una nueva capa de pintura y que las cortinas de las ventanas estaban grises y lacias. En algunas persianas faltaban tablillas y el césped estaba plagado de hierbajos.

—Está muy descuidada, ¿verdad? —comentó Bob—. Yo creía que McAfee era el dueño de la ferretería y de la casa de automóviles.

—Tal vez eso no sean negocios prósperos en una población tan pequeña —observó Jupe.

Había un cartel en la baranda del porche de la casa de McAfee advirtiendo a los visitantes que necesitasen alojamiento que fuesen a la parte de atrás. Los muchachos, obedientes, rodearon la casa y vieron un prado que se extendía desde la carretera hasta un bosquecillo. Muy cerca de la casa había un cobertizo que se caía de

viejo. En el lado de la casa más alejado del pueblo, el prado se extendía a lo largo de la carretera hasta una colina cercana. Adosada a la ladera de la colina había un nuevo edificio muy hermoso. Era pulcro y moderno, construido con madera rojiza y sin ventanas. Encima de la puerta de doble hoja se leía: «Entrada a la Cueva del Hombre Prehistórico».

—¡Eh, eh! —exclamó Pete—. Este individuo está sacando buen provecho de todo esto.

—¿Queréis algo? —preguntó una voz suave a sus espaldas.

Se volvieron. Jupe vio un rostro pálido y unos cabellos rubios: le recordó un día oscuro y de mucha niebla en Rocky Beach y un hombre que surgió del camino para morir.



—¡Oh! —exclamó Eleanor Hess—. ¡Eres tú!

—¡Eh! —Jupe le tendió la mano y ella se la estrechó.

—Yo… eh… iba a escribir a tu tía —le dijo—. Fuisteis tan amables. Pero pensé que tal vez no os gustaría que os molestasen tanto.

—Celebro haberla ayudado —repuso Jupe y le presentó a Bob y a Pete.

Mientras Eleanor estrechaba las manos de sus compañeros, se abrió la puerta posterior de una casa y asomó una mujer gordezuela de cabellos cortos y rizados.

—Ellie, ¿qué quieren estos muchachos? —gritó con rudeza como si ellos no pudieran oírla.

—Tía Talia, éste es Jupiter Jones —dijo Eleanor sonrojándose avergonzada—. Ya te hablé de él. Jupiter y su tía me ayudaron cuando el doctor Birkensteen se puso enfermo en Rocky Beach. Y éste es Pete Crenshaw y éste Bob Andrews. Son amigos de Jupiter. Me figuro que habrán venido a ver al hombre de la cueva. Tía Talia, ¿no podríamos alojarles?

El hombre que había aparecido en tantos programas televisivos apareció de pronto junto a la mujer. Eleanor Hess volvió a presentar a los chicos y Jupe se quedó boquiabierto al comprender que tía Talia debía ser la esposa de Newt McAfee… lo cual significaba que Newt era el tío de Eleanor.

—Así que tú eres el que fue tan amable con Ellie —dijo Newt—. Bueno, nos alegra daros alojamiento. En la casa no hay sitio para los tres, pero podéis instalar vuestros sacos de dormir en el altillo encima del cobertizo y utilizar el antiguo retrete que hay detrás. Hay una fuente al lado de la casa donde podríais lavaros.

Los ojos de McAfee centellearon.

—Os haré un buen trato. Sólo diez dólares por noche y por los tres.

—¡Tío Newt! —exclamó Eleanor Hess.

—¡Vamos, vamos, jovencita! —dijo McAfee dirigiéndole una mirada de advertencia. Ella bajó los ojos.

—No encontraréis ningún sitio por menos de diez dólares —dijo McAfee a los muchachos.

—¿Por qué no acampamos en un claro del bosque? —propuso Bob señalando con un gesto los árboles más allá del prado.

—En esta época del año hay peligro de incendios —explicó McAfee—. Y por eso está prohibido acampar en los bosques.

Jupe sacó su cartera y de ella un billete de diez dólares que entregó a McAfee.

—Tenga —dijo—. Por esta noche.

—Bien —McAfee se guardó el dinero en el bolsillo—. Ellie, enséñales dónde está la fuente.

—Y… ahora tened cuidado, muchachos —les advirtió McAfee—. Nada de ensuciar, ni de encender fuego, ni cosas por el estilo.

—Vosotros no fumáis, ¿verdad? —les preguntó McAfee.

—No —contestó Pete de mal talante—. Eh, Jupe, no molestemos a los McAfee. ¿Por qué no vamos al parque que hay en el pueblo y…?

—No se puede acampar en el parque —intervino Talia McAfee —. Además hay un sistema automático de riego por aspersión que se pone en marcha a la medianoche.

McAfee entró en la casa riendo y Eleanor se encaminó hacia el cobertizo con el rostro sonrojado de vergüenza.

—Lo lamento —les dijo—. Escuchad, si os quedáis mañana también, no le paguéis. Yo tengo algún dinero y me encargaré de arreglarlo.

—No tiene importancia —repuso Jupe—. No te preocupes.

—Le aborrezco cuando hace cosas así —dijo Eleanor con amargura—. Y se supone que yo no he de protestar porque… bueno, porque él y tía Talia han cuidado de mí desde que tenía ocho años. Mis padres fallecieron en un accidente de automóvil. Tía Talia y mi mamá eran hermanas. Hubiera tenido que ir a un orfelinato de no haberme recogido tía Talia.

Abrió una puerta y los muchachos la siguieron a la polvorienta penumbra del interior del cobertizo. Allí vieron un camión nuevo y resplandeciente y un sedán cuatro puertas cuyos cromados relucían. Vieron también desperdicios acumulados durante años… montones de periódicos amarillentos y cartones viejos, y una jungla de herramientas descansando sobre un banco de trabajo.

En la pared posterior, una escalera conducía al altillo y los muchachos subieron a un área oscura y sofocante bajo el tejado. Había también una ventana cubierta de polvo y telarañas. Al abrirla entró una bocanada de aire fresco.

—¿Queréis que os traiga unas toallas? —les gritó Eleanor desde abajo.

—No es necesario —replicó Pete—. Hemos traído nuestras cosas.

Ella seguía al pie de la escalera de mano. Al fin dijo:

—Voy a ir muy pronto a la Fundación. ¿Os gustaría venir y ver los animales?

Evidentemente era lo más agradable que podía ofrecerles. Jupe se inclinó sobre el borde del altillo:

—¿Conoces al arqueólogo que encontró los huesos? —le preguntó.

—¿El doctor Brandon? Claro. ¿Queréis conocerle? Yo puedo presentároslo si está en su casa.

—He estado deseando conocerle desde que me enteré de lo de los fósiles —dijo Jupe—. ¿Ha llegado ya a alguna conclusión sobre la antigüedad de los huesos? ¿Sabe cómo fueron a parar a esa cueva?

Eleanor hizo una mueca.

—Todo el mundo está tan excitado por culpa de ese hombre de las cavernas. Pero es tan feo. Debía parecer un gorila, sólo que mucho, mucho más pequeño.

De pronto pareció asustada.

—No os acerquéis a la cueva cuando no haya gente por allí —les advirtió—. Tío Newt tiene una escopeta cargada detrás de la puerta de la cocina. ¡Dice que la gente pagará mucho por ver al hombre de la cueva y que si alguien quiere entrometerse lo dejará hecho un colador!

—No estaría refiriéndose al arqueólogo, ¿verdad? —preguntó Jupe.

—Sí. O a cualquiera que trate de tocar al hombre de la cueva. ¡Tengo el presentimiento de que algo va a ocurrir… algo realmente malo!

CAPÍTULO 4
ELEANOR MIENTE

La Fundación Spicer era una casa de una sola planta situada sobre una colina, a medio kilómetro de distancia de la propiedad de McAfee. Ninguna valla protegía el cuidado césped, pero a cada lado de la puerta se alzaban sendos pilares de piedra. Los muchachos siguieron a Eleanor por la avenida hasta la casa. Después de abrir la puerta, la joven entró sin llamar.

No había recibidor. Eleanor y los muchachos se encontraron inmediatamente en una gran sala de estar. James Brandon también estaba allí. Paseaba y se detuvo con el ceño fruncido cuando Eleanor le presentó a los muchachos.

—Habéis venido para la función de circo —dijo, y sus palabras sonaron como una acusación—. Y, como vosotros, otros cuatro millones de personas —Brandon comenzó a pasear de nuevo—. Van a manosearlo todo. Y, si hay más fósiles en estas colinas, serán destruidos. Si yo tuviera una escopeta…

—Los matarías a todos —dijo una voz pausada.

Los muchachos se volvieron. Un hombre alto y de aspecto fúnebre había entrado en la habitación. Jupiter le reconoció inmediatamente como el hombre que acudiera al hospital de Rocky Beach la noche que murió Karl Birkensteen. En aquella ocasión vestía un traje gris raído. Ahora llevaba unos pantalones cortos de color caqui y un polo descolorido. Tomó asiento en una butaca cerca de la chimenea y quedóse mirando fijamente sus rodillas huesudas.

—Doctor Terreano, ya conoce a Jupiter Jones —le dijo Eleanor Hess.

Terreano pareció sorprendido.

—¿Sí?

—Él me ayudó cuando estuve en Rocky Beach con el doctor Birkensteen —explicó Eleanor—. Estaba en el hospital, ¿no se acuerda?

—Oh, sí. Ahora recuerdo. Celebro volver a verte… y en circunstancias más agradables.

—El doctor Terreano también es arqueólogo —prosiguió Eleanor —. Está escribiendo un libro.

Terreano sonrió.

—Nosotros siempre estamos escribiendo libros.

—¡Oh, sí! —exclamó Jupe de pronto—. ¡Ya sé! ¡Usted es el autor de *Antiguo Enemigo*!

Terreano enarcó las cejas.

—¿Has leído eso?

—Sí —repuso Jupe—. Encontré ese libro en la biblioteca. Es fascinante, pero descorazonador. Sí; el hombre siempre ha necesitado luchar contra sus semejantes y siempre lo hará…

—Triste, ¿no es cierto? —dijo Terreano—. Nuestra violencia es innata. Es una de nuestras características más definidas, junto con un gran cerebro y habilidad para andar erguido.

—¡Oh, tonterías! —exclamó Brandon—. El hombre no es violento por naturaleza. Has interpretado mal la evidencia.

—¿Ah, sí? —Terreano se volvió para mirarle—. Considera, si gustas, a Abraham Spicer —le dijo—. Spicer creía en la humanidad, y creó esta fundación para ayudarla, ¿no fue eso noble? Pero Spicer era también un asesino. Era un cazador de caza mayor.

Terreano señaló con un gesto la repisa de la chimenea. Allí estaba la cabeza de un ser de delicados cuernos, cuyos ojos miraban hacia la ventana. Encima, en la pared varias cabezas de animales… un tigre, un puma y un enorme búfalo. Pieles de osos, leones y leopardos estaban extendidas por el suelo.

—Si matas a un animal salvaje en vez de un hombre —le dijo Terreano—, tienes permiso para traerte el cuerpo a casa y disecarlo. Hubo un tiempo en que era igualmente aceptado el quebrar los huesos del enemigo y comerse el tuétano.

—¡Estás completamente equivocado! —gritó Brandon.

—Te pones tan furioso cuando se trata de esta cuestión —

comentó Terreano—, que casi apruebas mi punto de vista.

En aquel momento entró apresuradamente un hombre de corta estatura y calvo.

—¿Ya estáis discutiendo otra vez lo del tuétano? —dijo—. Me disgusta oír hablar de tuétano antes de comer.

Eleanor presentó al doctor Elwood Hoffer.

—El doctor Hoffer es inmunólogo —dijo a los muchachos—. Tiene un montón de ratas blancas que son un encanto. ¿Puedo enseñárselas a Jupiter y sus amigos?

—Puedes, con tal de que no toquéis nada del laboratorio —repuso Hoffer.

—Claro que no —dijo Eleanor.

Los muchachos la siguieron por un largo pasillo que formaba ángulo recto con la fachada de la casa.

—Los talleres y laboratorios están en este pasillo —explicó Eleanor—. El laboratorio del doctor Hoffer es éste de aquí.

Les hizo entrar por la puerta siguiente y se encontraron en un lavabo pequeño. Eleanor sacó cuatro mascarillas de las que usan los médicos.

—Tomad —les dijo—. Ponéoslas —se colocó la suya y luego se calzó un par de pesados guantes de goma.

Abrió otra puerta que daba a una gran sala bañada por la luz del sol. Junto a las paredes habían docenas de jaulas de cristal, en cuyo interior se movían pequeños animalítos.

—No os acerquéis demasiado y no toquéis nada —les advirtió Eleanor, quien comenzó a alimentar a las ratas moviéndose lentamente de una jaula a otra.

—Estas ratas son muy especiales —les dijo—. El doctor Hoffer les ha quitado algunas de sus defensas inmunológicas, así que hay que tener cuidado de que no se resfríen ni se contagien. Ésa es la razón de la mascarilla. Algunas no pueden luchar contra la infección.

—Eso no parece que pueda ayudarles mucho —observó Bob—. Si no pueden luchar contra las infecciones, ¿no morirán?

—Supongo que algunas sí —repuso Eleanor—. Pero el doctor Hoffer cree que nosotros contraemos ciertas enfermedades *porque* somos inmunes. Nuestros cuerpos fabrican células especiales que devoran virus y bacterias, pero algunas veces esas mismas células

pueden dañarnos. Tal vez tengamos artritis por causa de nuestras reacciones inmunes, o úlcera de estómago, o incluso algunas clases de locura.

—¡Guau! —exclamó Pete asustado.

—Pero, sin inmunidad pillamos la viruela —dijo Bob—, y el sarampión, y…

—Lo sé —replicó Eleanor—. Lo que el doctor Hoffer trata de hacer, es descubrir un medio de controlar la inmunidad de manera que estemos protegidos, pero sin que nos perjudique.

—¡Extraordinario! —exclamó Jupiter—. Y el doctor Terreano está escribiendo un nuevo libro.

—Y el doctor Brandon también —dijo Eleanor—. Sobre la persona que está encerrada en un armario en su habitación.

—¿Una persona? —preguntó Bob—. ¿Encerrada en un armario?

—Es una persona fósil —repuso Eleanor—. Él encontró los huesos en África y los fue uniendo como si se tratara de un rompecabezas hasta completar el esqueleto. Mide los huesos, les hace fotografías, y luego todo eso aparece en sus libros.

—Él desea trabajar con los fósiles de la cueva de la misma forma, ¿verdad? —quiso saber Jupiter.

—Sí —Eleanor pareció entristecerse—. Pero mi tío no le deja.

Eleanor había terminado de dar de comer a las ratas, y regresó con los muchachos al lavabo donde se quitó la mascarilla y los guantes dejándolos en una cubeta junto a la fregadera. Los muchachos también se quitaron las mascarillas y todos salieron de nuevo al pasillo.

—¡Ahora veréis los chimpancés! —les dijo.

El laboratorio que había sido utilizado por el doctor Birkensteen se hallaba al final del corredor. Era mayor que el de Hoffer. Los dos chimpancés que allí vivían compartían una jaula cerca de la ventana. En su interior veíanse juguetes y pelotas y una pizarra pequeña donde los monos podían escribir con tizas de colores.

Los animales comenzaron a chillar al ver a Eleanor y el mayor de los dos le tendió los brazos.

—¡Eh, hola! —les dijo la joven mientras abría la puerta de la jaula de la que salió el chimpancé grande y le dio la mano.

—¿Estás contento? —le preguntó Eleanor—. ¿Dormiste bien esta noche?

El chimpancé cerró los ojos brevemente al tiempo que ladeaba la cabeza. Luego señaló el reloj de la pared y comenzó a trazar círculos en el aire con un dedo.

—¿Has dormido mucho? —le preguntó Eleanor.

El chimpancé comenzó a saltar batiendo palmas.

El otro chimpancé salió de la jaula y se subió a una de las mesas del laboratorio.

—¡Ten cuidado! —le advirtió Eleanor.

El animal miraba con afán un estante lleno de tarros con productos químicos.

—¡No, no! ¡No toques! —dijo Eleanor y se volvió a los muchachos riendo—. Los chimpancés me recuerdan a los niños pequeñitos. Quieren tocar todo lo que está a su alcance y jugar con ello.

Apartándose del estante, el chimpancé tomó un tazón vacío de encima de la mesa, saltó al suelo y comenzó a hacerlo rodar por el suelo como si fuera un juguete. Eleanor sacó fruta y leche de un frigorífico, y tazones y cereales de un armario.

—Lo entienden, ¿verdad? —preguntó Jupe mientras ella llenaba los tazones de cereales.

—Sí. Y saben utilizar signos para expresar cosas más complicadas. El doctor Birkensteen aseguraba que se comunicaban tan bien como la mayoría de los niños de las guarderías. Yo no conozco sus signos de lenguaje, así que no puedo juzgar, pero creo que son divertidos y listos, y desde luego me dan a entender lo que quieren.

—¿Qué será de ellos ahora? —quiso saber Bob.

Eleanor suspiró.

—No lo sé. Los miembros de la junta de la Fundación van a reunirse el mes que viene. Probablemente decidirán qué hacer con los animales. La Fundación los compró para el doctor Birkensteen… éstos y muchos más. La mayoría han muerto.

Eleanor puso los tazones con cereales y platos con fruta encima de una mesita y los chimpancés se sentaron en sendas sillitas y se dispusieron a comer. Cuando hubieron terminado, Eleanor los devolvió a su jaula. Ellos gritaron y protestaron intentando agarrarse a ella.

—Basta ya —les dijo ella tranquilizándoles—. Volveré pronto.

No os disgustéis.

Los muchachos la observaban y Jupe pensó que por primera vez veía a Eleanor comportarse como si estuviese segura de lo que estaba haciendo. Desde luego que parecía mucho más contenta que en la cochambrosa casa de McAfee.

—Echan de menos a doctor Birkensteen —les dijo—. Yo también. Era muy agradable, incluso cuando no se encontraba bien.

—¿Había estado enfermo? —preguntó Jupe—. No sé por qué tengo la impresión de que el ataque que sufrió en Rocky Beach fue muy repentino.

—Lo fue —repuso Eleanor—, pero antes de eso había cambiado. Se quedaba dormido en su silla. Algunas veces cabeceaba mientras los chimpancés estaban fuera de la jaula y lo ponían todo perdido. Yo fui con él el día que… que murió porque no consideré que estuviese en condiciones de ir solo.

—¿Por qué fue a Rocky Beach? —preguntó Jupe.

La pregunta era ociosa. Jupe la hizo únicamente por dar conversación, pero de pronto Eleanor enrojeció.

—Él tenía… tenía… no lo sé, en realidad —apartó la mirada dirigiéndose impulsivamente hacia la puerta.

Pete y Jupe intercambiaron una mirada mientras ella salía.

—¿Y ahora qué ocurre? —dijo Pete en voz baja—. ¿Has dicho algo raro?

Jupe frunció el entrecejo.

—Está mintiendo. Puedes estar seguro de que miente. Pero ¿por qué había de mentir? ¿Qué trata de ocultar?

CAPÍTULO 5
UNA VISITA A UN HOMBRE MUERTO

Cuando Eleanor y los muchachos regresaron a la sala de estar, los científicos se habían ido. Una mujer regordeta estaba ahuecando los almohadones del sofá y un joven moreno limpiaba los cristales pequeños de los paneles de la puerta que daba a la terraza y a la piscina.

—Buenos días, Eleanor —dijo la mujer—. Veo que has traído a unos amigos. Eso está bien.

Jupe reconoció a la mujer en cuanto la oyó hablar. Era la señora Collinwood, la que ayudó a Eleanor el día que el doctor Birkensteen falleció. Ahora llevaba una peluca rubio ceniza en vez de la pelirroja, pero sus pestañas eran tan oscuras y espesas como entonces. Parpadeó con coquetería mientras Eleanor le presentaba a los muchachos.

—¡Ah, sí! —exclamó al estrechar la mano de Jupe—. Ya recuerdo. Tú eres ese simpático joven que fue tan bueno con Eleanor. Sabes, no he cesado de pensar que te pareces tanto a mi querido Charles. Charles Collinwood, mi último marido, y en realidad, mi favorito. Un hombre tan amable, aunque con cierta tendencia a engordar.

La señora Collinwood era muy habladora, y los muchachos comprendieron en seguida que era imparable, pero no pudieron hacer otra cosa que aguantar el chaparrón.

La señora Collinwood, muy contenta, les habló de su primer esposo, que vendía seguros, y de su segundo marido, director de películas, y de su preferido, que había sido veterinario.

—Y *todos* fueron encantadores —explicó la señora Collinwood—.

Los tres murieron jóvenes. Qué triste. Luego me vine aquí para trabajar para la fundación como ama de llaves. Al principio los científicos me daban miedo. Tan rígidos, y siempre pensando. Pero una vez se les conoce, no son distintos de los demás hombres. El doctor Terreano siempre habla de lo violentos que son los humanos, pero él es tan manso que sería incapaz de aplastar una mosca. Y el doctor Brandon insiste en que no somos violentos, y sin embargo tiene mucho genio. No debería ver tan a menudo a tu tío Newt, Eleanor. Le pone nervioso.

—Lo sé —dijo Eleanor en tono sumiso.

La señora Collinwood se marchó entonces, y el joven que limpiaba las ventanas dejó caer su cepillo en el cubo del agua y preguntó a Eleanor:

—¿Estás dando a tus amigos un paseo de diez dólares?

Ella pareció contrariada, pero le presentó.

—Éste es Frank —les dijo—. Frank Distéfano. Ayuda aquí en la Fundación, como yo.

El joven sonrió.

—¡Eh! Celebro conoceros. Ellie, lamento lo de anoche. Se me pinchó un neumático y me entretuve hasta… bueno, hasta tan tarde que me figuré que ya no me esperarías.

—No tiene importancia —repuso Eleanor y acompañó a los muchachos hasta el exterior pasando por la biblioteca, que estaba al lado de la sala de estar, y luego por una pequeña entrada del otro extremo de la casa.

El establo se hallaba a unos cincuenta metros de allí. Eleanor se dirigió a él sin pronunciar palabra. Una vez estuvo con *Estrella* —el caballo del doctor Birkensteen— su humor cambió, y otra vez pareció más contenta. Habló a la yegua, la acarició, y demostró orgullosa a los tres muchachos que sabía sumar. Puso cuatro manzanas sobre la separación de su establo.

—¿Cuántas hay? —le preguntó.

El caballo golpeó con la pata delantera cuatro veces.

—¡Ya lo veis! —Eleanor aplaudió y luego fue dándole las manzanas para que se las comiera.

Los muchachos dejaron a Eleanor en el establo y bajaron de la colina para ir a comer. Las calles estaban más concurridas que nunca. Los muchachos decidieron pasar de largo ante el puesto de

hamburguesas de dinosaurio, pero tuvieron que aguardar casi una hora antes de conseguir las suyas en el Café Lazy Daze.

Cuando hubieron comido, pasearon por el pueblo observando a la multitud y las medidas que los tenderos habían tomado para celebrar la apertura de la cueva prevista para el día siguiente. Algunos escaparates estaban decorados con dibujos hechos con tiza de hombres prehistóricos vestidos con pieles de animales y blandiendo cachiporras. Uno de ellos representaba a un hombre de las cavernas arrastrando por los cabellos a una mujer que parecía muy complacida. Algunas fachadas de los almacenes estaban decoradas con banderas rojas, blancas y azules. En el pequeño parque, donde al día siguiente iban a tener lugar las ceremonias de apertura del museo de la cueva, varias mujeres colgaban farolillos de los árboles, mientras un hombre daba una nueva capa de pintura blanca al anticuado templete de los músicos. Un vendedor de helados hacía un gran negocio desde un remolque aparcado cerca de la vieja estación de ferrocarril.

Al cabo de un rato los muchachos regresaron al prado de detrás de la casa de Newt McAfee. Allí también había animación y movimiento. Un hombre alto y delgado, en traje de faena descolorido, estaba colocando un gato debajo de la parte posterior de una camioneta para apuntalarla, mientras murmuraba entre dientes.

—No hay derecho —decía—. No tienen ningún derecho. Lo lamentarán. Esperad y veréis.

Los muchachos se acercaron más. En el interior de la camioneta vieron unos armarios empotrados, una pequeña estufa de butano y una nevera también de tamaño reducido. Había asimismo una cama muy bien hecha, y se preguntaron si aquel individuo cochambroso viviría allí.

El hombre les miró con el ceño fruncido.

—¡A vosotros no os gustaría que os hicieran eso! —les anunció.

En aquel preciso momento alguien comenzó a vocear.

—¡Es usted un cretino! —gritó la voz de James Brandon. Estaba de pie delante del edificio de madera roja adosado a la colina.

—¡Lárguese de aquí! —voceó Newt McAfee desde la puerta de su museo con una escopeta entre las manos.

Brandon se alejó apretando los puños.

—¡Debieran haberle tenido encerrado en una jaula desde que nació! —le dijo a McAfee—. Esos huesos no son suyos, no le pertenecen más que la lluvia o el sol. ¿Cómo se atreve a rodear a ese homínido de vallas ridículas?

—Está usted invadiendo mi propiedad —dijo McAfee—. Márchese de aquí y si quiere ver otra vez al hombre de la cueva vuelva mañana y pague cinco dólares como todo el mundo.

Brandon lanzó un sonido inarticulado y luego giró en redondo y se marchó. McAfee sonrió a los muchachos.

—No son más que diferencias de opinión —les dijo.

—¡No hay derecho! —gruñía el hombre de la camioneta.

—Bueno, nadie te ha preguntado si hay derecho o no lo hay —replicó McAfee—. No es asunto tuyo. Escuchad, muchachos, ¿os gustaría entrar a echar un vistazo antes de la inauguración? ¿Queréis ver al hombre de mi cueva y el museo que he construido para él?

Y dando media vuelta penetró en el pequeño edificio seguido de los Tres Investigadores. Una vez traspasado el umbral, se detuvieron asombrados.

Newt McAfee había decorado su museo con fotografías muy ampliadas, hasta formar murales de huesos y un cráneo. Entre estas fotos macabras había otras vistas en colores más atractivas y familiares: una fuente surgiendo del suelo en Lassen, cascadas saltando desde los acantilados de Yosemite, y las olas rompiendo contra la costa cerca del Gran Sur.

Encima de mesas en el centro de la estancia habían varias maquetas de la campiña de California en varios períodos de su historia geológica. En una de las representaciones, un glaciar cubría la mayor parte del Estado. En otra, el hielo se había retirado dejando profundos valles y muchos lagos. También estaba representado un campamento con pequeñas figuras de indios semidesnudos acurrucados alrededor del fuego y preparando mazorcas de maíz de distintas formas, así como también hombres prehistóricos luchando contra un gigantesco mamut.

—De auténtica categoría, ¿verdad? —dijo McAfee—. Claro que todo esto son bambalinas. Lo auténtico está allí.

Frente a la entrada, cuatro escalones daban acceso a una pequeña plataforma. Más allá aparecía la tierra desnuda de la colina

y la entrada de la cueva, cuyo interior estaba iluminado.

Jupiter, Pete y Bob atravesaron el museo y subieron los escalones. Miraron hacia el interior de la cueva y vieron al hombre fósil.

Jupe contuvo el aliento y Bob se estremeció.

El hombre de la cueva era tan sólo parte de un esqueleto. La mayor parte del cráneo estaba allí, oscuro y espantoso. Las cuencas vacías donde estuvieron los ojos miraban fijamente y la mandíbula superior fingía una sonrisa fantasmal. Carecía de mandíbula inferior. Quedaban costillas asomando del suelo de la cueva, y también parte de la pelvis y algunos huesos de las piernas. Los huesos menudos de una mano estaban muy cerca de la entrada de la cueva. Parecían querer alcanzar algo.

McAfee había instalado luces en el techo de la cueva y, en el suelo, cerca del cráneo, brillaba una hoguera artificial. Detrás de los huesos había una manta de los indios Navajo y una cesta tejida al estilo indio.

Instantáneamente los muchachos simpatizaron con el furor de Brandon. La estupidez del decorado era bastante triste de por sí, pero mucho peor eran las huellas que se veían alrededor de los huesos. Los preciosos fósiles habían estado muy cerca de ser aplastados por cualquiera de los que instalaron las luces y la hoguera.

—Habría puesto un par de mocasines en el lugar donde podrían estar los pies, si los tuviera —dijo McAfee—. Así daría la impresión de que acababa de quitárselos antes de echarse a dormir. Pero pensé que tal vez sería demasiado.

Bob casi se atraganta.

—Probablemente en aquellos tiempos no llevarían mocasines… ni nada, ¿eh? —dijo Bob.

Los demás muchachos no dijeron nada. Se alejaron de la cueva pasando por delante de una exposición de pequeños llaveros y hombres prehistóricos de plástico para su venta, lo mismo que camisetas con la inscripción impresa: «Citrus Grove Cuna de la Humanidad».

—Ahora ya está todo a punto —anunció Newt McAfee apagando las luces y cerrando la puerta—. John el Gitano montará guardia esta noche para que nadie pueda entrar a tocar nada.

—¿John, el Gitano? —preguntó Jupe.

McAfee señaló con un gesto al hombre delgado que ahora se hallaba sentado encima de la cama de la camioneta.

—Es ése. Le llamamos John, el Gitano, porque vive en esa camioneta en vez de tener una casa de verdad.

McAfee se encaminó hacia su casa, y John, el Gitano, salió de su vivienda.

—Está bien —dijo—. Él quiere que vigile y yo vigilaré. Pero a ese muerto de ahí no va a gustarle. Estoy seguro de que a mí no me gustaría que vinieran a verme si estuviera en mis huesos.

—Pero a él no le importa —le hizo ver Pete—. Está muerto, ¿no? Los muertos no se dan cuenta de que los miran.

—¿Estás seguro de eso? —dijo John, el Gitano.

CAPÍTULO 6
UNA NOCHE AGITADA

La cena de aquella noche había consistido en más hamburguesas en el Café Lazy Daze. Después los muchachos compraron helados en el remolque cerca de la estación. Luego regresaron a su alojamiento y permanecieron tumbados mientras contemplaban a través de la ventana como se ponía el sol y salía la luna. El aire era frío. Jirones de niebla flotaban sobre el prado y las estrellas titilaban. Al fin sacaron sus sacos de dormir y se acostaron.

Durante aquella noche oscura y fría, Jupe se despertó al oír el ruido de una puerta al abrirse. Alguien había entrado en el cobertizo… alguien que lloriqueaba como un animal asustado.

Jupe se incorporó para escuchar.

El gimoteo cesó por un momento y luego comenzó de nuevo.

Pete se sentó.

—¿Qué es eso? —susurró.

Jupe se arrastró hasta lo alto de la escalera y escudriñó la oscuridad.

—¿Sois vosotros, muchachos? —gruñó una voz ronca—. ¿Sois vosotros?

Era John el Gitano. Tan pronto hubo hablado se cayó con estrépito al tropezar con algo en la oscuridad.

Bob se despertó gritando asustado y Pete buscó desesperadamente la linterna que había dejado junto a su saco de dormir. Cuando la encontró, fue hasta la escalera y enfocó el suelo del cobertizo.

John el Gitano había tropezado con una caja de cartón llena de latas vacías. Se puso en pie y miró hacía la luz.

—¿Sois vosotros? —gritó con pánico en la voz—. Contestadme, ¿por qué no contestáis?

—Somos nosotros —replicó Jupe.

Bob, Pete, y él bajaron por la escalera. John el Gitano, estaba apoyado contra el reluciente camión de Newt, temblando.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Jupe.

—¡Ese… ese muerto! —replicó John el Gitano—. ¡Ya os dije que no iba a gustarle todo este jaleo! ¡Ya os lo dije! ¿Es que no os lo dije?

—¿Qué ocurre? —preguntó Pete—. ¿Qué pasa?

—Se ha levantado y se ha ido, eso es lo que ha hecho —declaró John el Gitano—. Le estará bien empleado al viejo Newt cuando venga mañana y no encuentre los huesos. Él dirá que los he cogido yo, pero se equivoca. ¡Ése se ha ido por su pie! ¡Yo le he visto marcharse!

La puerta del cobertizo estaba abierta y los muchachos miraron hacia la colina donde estaba el pequeño museo iluminado por la luz de la luna. La puerta parecía firmemente cerrada.

—Debe de haber tenido una pesadilla —le dijo Bob en tono amable.

—No —el hombre meneó la cabeza—. Yo estaba en mi camioneta y oí abrir una puerta. Miré afuera y allí estaba el hombre de la cueva. Llevaba una piel encima, como la de algún animal que hubiera matado. Pude ver sus ojos. Eran terribles… miraba fijamente al frente y con una especie de fuego en los ojos. Y sus cabellos… eran largos y asquerosos. Pasó por delante de mí y fue en dirección al prado.

John el Gitano, cerró los ojos como si quisiera borrar de su memoria aquella horrible visión.

—Iremos a echar un vistazo —propuso Jupe.

Salieron todos juntos como si temieran que fuera posible que el ser prehistórico de la cueva se hubiese levantado, revestido nuevamente de carne y piel para huir por los campos.

Pero la puerta del museo estaba cerrada. Cuando Jupe llamó con el picaporte, Newt McAfee apareció en el porche de su casa.

—¿Qué ocurre ahí? —exclamó McAfee—. ¿Qué estáis haciendo muchachos?

—Sólo investigando —gritó Jupe—. Se ha oído ruido y su… su

vigilante ha visto a alguien que huía por el prado.

Talia McAfee apareció en el porche mientras Newt McAfee bajaba los escalones y cruzaba el prado en dirección al museo.

—¿Qué ocurre? —preguntó a John el Gitano—. ¿Es que ese loco de Brandon ha estado husmeando por ahí?



—Era el hombre de la cueva —replicó John el Gitano—. ¡Se ha marchado!

—¿Qué? —McAfee le miró extrañado. Luego alzando la voz gritó —: ¡Talia! ¡Trae mis llaves!

Talia McAfee vino corriendo con las llaves y McAfee abrió la puerta del museo y encendió las luces. Tras pasar de largo ante las maquetas y fotos murales, fue directamente a la cámara subterránea para ver su tesoro.

Los muchachos miraron desde detrás de McAfee viendo las cuencas vacías con su mirada fija y los restos de aquella boca sonriente. Vieron asimismo las costillas surgiendo de entre la tierra aplanada y la mano extendida.

McAfee se volvió a John el Gitano.

—¡Estás loco! —le dijo—. Los huesos están aquí. ¿Qué te ocurre?

—¡Se ha marchado! —Insistió el otro—. Yo lo he visto. Llevaba una piel puesta, cómo los ponchos que usan los mexicanos, sólo una piel. ¡Y tenía cabellos largos! ¡Y estaba vivo!

—¡Cállate! —gritó McAfee—. ¿Quieres que acuda todo el pueblo?

Apagó las luces de la cueva y salieron del museo.

—Se levantó y anduvo, ¿eh? —dijo haciendo una mueca de burla.

Cerró con llave la puerta del museo antes de regresar a la casa. Eleanor aguardaba al pie de los escalones del porche.

—Entra en casa, Eleanor —le ordenó McAfee—. No es nada. El loco de John ha estado viendo visiones.

Se volvió.

—¡John, no te duermas! ¡Ya sabes que no te pago para que hagas la siesta!

Eleanor y él desaparecieron dentro de la casa. John el Gitano, murmurando algo entre dientes, sacó una silla plegable de la camioneta y se colocó a mitad de camino entre ésta y el museo. Luego fue a buscar una escopeta y al fin se sentó.

Los Tres Investigadores regresaron al cobertizo.

—Debe de haberlo soñado —dijo Pete en voz baja.

—Ese viejo no parece muy inteligente —observó Bob.

—No —convino Jupe—, pero eso no significa que vea cosas que no existen, ¿no?

—Pues no. Pero cualquiera puede tener una pesadilla y no estar muy seguro de lo que ha sido sueño y de lo que es realidad —dijo Bob.

—Él parece muy convencido —comentó Jupe.

—¿Y qué me dices de la puerta? Estaba cerrada —observó Pete.

—Alguien puede tener una llave —replicó Jupe.

Se incorporó sobre su saco de dormir para mirar por la ventana. Los árboles que se alzaban más allá del prado se recortaban contra el cielo de la noche como siluetas de un negro intenso, mas la hierba que cubría el suelo parecía de plata debido al rocío. Una serie de zonas oscuras atravesaban ese campo plateado… una senda que terminaba en la sombra bajo los árboles.

¿Acaso alguien había caminado por allí, aplastando la hierba bajo sus pies y haciendo caer las gotas de rocío?

Jupe se dispuso a levantarse y entonces vio a John el Gitano, ponerse en pie para mirar más allá del prado. John sostenía la escopeta en su brazo y ladeaba la cabeza como si estuviera escuchando.

Al cabo de un par de minutos fue a buscar una manta de su cama. Se envolvió en ella sentándose de nuevo en su silla.

—Tal vez fuese un sueño —dijo Jupe en tono bajo—. Pero John el Gitano cree que fue el hombre de la cueva y me parece que está asustado.

Pete, nervioso, contempló por la ventana el prado bañado por la luna.

—No le culpo —dijo—. ¡Si yo viese a un hombre prehistórico paseando por ahí, estaría aterrorizado!

CAPÍTULO 7
UNA MAÑANA ATAREADA

El sábado por la mañana, Jupe fue el primero en levantarse y salir del cobertizo. A la luz brillante del sol los bosques ya no parecían lóbregos y misteriosos. Jupe echó a andar por el prado en dirección hacia ellos. Caminaba despacio con los ojos fijos en el suelo, pero no vio una sola pisada. Las zonas oscuras que viera sobre la hierba la noche anterior habían desaparecido con el rocío de la mañana.

Habría dado unos cien pasos, cuando se detuvo en un lugar donde la hierba era tan pobre que la tierra oscura asomaba entre el verde. Se arrodilló estremecido por la excitación.

Estaba todavía allí examinando el suelo, cuando Pete se detuvo a su lado.

—¿Qué es? —dijo Pete—. ¿Has encontrado algo?

—Una huella —repuso Jupe—. Alguien ha pasado por aquí recientemente… alguien con los pies descalzos.

Pete se agachó para ver la huella. Luego se enderezó mirando hacia los boques con el rostro pálido.

—¿Descalzo? —dijo—. Oh… ¿por este suelo tan áspero? ¿Acaso significa que John el Gitano, vio realmente algo?

Miró a su alrededor preocupado.

Jupe se dirigió al bosque sin responder. Pete le seguía. Ambos iban buscando algún rastro de la persona que había pasado por allí, mas la hierba era alta y tupida y alcanzaron el lindero del bosque sin encontrar más pisadas.

Había un camino entre los árboles, pero la tierra estaba cubierta de agujas de pino.

—Aquí no podremos ver ninguna huella —observó Jupe—, pero

tal vez más adelante…

—¡Eh, aguarda un momento! —exclamó Pete—. ¡No querrás ir por ahí ahora! Quiero decir que todavía puede haber alguien y… y… y si queremos comer algo será mejor que nos apresuremos. ¡Ese café estará lleno hasta los topes! Vámonos o nos moriremos de inanición.

—¡Pete, esto puede ser importante! —dijo Jupe.

—¿Para quién? —replicó Pete—. Eh, vámonos Jupe. Podemos registrar el bosque más tarde.

De mala gana, Jupe se dejó convencer y, él y Pete, regresaron al cobertizo. Cuando llegaron salía Bob y Newt McAfee apareció en el porche posterior.

—Buenos días —gritó McAfee a los muchachos—. Hermoso día, ¿no es cierto? Acudirá mucha gente a la inauguración de mi museo —agregó sonriendo satisfecho.

Bob se unió a sus amigos.

—¡Eh, John! —gritó Newt. John el Gitano salió de su camioneta sosteniendo entre sus manos un tazón de potaje—. ¿Viste más hombres prehistóricos anoche? —Newt rio, pero el vigilante frunció el entrecejo.

—Vi uno —replicó John—, y ya son demasiados.

John desapareció en su vehículo.

Sin inmutarse Newt le gritó a sus espaldas:

—No te largues ahora, John. Después de desayunar necesito que me ayudes a arreglar unas cosas en el museo. Y luego tienes que quedarte aquí y vigilar mientras celebramos la ceremonia de inauguración en el parque.

Newt volvió a entrar en la casa y los tres muchachos se encaminaron a la calle principal para desayunar. También esta vez aguardaba una gran cantidad de gente en el Café Lazy Daze y, cuando se sentaron, estaban desfallecidos.

Mientras la camarera anotaba su pedido, los muchachos oyeron el sonido metálico de una marcha militar. Miraron más allá de la multitud de peatones e hileras de coches aparcados que llenaban la calle. Un grupo de músicos muy jóvenes ensayaba en el parque.

—La banda de la escuela superior local —supuso acertadamente Bob.

La multitud que llenaba las aceras disminuyó unos momentos, y

Jupe y sus amigos pudieron ver los uniformes rojos, blancos y dorados de la banda en todo su esplendor. Camiones de varios canales de televisión se hallaban aparcados en el lado más alejado del parque, y un hombre con camisa de manga corta manipulaba en el micrófono instalado en el templete de los músicos.

Los muchachos acababan de empezar su desayuno, cuando el doctor Terreano entró en el café. Hoffer, el inmunólogo, le acompañaba estornudando en un pañuelo. Los dos hombres recorrieron el local con la mirada y cuando Terreano vio a Jupe le sonrió.

—¿Qué os parece si les hacemos sitio? —preguntó Jupe a sus amigos.

—Pues claro —replicó Pete—. Preguntémosles si quieren sentarse con nosotros.

Jupe se dirigió a la entrada del café para invitarles a compartir su mesa, y los dos científicos aceptaron encantados y le siguieron hasta ella.

—Sois muy amables —dijo Terreano mientras se sentaba. Su rostro alargado, casi lúgubre parecía resignado—. Este pueblo es una casa de locos. Supongo que seguirá siéndolo hasta que acabe el verano y todos los turistas regresen a sus casas.

Terreano puso un trozo de mantequilla en su plato.

—Por lo general desayunamos en la fundación, pero hoy Jim Brandon no resulta una agradable compañía. Todo esto ha sido demasiado duro para él.

Elwood Hoffer estornudó y sonrió con timidez.

—Fiebre del heno —explicó a los muchachos. Y volviéndose al doctor Terreano agregó—: Es muy gentil por tu parte el ser tan comprensivo, Phil, pero yo personalmente creo que Brandon no tenía necesidad de llamarte reaccionario petrificado.

—Brandon es muy excitable —comentó Terreano tranquilamente —. Con más razón ahora que está frustrado. Imaginaros, descubrir un esqueleto fósil casi completo y no haber podido examinarlo a conciencia. Y él desea comprobar si ese descubrimiento puede alterar la opinión que tenemos acerca de los orígenes del hombre. No es que yo lo crea… considero que ese pequeño homínido de la cueva es otro punto muerto en la evolución… pero Brandon lo descubrió y debiera tener su oportunidad de evaluarlo. Yo también

estaría furioso si hubiera hecho un descubrimiento semejante y las cosas ocurrieran de este modo.

—¿Qué es lo que el doctor Brandon quería hacer con los huesos? —preguntó Bob—. He oído hablar de la prueba del carbono-14.

—Probablemente no sería útil en este caso —repuso Terreano—. Cuando se utiliza la prueba del carbono-14, se mide la proporción de carbono radiactivo que queda en la muestra. El carbono-14 es un elemento radiactivo y, quinientos siete años después de que una planta o animal ha muerto, éstos tienen exactamente la mitad de átomos de carbono-14 que tuvieron cuando estaban vivos. Luego, quinientos siete años después, sólo les quedan una cuarta parte de los átomos de carbono-14, y así sucesivamente. Y después de cuarenta mil años no hay carbono-14 suficiente para medirlo.

Bob pareció sobresaltarse.

—¿Usted cree que el hombre de la cueva tiene más de cuarenta mil años?

—Me extrañaría mucho que no fuese así —repuso Terreano—. No obstante, el carbono-14 no es el único medio para averiguar la antigüedad de un individuo. Hay otros medios para saberlo y otros métodos para saber lo humana que puede ser una criatura. Siempre tenemos problemas con esto, porque nadie puede asegurar con certeza lo que es humano. ¿Es cuestión de que un ser camine erguido, o es el tamaño del cerebro con relación al resto del cuerpo, o los dientes…?

—¿Dientes? —repitió Bob como un eco—. ¿Qué pasa con los dientes?

—Los dientes humanos están distribuidos en la mandíbula en una especie de arco —explicó Terreano—. Los dientes de otros primates, como simios y monos, lo están en forma de U, con los dos lados paralelos. Hay diferencias también en el tamaño de los colmillos y…

—Y aquí llega la camarera con nuestro desayuno —exclamó Hoffer—. Gracias a Dios.

—Lo siento —dijo Terreano—. No era mi intención aburrirle, Elwood.

—Ha sido realmente interesante —se apresuró a decir Bob—. Ahora comprendo por qué el doctor Brandon está tan enfadado. Si Newt McAfee está acaparando al hombre fósil…

—Y lo está haciendo —replicó Terreano—. Y no estamos seguros de que se trate de un hombre en realidad.

—No desarrolles el tema, Phil —le dijo Hoffer—. No veo que el llegar a una conclusión importe a nadie más que a un puñado de científicos.

Terreano sonrió.

—La investigación del doctor Hoffer puede tener una aplicación más inmediata —dijo a los muchachos—. Si puede demostrar que la inflamación de la nariz es consecuencia del esfuerzo del cuerpo al luchar contra el resfriado común, le estaremos todos muy agradecidos.

—No es imposible que el resfriado sea efecto de una reacción defensiva —observó Hoffer un tanto molesto—. Estoy convencido de que los fallos en nuestro sistema inmunitario son la causa de muchos de nuestros trastornos, y nuestros genes, que hemos heredado, son responsables de muy pocos problemas, no importa lo que opinase Karl Birkensteen.

Terreano pareció entristecerse al oír mencionar al gran genetista.

—Un hombre brillante —dijo en tono grave—. Fue una gran pérdida.

—Es posible —replicó Hoffer—. Pero la investigación genética es por lo menos tan arriesgada como la división de los átomos. Cuando uno empieza, ¿dónde se detiene?

—¿Es que el doctor Birkensteen esperaba mejorar a los humanos? —preguntó Jupiter—. Eleanor nos dijo ayer que había conseguido chimpancés muy listos. ¿Acaso creía poder lograr hombres más inteligentes?

Terreano pareció preocupado.

—Yo no creo que soñara con nada tan radical como una raza de seres superiores, pero sí pensaba que nacen demasiadas personas destinadas a vivir en un nivel muy bajo. Consideraba que el hombre, que posee un cerebro maravilloso, no debiera tener que pasar de doce a dieciséis años en la escuela, simplemente para adquirir los conocimientos que le permitan ganarse la vida.

—¡Qué imprudencia! —dijo Elwood Hoffer—. Interferir en la Naturaleza de ese modo puede traer consecuencias terribles. Los animales de Birkensteen son una prueba de ello. Sometía a los

caballos y yeguas a los efectos de diversos rayos y los saturaba de potingues. Fue capaz de enseñar a los caballos algunas cosas. Los chimpancés sí tienen cerebros grandes y vivaces. Sin embargo, su longevidad es mucho menor que la de los animales normales en cautividad.

—Era como si los animales viviesen demasiado aprisa —dijo Terreano—. Al final, Birkensteen estaba tratando de retrasar el proceso de envejecimiento. Tenía varias fórmulas que daba a los chimpancés de distintas maneras. Investigaba la clase de productos químicos que el cerebro segrega para producir el sueño o el despertar.

»Su trabajo era muy osado y muy original. Estaba dispuesto a conseguir la Beca Spicer, que es un dinero con que la Fundación premia cada dos años al científico de la residencia cuyo trabajo pueda reportar mayor beneficio a la humanidad. Si Birkensteen hubiese tenido éxito, incluso sólo en parte, hubiera dispuesto de más de un millón de dólares para emplearlos a su antojo.

—¿Y ahora qué ocurre? —preguntó Pete—. ¿Quién se llevará el dinero?

Terreano se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? El doctor Hoffer aquí presente puede curar todas nuestras úlceras de estómago, o Jim Brandon puede darnos una nueva teoría respecto a nuestro origen, o…

—Hablando de Brandon —le interrumpió Hoffer—. Mirad allí.

Todos se volvieron hacia las ventanas y vieron a Brandon caminando por la acera entre los demás peatones. Se dirigía directamente al café.

Terreano le saludó con la mano al verle entrar. Brandon cogió una silla desocupada de otra mesa y tomó asiento al lado de Jupe.

—¡Ya lo hice! —anunció rápidamente—. He llamado a Sacramento. Tengo que volver a llamar después de comer y a esa hora el gobernador estará libre para hablar conmigo.

—¿El gobernador sacará a tu homínido de esa cueva? —preguntóle Terreano.

Hoffer miró con extrañeza a Terreano.

—Pensaba que no os hablabais.

—Eso era antes —replicó Terreano—. Dime, ¿de verdad crees que el gobernador te va ayudar?

—¿Por qué no? —repuso Brandon—. Si el Estado puede expropiar propiedades para construir carreteras y escuelas, ¿por qué no puede hacer algo para salvar ese fósil? Voy a pedir al gobernador que declare toda esta área monumento histórico. Es fácil que hayan más fósiles en las colinas y sería un crimen perderlos sólo porque McAfee quiere que el público pague cinco pavos por cabeza.

Brandon se detuvo. Desde el parque, al otro lado del camino, les llegaron los sones de la banda.

—Las diez y cinco —dijo Hoffer—, las ceremonias están a punto de comenzar y, cuando hayan terminado, la multitud subirá carretera arriba para adorar a tu hombre de las cavernas. Luego sin duda se dispersarán para ir en busca de fósiles por su cuenta. Has llegado tarde, Brandon. Va a ocurrir y tú no puedes hacer nada para impedirlo.

CAPÍTULO 8
ACONTECIMIENTOS INESPERADOS

Las ceremonias de apertura de la cueva se retrasaron. Cuando Brandon, Terreano y Hoffer llegaron al parque acompañados de los Tres Investigadores, Newt McAfee estaba ya sentado en el templete de los músicos y Talia a su lado. Ella vestía un traje estampado en blanco y negro, y guantes blancos que le llegaban hasta el codo. Sentado junto a los McAfee estaba un hombre enjuto con una chaqueta que se veía ajada a la brillante luz del sol.

—Ése es Harry Chenoweth —susurró Terreano a Jupe—. Es el alcalde y también el propietario de la farmacia. Será el maestro de ceremonias. Le entusiasma hacer discursos.

Un hombre con traje oscuro y alzacuello se reunió con los McAfee y el alcalde. Terreano le identificó como el vicario de la Primera Iglesia Comunitaria.

Otros personajes importantes fueron ocupando sus puestos cerca del vicario. Terreano reconoció al propietario del restaurante *El Cazador Feliz* y al director del motel. El gerente del supermercado también estaba allí, así como el subdirector y una mujer que regentaba una tienda de regalos en una de las calles adyacentes. El dueño del Café Lazy Daze atravesó corriendo la calle, y el amo del garaje fue a sentarse en la fila, detrás del gerente del supermercado.

—Han cerrado todas las tiendas —dijo Terreano—. El pueblo entero está aquí hoy. El hombre de la cueva pudiera ser el mayor acontecimiento en este pueblo. La mayor parte de los comerciantes no han hecho otra cosa hasta hoy que ir tirando. Ahora tienen la oportunidad de ganar dinero de verdad. No hay nadie en el pueblo que no se alegre de esto.

Jupe echó una ojeada al parque viendo que casi todas las organizaciones imaginables estaban allí representadas. Niñas y niños exploradores, caballeros del Santo Sepulcro, espléndidos con su fez rojo, y la Asociación de Cazadores, un grupo jovial identificado por un estandarte. Jóvenes de la Cámara de Comercio Juvenil ostentaban distintivos en sus solapas, y había varios hombres con traje oscuro y sombreros con penachos de plumas. La señora Collinwood llegó a tiempo para identificarlos como miembros de los Caballeros de Colón.

El vendedor de helados había conseguido aparcar su remolque junto al parque y hacía su agosto. Cerca de él estaba un hombre joven con un gran racimo de globos rodeado de un grupo de chiquillos.

Cuando parecía que en el parque ya no cabía nadie más, el alcalde se puso en pie, dio unos toquecitos al micrófono y luego alzó los brazos para imponer silencio.

Jupiter distinguió a Eleanor Hess que lo observaba con su habitual aspecto preocupado.

—¡Silencio, todo el mundo! —suplicó el alcalde—. Guardad silencio para que el señor Robertson, de la Primera Iglesia Comunitaria, pueda bendecir nuestra empresa. Después, la banda de la Escuela Superior Centerdale… un aplauso para la banda… acompañará a la comitiva desde aquí hasta la cueva-museo. Y nuestra querida Patty Ferguson… la conocéis como «*Miss* Aguacate» de la feria campestre del año pasado… cortará la cinta para abrir la cueva.

El alcalde se detuvo escudriñando la multitud.

—¿Dónde estás, Patty? —gritó.

—¡Aquí está! —respondió alguien.

La gente se apartó para dejar paso a una joven delgada de largos cabellos rubios. La multitud la vitoreó mientras subía los escalones del templete.

¡De pronto se oyó un rumor de lluvia y los aspersores del césped del parque se pusieron en funcionamiento!

La gente gritaba asustada. Algunos empujaban tratando de huir. Imposible. La multitud era demasiado compacta.

Jupiter sintió el impacto del agua fría en su rostro y sus manos, y luego sus ropas quedaron empapadas. Volvió la cabeza para

dirigirse a Pete, pero de pronto éste se desmayó cayendo de lado con los ojos cerrados.

A Jupe se le doblaron las rodillas y ya no pudo mantenerse en pie. Sentía como si flotara y como si estuviera cayendo impulsado por una ola. No tuvo tiempo de asustarse antes de que se hiciese la oscuridad total.

Todo estaba frío. Jupe olía a tierra mojada. Se sentía entumecido y algo le hacía cosquillas en la nariz. Al abrir los ojos vio que estaba echado en el suelo con la cara sobré la hierba. Los aspersores habían dejado de funcionar.

—¿Qué demonios…? —dijo una voz familiar.

Jupe se incorporó apoyándose sobre un codo y vio a Brandon. Pete apoyaba su cabeza en la cadera de Brandon.

Se oían murmullos y gritos en tanto la gente que llenaba el parque procuraba levantarse. El reloj de la torre de la Iglesia Comunitaria comenzó a dar las horas.

Jupe alzó la vista hacia la torre y contó las campanadas. ¡Eran las once! De alguna forma, no sabía cómo, él… y el resto de la multitud… habían permanecido inconscientes por espacio de más de cuarenta minutos.

Y entonces recordó… los aspersores. Alguien debió poner algún producto químico en el agua para hacer dormir a todo el pueblo.

Varios niños pequeños lloriqueaban en un extremo del parque y el vendedor de globos miraba hacia el cielo. Los globos habían escapado… todos.

Jupe consiguió ponerse en pie, y estaba dando la mano a Bob para ayudarle, cuando John el Gitano llegó corriendo por la carretera de la casa de McAfee.

—¡El hombre de la cueva! —gritó John el Gitano con la voz más ronca que de costumbre y agitando los brazos en el aire—. ¡Ha desaparecido! ¡Algo ha venido y se lo ha llevado!

CAPÍTULO 9
JUPE SACA CONCLUSIONES

Durante varias horas el campo que rodeaba la casa de Newt McAfee fue escenario de frenética actividad. Los hombres del departamento del *sheriff* tomaban fotografías y llenaban de polvo el museo buscando huellas dactilares. Gente de la televisión entrevistaba a Newt y Talia McAfee, mientras la pareja farfullaba presa de coraje. Los reporteros de televisión también entrevistaron a James Brandon, que estaba muy alterado, y hablaron con el alcalde del pueblo y con varios comerciantes. También interrogaron al John el Gitano.

—¡Ha venido algo! —les decía John—. Yo estaba vigilando como me dijo el señor Newt, y oí un ruido detrás de mí, y… y me volví…

Se agachó volviéndose para mirar por encima de su hombro.

—¡Ahí estaba esa cosa! —dijo—. Un ser terrible con un solo ojo muy abierto… y pezuñas como un elefante. ¡No era humano! Luego quedé tendido en el suelo y la puerta del museo estaba abierta y, cuando miré adentro, ese pobre muerto ya no estaba.

—¡Este hombre ha estado bebiendo! —exclamó alguien entre la multitud.

Pero John no había estado bebiendo, y era bien cierto que el hombre de la cueva había desaparecido.

La gente de la televisión se retiró en aquel momento, y el *sheriff* dejó dos de sus hombres de guardia y se fue en su automóvil. McAfee, junto al cobertizo, hablaba con uno de los policías que se había quedado a vigilar. Y los Tres Investigadores, que deambulaban por allí, se encaminaron hacia el museo.

—Lo siento, muchachos —les dijo el diputado que estaba en la puerta del museo—. No podéis entrar ahí.

Jupe examinó la puerta que estaba entreabierta.

—La persona que ha robado los huesos tenía una llave, ¿verdad? —dijo.

El diputado pareció sorprendido y se volvió a mirar la puerta.

—La puerta está intacta —comentó Jupe—. Y el marco también. Si el intruso hubiera tenido que forzarla, habrían señales en la puerta y en el marco.

El policía sonriente, se hizo a un lado.

—Está bien, Sherlock Holmes —dijo—, ¿quieres echar un vistazo y ver qué más puedes decirme?

Jupe entró en el museo con Pete y Bob.

El pequeño edificio estaba en orden exceptuando las manchas de tizne en los lugares donde había estado trabajando el equipo de huellas digitales. Jupe miró a su alrededor, luego cruzó la estancia para dirigirse hacia la cueva iluminada. La tierra del suelo aparecía removida en el lugar antes ocupado por los huesos, pero lo demás estaba como antes.

Fue entonces cuando Jupe descubrió la huella de un pie en el polvo, junto al lugar donde antes descansaran los huesos.

—Esa huella ha sido hecha por alguien que llevaba zapatos con suela de goma —observó Jupe—. Newt McAfee usa botas de vaquero y John el Gitano botas atadas con cordones y suela de cuero. Yo deduzco que, puesto que el señor McAfee y John fueron las únicas personas que entraron hoy aquí antes que el ladrón, la huella ha sido hecha por la persona que se llevó los fósiles. El ladrón llevaba zapatillas de lona, o de tenis, con el dibujo de una estrella en mitad del tacón y en la suela.

El diputado asintió.

—Así es como lo vemos nosotros. Un policía ha tomado una foto de esa huella. No podemos ir registrando armarios roperos para averiguar qué zapatos han dejado esa huella, pero nunca se sabe si una foto puede llegar a ser útil como prueba.

Jupe extrajo de su bolsillo una cinta métrica metálica para medir la pisada. Tenía doce pulgadas[1].

—Un hombre muy corpulento —comentó Jupe.

El diputado sonrió:

—Lo estás haciendo muy bien. ¿Vas a ser detective algún día?

—Soy detective ya —replicó Jupe sin molestarse en explicar este comentario. En lugar de eso miró a su alrededor extrañado.

—¿Por qué? —dijo—. Eso es lo que no comprendo. Quién se habrá tomado todo este trabajo. Es evidente que alguien introdujo algún producto químico en el sistema de aspersión para dormir a todo el pueblo…

—Eso es lo que suponemos —dijo el diputado—. Uno de nuestros hombres tomó muestras del agua de los aspersores para analizarla en el laboratorio. También analizarán el agua del depósito que está encima del pueblo. De ahí llega el suministro de agua.

—Es fantástico —exclamó Jupiter—. Como una película de ciencia ficción. Con la población dormida, el ladrón se viste un disfraz aterrador y aparece ante John el Gitano y probablemente le rocía con algo que le deja fuera de combate. O quizá los vapores de los aspersores llegaron hasta aquí y le afectaron. Luego el ladrón entra en el museo y se lleva los fósiles. Y la pregunta sigue en pie. ¿Por qué? Los huesos antiguos no tienen valor por sí mismos. Y sólo tienen importancia cuando están unidos al lugar donde fueron descubiertos. Las dos personas más interesadas en los huesos robados son McAfee y Brandon, y ambos estaban inconscientes cuando el delito tuvo lugar.

—Un delito fantástico —convino el agente—. Y ni siquiera sabemos cómo debemos llamarlo. ¿Es un gran robo y debemos poner a un ejército de hombres a trabajar buscando toda pista posible? ¿O es una pequeña ratería, o incluso simplemente una diablura maliciosa?

—¿Cree usted que será capaz de descubrir al ladrón?

—Apuesto a que no —dijo el policía desanimado—. Ya sabéis que hay un montón de robos que no llegan a resolverse. Hay tantos… y no hay bastante personal para hacer cumplir la ley. Me imagino que este caso quedará perdido entre los archivos del crimen y ése será su fin.

El agente se dirigió a la puerta.

—Bien, muchachos. Creo que ahora será mejor que os marchéis.

Los Tres Investigadores, obedientes, pasaron ante él para salir al prado de Newt McAfee. Junto al cobertizo, Talia y Eleanor, que

evidentemente acababa de recoger el correo, se habían reunido con Newt y el otro policía. La joven llevaba entre sus manos un montón de cartas y una revista.

Newt McAfee estaba abriendo un sobre. Cuando los Tres Investigadores se acercaron, pudieron ver que la carta había sido escrita con letras mayúsculas de un verde brillante.

Newt estaba muy pálido. Sus ojos pasaron de la carta al diputado y luego a su esposa.

—¿Sabéis… sabéis lo que dice? —preguntó con voz ronca de furor—. Leed esto. ¡Leedlo!

Alzó la carta para que todos pudieran verla. Decía:

> *TENGO A TU OMBRE DE LAS CABERNAS Y ESTARA A SALBO ASTA QUE ME ENTREGUES 10.000 DÓLARES. SI NO ME DAS EL DINERO LE ENTERRARÉ DONDE NO LE ENCONTRARAS JAMAS. YA TENDRÁS NOTICIAS MÍAS.*

—Ahora ya sabemos por qué alguien quiso robar un montón de huesos —dijo Jupe—. ¡Para pedir un rescate!

CAPÍTULO 10
LA HUELLA DE CUATRO DEDOS

—¡Diez mil dólares! —exclamó Eleanor Hess—. ¡Eso es demasiado!

Newt McAfee gruñó:

—¡Si atrapo al tipo que ha hecho esto, lo dejaré como un colador!

El policía cogió la nota de manos de McAfee y, luego de mirar el matasellos del sobre, volvió a leerla.

—Ese ladrón no sabe escribir bien —observó el agente—. Ha escrito cuatro palabras mal. Sin embargo, lo planeó con tiempo. Fue enviada ayer desde Centerdale.

Se guardó la carta en el bolsillo.

—Señor McAfee, ¿quién tiene las llaves del museo?

Newt McAfee sacó un manojo de llaves de su bolsillo.

—Yo. Ésta es la que abre aquí —dijo—. Y sólo hay otra igual que está en el tablero de la cocina.

Eleanor corrió hacia la casa, pero regresó al momento anunciando que la llave del museo había desaparecido del tablero de la cocina.

—Llevaba una etiqueta —añadió Eleanor—. Me figuro que por eso el ladrón supo…

—Yo también —dijo el diputado—. Ustedes dejan la puerta de atrás abierta, ¿no? Aquí la gente siempre deja las puertas abiertas. El ladrón no habrá tenido más que entrar y llevarse la llave. Incluso, aunque no hubiese dejado la puerta abierta, hubiera podido entrar en la cocina. Cualquiera puede abrir esa cerradura anticuada con una ganzúa… o incluso con un cortaplumas.

Newt y Talia McAfee se fueron a su casa muy alicaídos, y

Eleanor les acompañó. Los Tres Investigadores se subieron al altillo y se sentaron cerca de la ventana. Jupe miró a sus amigos con el entrecejo fruncido.

—Me pregunto quién sabía que la llave estaba en la cocina —dijo.

—¿Quién lo sabía? —replicó Pete cómo un eco—. Eh, ¿por qué no tenía que saberlo? La mayor parte de la gente deja sus llaves en la cocina y si la puerta es tan fácil de abrir…

—Quieres decir que cualquiera pudo llevarse la llave —prosiguió Jupe—. Por desgracia eso es cierto. Pero hay otra cosa que me da que pensar. La huella de la cueva.

Bob pareció extrañarse.

—¿Qué tiene de particular? —quiso saber—. Es la huella del ladrón que llevaba zapatillas de tenis o de correr. ¿Y eso qué?

—¿Recordáis cómo estaba la cueva anoche? —dijo Jupiter—. Cuando McAfee nos la enseñó por primera vez.

Pete y Bob le miraban sin comprender.

—La tierra alrededor de los huesos estaba pisoteada —explicó Jupe con los ojos entrecerrados como si imaginara a los fósiles semienterrados en el suelo—. Luego, John el Gitano tuvo una pesadilla a medianoche, y declara que el hombre de la cueva se había levantado y huido. Entonces McAfee abre el museo y todos volvemos a ver al hombre fósil. Y entonces, ¿habían pisadas?

Pete y Bob fruncieron el ceño, y al cabo Pete dijo:

—No. No. Tienes razón. Pero eso significa… significa que McAfee debió aplanar la tierra… alisarla alrededor de los huesos.

—Vamos a verlo —dijo Jupe.

Se bajó del altillo para ir a casa de McAfee, y una vez allí llamó a la puerta.

Talia McAfee acudió a abrirle, y luego su esposo apareció en la entrada. Él y Jupe intercambiaron unas palabras.

Jupe se apresuró a regresar al cobertizo.

—McAfee dice que él no hizo nada para aplanar la tierra de la cueva —informó Jupe a sus amigos—. Y dice que John el Gitano no pudo hacerlo. No le dejó entrar nunca solo… ni siquiera un minuto.

—Eso significa que alguien entró durante la noche y limpió esas pisadas —dijo Pete y tragó saliva—. Eso no tiene sentido. La puerta estaba cerrada. A menos que… que el hombre de la cueva se

levantase. ¡Pero eso es imposible!



—Bueno, de todas formas, alguien dejó una huella en el prado —prosiguió Jupe—. Voy a ir al pueblo unos minutos. Ayer vi una tienda en la que vendían materiales para trabajos de artesanía en una de las calles adyacentes y quiero comprar algo allí. Vosotros quedaos aquí y mantened los ojos bien abiertos.

Jupe volvió a bajar la escalera de mano y esta vez estuvo ausente casi media hora. Al regresar traía un paquete.

—Yeso de París —les dijo—. Voy a sacar un molde de la huella del prado.

Comenzó a revolver entre los cachivaches del banco de trabajo del cobertizo y no tardó en encontrar una lata de pintura vacía y varios pedazos de madera de diversos tamaños y medidas.

Jupe puso yeso de París dentro de la lata y lo humedeció con agua de la fuente que había junto a la casa de los McAfee. Luego lo removió con un palo hasta que estuvo cremoso, como un helado.

—¿Qué es lo que esperas probar con todo esto? —preguntó Pete mientras los muchachos se dirigían al prado.

—No lo sé —replicó Jupe—. Quizá nada. Pero una persona descalza pasó por aquí y creo que será mejor tener alguna prueba de ello antes de que la huella sea pisoteada o borrada por el viento.

Cuando los muchachos encontraron de nuevo la pisada, Jupe se arrodilló y la roció con un *spray* de laca para el cabello que también había traído de la ciudad.

—¿Para qué es la laca? —preguntó Pete.

—Para fijar la huella y evitar que el yeso recoja toda clase de suciedad —explicó Jupe.

A continuación Jupe confeccionó un marco rudimentario con cuatro listones de madera que encontró en el banco de trabajo. Los sujetó con cinta adhesiva y colocó el marco alrededor de la huella.

Cuando todo estuvo dispuesto, Jupe escanció con sumo cuidado cierta cantidad de yeso de París sobre la huella.

Puso después algunas ramitas en el yeso para reforzar el molde y aguardó a que se endureciera ligeramente. Luego acabó de llenar el marco con otra cantidad de yeso.

—¡Buen trabajo! —exclamó Pete.

—Es una lástima que no tengamos un cliente que aprecie todo esto —dijo Bob—. ¿Creéis que Newt McAfee estaría dispuesto a contratarnos?

—¿Y tú supones que los Tres Investigadores le querrían como cliente? —replicó Jupe.

—¡No, señor! —dijo Pete con vehemencia—. Es un tipo mezquino y su mujer tampoco me gusta. No sé cómo Eleanor Hess puede soportar a esa pareja.

Jupiter suspiró.

—La dueña de la tienda donde he comprado estas cosas conoció a la madre de Eleanor —dijo—. La señora Hess era bonita y esa mujer cree que Talia McAfee tenía celos de ella. Insinuó que Talia se desquita con Eleanor. Me dijo que Newt es tan tacaño que hace que Eleanor le pague por su habitación y mantenimiento, y que ella le ha estado pagando desde que sus padres murieron.

Bob exclamó exaltado:

—¡Pero si sólo tenía ocho años! ¿Cómo podía pagar? ¿Acaso sus padres le dejaron dinero?

—Poseían una casa en Hollywood —prosiguió Jupe—. McAfee la administra y cobra la renta.

—Oh —exclamó Bob—. ¿Y esa señora de la tienda te contó todo eso? ¿Cómo lo conseguiste?

—Comenté que estábamos instalados en el cobertizo de McAfee y ella quiso saber cuánto nos cobraba. Cuando se lo dije, meneó la cabeza y comenzó a hablar. También me dijo que John el Gitano no sabe leer ni escribir. Se mantiene con cualquier trabajo que le salga, y ella cree que Newt le explota, porque él no sabe calcular el tiempo que pasa trabajando para Newt.

—Bueno, tanto mejor para John el Gitano —replicó Bob—. Si no sabe escribir no puede haber enviado esa nota pidiendo el rescate.

—Podría ser un cómplice, pero de todas formas yo no creo que lo sea —repuso Jupe—. No es lo bastante despierto para que alguien le haga su confidente. Y me parece que esta mañana no fingía. Estaba asustado de verdad. Así que eliminémosle. El caso ya es bastante complicado sin él.

—De modo que nos encargamos del caso, ¿eh? —dijo Pete—. ¿Quién es nuestro cliente? ¿Eleanor?

—¿Es que hemos de tener un cliente? —preguntó Jupe—. ¿Acaso no es un rompecabezas muy fascinante? Un hombre fósil, muerto hace siglos, ha sido robado y el ladrón ha sido capaz de introducir algo en el sistema de riego por aspersión que dejó

dormido a todo el pueblo.

Bob sonrió.

—Es tan descabellado que me entusiasma.

Se sentó en la hierba y, sacando una libreta y un bolígrafo de su bolsillo, se puso a escribir.

—Desaparece un hombre prehistórico —dijo—. Ponen una droga misteriosa en el sistema de riego. Aparece una nota pidiendo un rescate mal escrita, y eso puede que no tenga importancia. Me refiero a la ortografía. Puede ser simulada. Y eso nos conduce a algunos sospechosos.

Bob alzó la vista para mirar a sus compañeros.

—¿Brandon? —dijo—. Él quería sacar los huesos de la cueva y puede haber enviado la nota pidiendo un rescate para despistar.

—Estaba dormido en el parque cuando fueron robados los huesos —indicó Pete—. Yo me desperté apoyado contra él. Eh, todo el mundo estaba dormido en el parque. ¡No tenemos ningún sospechoso!

—No sabemos con certeza si toda la población acudió a la ceremonia —objetó Jupe—. De todas formas, el culpable podía tener algún medio de evitar el efecto de la sustancia que puso en el agua. De ser así, cualquiera resultaría sospechoso.

—Cuidado —exclamó Bob—. Ahí viene Eleanor.

Jupe se volvió. Eleanor Hess se aproximaba por la hierba. Rápidamente se sentó sobre el suelo delante del molde de yeso.

—Eh —dijo cuando Eleanor estuvo más cerca—. Estábamos… estábamos hablando de todas las cosas extrañas que han ocurrido hoy.

Eleanor asintió y, tras vacilar unos instantes, como si no estuviera segura de ser recibida, se sentó frente a los Investigadores.

—Yo… voy ahora a la Fundación, y pensé que tal vez os gustaría… venir conmigo.

—Eso sería muy agradable —repuso Jupe—, y nosotros…

—No tenéis que venir si no queréis —dijo Eleanor—. Sólo pensé que si no teníais nada que hacer… —de pronto exclamó—: ¡Diez mil dólares! ¡Eso es muchísimo dinero! Tío Newt ha ido a hablar con algunas personas del pueblo para reunido y… ¡y va a ser tan difícil!

Y Eleanor se echó a llorar.

—Eh, no es para tanto —le dijo Bob—. Quiero decir que el hombre de la cueva es sólo un montón de huesos. No es lo mismo que si hubieran secuestrado a una persona viva para pedir rescate, ¿verdad?

—No. Pero mi tío está tan furioso como si lo fuera. Está tan enloquecido que me da miedo. Dice que está perdiendo dinero cada segundo que pasa. Y creo que tiene razón. El hombre de la cueva le hubiera dado más dinero a ganar que la ferretería. Las cosas no van muy bien por el almacén.

—¿Tú ayudas allí? —le preguntó Jupe.

Eleanor asintió.

—Cuando no estoy en la Fundación. Pero prefiero la Fundación. Allí no grita nadie más que el doctor Brandon y lo hace sin mala intención —de pronto sonrió—. El doctor Brandon es amable. Dice que yo debería ir a un colegio mayor… al Estado de San Diego, o alguna de esas universidades.

—¿Y por qué no vas? —quiso saber Bob.

—Pues, necesitaría uno de los coches para ir allí, y tía Talia dice que no. Dice que enviar una chica a la universidad es malgastar el dinero, y que además no debo olvidar a qué clase pertenezco.

—¿Y eso qué significa? —quiso saber Pete.

—Me figuro que quiere decir que si fuese a la universidad me volvería engreída —replicó Eleanor—. Tía Talia dice que mi madre era una orgullosa que se consideraba demasiado buena para este pueblo, por eso se marchó y se casó con mi padre, y luego ved lo que le ocurrió.

Eleanor se detuvo. Su rostro estaba grave y tenso.

—¡Y eso me duele tanto…! Mi madre hubiera podido sufrir un accidente de automóvil en cualquier parte. No hay que ser mala o engreída para que te atropellé un autobús en una esquina. Mi madre era bonita. Tenía un cabello precioso. Mi padre también era guapo. Tocaba el oboe en la Filarmónica de Los Ángeles y yo le recuerdo ensayando. El oboe es realmente un instrumento maravilloso. Ahora la única música que hay en casa es la de la radio o la televisión.

Hizo otra pausa y luego agregó:

—¡Quiero marcharme! Estoy ahorrando todo lo que puedo. Tengo cerca de cien dólares ahorrados de mi trabajo en la Fundación. Tío Newt y tía Talia se quedan la renta de la casa de mis

padres en Hollywood para pagar mis gastos, pero el dinero de la Fundación es mío.

—¿Le has pedido a tus tíos el dinero de la renta? —le preguntó Jupe—. Si te vas, no lo necesitarán para tus gastos, ¿no te parece?

Ella se sobresaltó.

—¡Pero yo no puedo hacer eso! ¡Se pondrían furiosos! Me echarían de casa.

—¿Y qué? —dijo Pete—. De todas formas quieres irte.

—¡Pero no tengo a dónde ir!

—Podrías ir a tu casa de Hollywood —le sugirió Bob.

—No, no puedo. Allí vive gente.

Se puso en pie.

—Estoy ahorrando —dijo—. Cuando tenga bastante, me marcharé. ¿Vais a venir conmigo a la Fundación?

—Iremos en seguida —repuso Jupe—, pero antes tenemos que hacer algo en el cobertizo.

Los niños la vieron alejarse.

—¿Creéis que llegará a marcharse alguna vez? —dijo Pete.

—No lo sé —replicó Jupe—. No quiere estar aquí, pero tiene miedo de irse a otro sitio.

Jupe dirigió su atención al molde de yeso. Ahora ya estaba endurecido y al levantarlo del suelo presentaba la forma de un pie derecho y descalzo.

—¡Magnífico! —exclamó Pete.

—Uuuum, el hombre de las cavernas errante tiene problemas con sus pies —dijo Jupe—. Mirad. ¿Veis? Primero el dedo gordo; luego, un espacio, y luego tres dedos más pequeños. Parece que el segundo dedo está encogido de manera que no deja huella en el suelo.

—¡Un dedo en martillo! —exclamó Bob—. ¿En un hombre prehistórico?

—Parece poco probable, ¿verdad? —dijo Jupe—. Los problemas en los pies acostumbran producirlos los zapatos que no ajustan bien.

Jupe sacó su cinta métrica metálica para medir la huella. Apenas tenía nueve pulgadas o veinticinco centímetros de largo.

—El ladrón que dejó la huella de su zapato en el museo era muy corpulento —observó Jupe—. El caminante descalzo es más pequeño.

Pete tragó saliva.

—¿Podría ser el hombre de la cueva?

—El hombre de la cueva está muerto —replicó Jupe—. Lleva muerto muchos siglos y los muertos no se levantan y andan. Nuestro criminal podría ser cualquiera… o casi cualquiera. ¡Pero seguro que no es un muerto!

CAPÍTULO 11
LAS PÁGINAS DESAPARECIDAS

Los muchachos encontraron a Eleanor Hess en el establo limpiando al caballo que había estado al cuidado del doctor Birkensteen. Frank Distéfano se hallaba allí también apoyado contra un pesebre y observando.

—He oído decir que el hombre de la cueva ha desaparecido —dijo—. Lamento habérmelo perdido. Estaba en casa con dolor de estómago.

—Lo lamento —exclamó Jupe—. ¿Ahora estás bien?

—Oh, sí. Estupendamente. Eso nunca dura mucho.

—Fue realmente asombroso lo que ocurrió en el parque —dijo Pete—. Todo el mundo se quedó dormido.

—¡Imaginaciones! —replicó Distéfano—. Eso es lo que suele suceder por aquí. ¡Hora de la siesta!

Miró a Eleanor y dijo:

—Tómalo con calma. No le hagas correr demasiado —y dicho esto, dio media vuelta y se marchó sin hacer ruido pues calzaba zapatillas de suela de goma.

Pete le miró marchar.

—Lleva zapatillas deportivas —observó.

—Muchas personas las usan —comentó Eleanor.

Había terminado de cepillar al caballo y lo condujo a un recinto al lado del establo. Guardó los utensilios que había utilizado y se encaminó a la casa.

Los muchachos fueron con ella al taller utilizado por Birkensteen. Los chimpancés saltaron en su jaula al verla, chillando de contento.

—¡Bueno! ¡Bueno! —Eleanor reía al abrir la jaula y los monos retozaron a su alrededor.

—Qué pena que no les guste —dijo Pete.

Eleanor sonrió.

—Son un encanto, ¿verdad? Y yo les gusto, pero echan de menos al doctor Birkensteen.

—Sería extraño que no fuese así —comentó Bob.

Jupe nada dijo. Estaba de pie junto al escritorio del científico fallecido y sus ojos repararon en el dietario del doctor. Lo abrió y fue pasando sus páginas distraídamente, hasta que pronto algo le llamó la atención.

La página del 28 de abril estaba al lado derecho, y en la parte izquierda del libro la correspondiente al 19 de mayo.

—Más de la mitad de las páginas de mayo han desaparecido del dietario del doctor Birkensteen —anunció Jupe con el ceño fruncido —. ¡Esto es interesante! ¿No fue a principios de mayo cuando murió? Recuerdo que fue uno de esos días fríos y nublados que tuvimos durante la primavera.

Eleanor se puso muy tensa y apartó sus ojos de Jupiter.

—Fue… fue no sé qué día de mayo —dijo con voz queda.

—¿Por qué arrancaría las páginas de este dietario? —se preguntó Jupe.

—Yo… yo no lo sé, de veras —dijo ella que se había sentado con uno de los chimpancés entre sus brazos y le mecía como si fuese un niño.

Bob y Pete observaban alertas y curiosos.

—Tú fuiste con el doctor Birkensteen a Rocky Beach —le dijo Jupe—, el día en que murió. ¿Podrían tener algo que ver con su muerte esas páginas desaparecidas?

—No —repuso ella—. No. Yo… Yo supongo que no.

—¿Ese viaje tenía algo que ver con los chimpancés? —insistió Jupe.

—Quizá. Supongo que podría tener alguna relación. En realidad yo no sabía gran cosa de su trabajo. Yo sólo le ayudaba a cuidar de los animales, y fui con él porque… porque era un hombre muy agradable y no se encontraba bien.

—¿Cuál era la dirección que buscabais en Harborview Lane? ¿Y quién vivía allí? —Jupe la presionó.

Eleanor parecía preocupada y nerviosa. Carraspeó, ladeó la cabeza y los muchachos vieron que una lágrima resbalaba por su mejilla.

—Hoy no me encuentro muy bien —les dijo—. Lo siento. Tal vez será mejor que os marchéis.

Los muchachos obedecieron. En el corredor encontraron a la señora Collinwood. Llevaba un delantal con volantes encima de su vestido estampado, y una peluca morena con un mechón blanco.

—¿Todo va bien? —les dijo sonriente.

A Jupe se le ocurrió que la señora Collinwood era una especie de metomentodo… y que tal vez supiera cosas que pudieran ayudarles. Jupe adoptó una expresión triste.

—Me temo que he disgustado a Eleanor —le dijo—. He mencionado al doctor Birkensteen y se ha echado a llorar.

—¡Tch! —la señora Collinwood meneó la cabeza—. Ella le apreciaba. Todos le apreciábamos. Era la única persona agradable que había aquí.

—¿Sabe usted a qué fue a Los Ángeles aquel día? —le preguntó Jupe—. Me refiero al día en que murió. ¿Tenía amigos allí?

—Lo ignoro. Era hombre de pocas palabras. Supongo que sería por algo referente a esos animales. No podéis imaginaros cómo se preocupaba por ellos. Como si estuviera educando niños para llevarlos al colegio. Y cuando alguno de ellos moría, se comportaba como si hubiese perdido a su mejor amigo.

—¿Murieron muchos? —quiso saber Jupe.

—Sí. Y él les hacía la autopsia para ver por qué. Algunas veces los operaba también estando vivos. Y algunas veces, cuando dormían, se quedaba observándolos.

Ella parecía pensativa.

—Solían dormir mucho. Ahora están mucho más espabilados.

Se oyó un golpe y el ruido de algo al romperse en otra de las habitaciones que daban al pasillo.

—¡Oh, cielos! —exclamó la señora Collinwood entrando a toda prisa por una puerta que estaba abierta—. Frank, procura tener más cuidado.

Frank Distéfano salió con una escoba en una mano y dos pedazos de loza blanca en la otra.

—No ha sido gran cosa —dijo en tono insolente—. Estaba vacío.

—La próxima vez podría no estarlo —replicó ella.

Él hizo caso omiso y siguió adelante saludando a los muchachos con una inclinación de cabeza.

—¿Cuándo vas a traer esas cosas del mercado? —le preguntó a sus espaldas.

—¡Válgame el cielo, ahora iré! —gritó—. ¿Y de todas formas para qué me necesita a mí?

La señora Collinwood lanzó un sonido de impaciencia y desapareció por una puerta al final del pasillo.

Cuando los muchachos salieron por la puerta principal vieron a Distéfano que subía a un sedán dos puertas que estaba aparcado en la avenida. Lo puso en marcha y luego aguardó a que ellos llegasen al camino.

—Hay que mantener a raya a esas mujeres —les dijo con una sonrisa burlona y se ofreció a llevarles.

Los muchachos miraron el asiento de atrás y lo vieron lleno de revistas, botas enlodadas, una caja aplastada de servilletas de papel, una máscara para bucear y un traje de goma.

—Gracias de todas formas —replicó Jupe—. Sólo vamos hasta el pie de la colina.

Distéfano asintió con la cabeza y el coche arrancó.

—Es un bocazas —comentó Pete.

Jupe limitóse a decir:

—¡Um! —porque estaba pensando en la conversación que acababa de sostener con la señora Collinwood.

—Ojalá el doctor Birkensteen no hubiera sido tan reservado —dijo al fin—. Si le hubiese contado más cosas sobre ese viaje misterioso a Rocky Beach estoy seguro de que ahora ella nos los habría explicado. Es una persona sincera y abierta… que es más de lo que podríamos decir de Eleanor Hess. Estoy seguro de que Eleanor nos está mintiendo. Pero ¿por qué? ¿Qué es lo que esconde?

—¿Algo que tiene relación con el hombre de la cueva? —aventuró Bob.

—Quien sabe —suspiró Jupe.

Cuando los Tres Investigadores llegaron al prado de Newt McAfee vieron a Talia McAfee en el porche de la parte de atrás.

—¿Habéis visto a Eleanor? —les gritó.

—Está en la Fundación —replicó Bob también gritando.

—¡Um! —exclamó Talia—. ¡Otra vez con esos animales! Si le dejase los traería aquí, pero yo le digo que nadie se queda en esta casa sin pagar alquiler.

—Sí, señora —repuso Jupe—. A propósito, uno de los policías nos dijo antes que iban a analizar el agua del sistema de riego por aspersión. ¿Sabe usted si han encontrado algo?

—Nada —fue la respuesta de Talia—. Uno de los hombres del comisario llamó hace un rato. No había nada en los aspersores ni en el depósito de agua que abastece a la población. ¡El comisario cree que todo el pueblo ha sufrido hipnosis colectiva!

CAPÍTULO 12
UN RUIDO EN LAS RUINAS

Jupe suspiró mientras Talia McAfee entraba en la casa.

—No puedo creer en la hipnosis colectiva —dijo a sus compañeros—. Y también continúo pensando que hay algo raro en ese científico fallecido, el doctor Birkensteen.

—A mí siempre me inquieta pensar en los muertos —declaró Pete.

—No me refería a eso —aclaró Jupe—. Me estaba refiriendo a las páginas desaparecidas del dietario donde anotaba sus citas. Seguro que eran importantes. Me gustaría tener la oportunidad de revisar los papeles del doctor Birkensteen. Me pregunto si eso podría arreglarse.

—Apuesto a que no —vaticinó Bob—. Si su trabajo era tan importante, esos papeles seguramente estarán guardados bajo llave en algún lugar seguro.

—¡Um! —gruñó Jupe. Su tono era serio, pero luego volvió a animarse—. Qué interesante que ese Frank Distéfano no estuviera en el parque esta mañana —dijo—. Me pregunto quién más faltaba cuando secuestraron al hombre de la caverna.

Bob frunció el ceño.

—Todos los que conocemos estaban allí, excepto Distéfano y… John el Gitano.

Pete sonrió.

—¡Eh! —dijo—. ¿Y qué me decís de John el Gitano? No debemos olvidarle sólo porque actúa como un retrasado mental. Tal vez esté fingiendo y en realidad sea muy inteligente.

—Eso no tiene sentido —replicó Bob—. Ha estado aquí años y

años, ¿no? Si fuese tan listo hubiese prosperado hace tiempo.

—De modo que no es inteligente —continuó Jupe—. Probablemente ni siquiera es astuto. Pero la noche pasada vio andar a un hombre prehistórico y nosotros tenemos el molde en yeso de la huella de ese hombre de la cueva. ¿A dónde iría ese hombre?

Pete miró hacia los bosques más allá del prado.

—Está bien —dijo—. Vamos a mirar por allí.

Los Tres Investigadores fueron primero al lugar donde Jupiter había sacado el molde de la huella. Luego avanzaron despacio. No encontraron más huellas hasta que estuvieron bajo los árboles. En un espacio donde la tierra aparecía desnuda, era evidente que el caminante descalzo había pasado por allí. Pete señaló la huella con el dedo. Los Tres Investigadores dieron un rodeo para no pisarla y siguieron adelante sin emitir el menor sonido, moviéndose sigilosamente como si alguien pudiera estar escondido detrás de algún árbol dispuesto a saltar sobre cualquier perseguidor.

Al fin, los árboles se fueron espaciando y llegaron a un claro. Los muchachos se detuvieron en el lindero del bosque y examinaron la hierba y matojos que rodeaban los restos de un viejo edificio en ruinas. Sus paredes de ladrillo estaban rotas por varios sitios y las tejas rojas del tejado habían caído en diversos lugares, dejando al descubierto algunas vigas.

—Creo que esto debía ser una iglesia hace mucho tiempo —observó Bob.

Nadie le respondió y los tres atravesaron el claro.

Dos grandes puertas de madera habían cerrado alguna vez la entrada de la iglesia, pero una de ellas se había desprendido de sus goznes. Estaba caída sobre el suelo de mosaico. Los chicos pasaron sobre ella para entrar en el edificio.

—¿Suponéis que el hombre descalzo entró aquí anoche? —dijo Pete nervioso, mirando a su alrededor.

—No hay modo de saberlo —replicó Jupe—. No pudo dejar huellas en este suelo.

Bob inició un movimiento hacia el fondo de la iglesia. Dos escalones daban acceso a un lugar más elevado que el área donde estaban los tres amigos.

—Si hubo un altar —prosiguió Bob—, debía haber estado ahí. Y mirad: hay una entrada que debía conducir a otra estancia. Tal vez

fuese la sacristía donde el sacerdote o el vicario se ponía sus ornamentos.

Los Tres Investigadores aguardaron en silencio sin que ninguno de ellos se decidiera a atravesar la iglesia, subir los dos escalones y abrir la puerta de la habitación oculta.

De pronto oyeron un ruido que aceleró los latidos de sus corazones.

¡Alguien se movía tras la puerta cerrada! Se oyó un crujido y algo cayó tintineando sobre el mosaico.

Luego se hizo el silencio.

Pete retrocedió, como si fuera a echar a correr.

Bob hizo ademán de dirigirse hacia la puerta cerrada y Pete le sujetó por el brazo.

—¡No! —susurró Pete—. ¿Y si fuese… él?

No dio más explicaciones. No era necesario. Los otros dos le comprendieron.

—¿Y si el hombre de la cueva ha vuelto a aparecer? ¡Supongamos que se ha escapado de su raptor que le secuestró para exigir un rescate, y sus huesos se han cubierto de carne una vez más, y que aquel ser prehistórico está allí, acurrucado en aquella habitación, y armado!

—¿Armado? ¿Con qué?

—¡Imposible! —replicó Jupiter con valentía.

Echó a correr y subió los dos escalones. Al hacerlo, oyó otro ruido… como si algo hubiese tocado la puerta.

Jupe puso su mano en el pomo y se quedó helado. Un estremecimiento de horror recorrió su espina dorsal.

El pomo giraba bajo su mano. ¡Giraba por sí solo! ¡Luego gimieron los goznes y la puerta comenzó a abrirse!

CAPÍTULO 13
OTRO ROBO

—¡Buenas noches! —exclamó el doctor Hoffer todavía con la mano en el pomo de la puerta de la sacristía—. Me habéis asustado. Yo no sabía que hubiese nadie aquí.

Jupiter, todavía temblando, hizo un esfuerzo para sonreír.

—Estábamos explorando —dijo.

Hoffer salió de la sacristía a la iglesia. Los muchachos pudieron ver una reducida estancia a sus espaldas, con una puerta que daba al exterior.

—Debéis tener cuidado, muchachos —les dijo Hoffer—. Esto es propiedad privada. Pertenece a la familia Lewison. Poseen una gran casa al otro lado de la colina. Yo tengo permiso para venir aquí, pero no creo que les gusten los intrusos.

Se sentó en los escalones que separaban el área del altar del resto de la iglesia.

—Es sorprendente cómo las cosas jamás cambian realmente —dijo—. Existe un edificio en ruinas en la vecindad y os encuentro a los tres explorándolo. Yo hubiera hecho lo mismo cuando era joven. Cuando tenía vuestra edad, había una casa deshabitada en nuestro vecindario, en Milwaukee. Encontramos una ventana abierta, entramos y establecimos nuestro club en el sótano. Era muy agradable estar allí… sin la intromisión de padres ni profesores.

El doctor Hoffer se detuvo para estornudar. Sacó un pañuelo y se enjugó los ojos.

—Es otra vez esa fiebre del heno —dijo—. Siempre tengo reacciones alérgicas. Por eso me interesa tanto la inmunidad.

Se puso en pie.

—Hoy no voy a ir más lejos —anunció—. Algo en el aire no está de acuerdo conmigo. ¿Vais a volver al pueblo? Yo de vosotros no exploraría más. Edward Lewison tiene fama de amenazar con su escopeta a los intrusos.

—Como otro que conocemos —replicó Jupe—. Newt McAfee.



—Entonces regresemos al pueblo —propuso Pete.

Y los muchachos siguieron al doctor Hoffer por la sacristía hasta el exterior.

—¿Le interesan las alergias? —dijo Jupe mientras penetraban en el bosque—. Pero usted se hizo inmunólogo. Yo creía que los que estudiaban las alergias eran otros especialistas.

—Lo son —replicó Hoffer—. Sin embargo, una cosa conduce a la otra. La inmunidad es una especie de reacción alérgica.

—¿Lo es? —preguntó Bob.

Hoffer asintió.

—Nuestros cuerpos tienen varios medios de defensa. Pueden producir lo que llamamos anticuerpos. Los anticuerpos destruyen los virus y bacterias, o anulan los venenos que proceden de invasores diminutos. Por ejemplo, si contraes el sarampión, tu cuerpo producirá anticuerpos para combatir esa enfermedad. Una vez ha ocurrido esto, tú no volverás a tener el sarampión porque los anticuerpos permanecen en tu organismo. Así que decimos que estás inmunizado contra el sarampión.

»Ahora supongamos que tu cuerpo fabrica anticuerpos en reacción contra cosas que no molestan a la mayoría de gente. Dicen que eres alérgico a cierto polen. Tu cuerpo producirá anticuerpos que reaccionan contra el polen y emitirá un compuesto químico llamado histamina. Esto es lo que hace estornudar a tu nariz y humedecer tus ojos.

»De modo que nuestro sistema inmunitario salva nuestras vidas cuando lucha contra la enfermedad, pero puede arruinarlas cuando está fuera de control. Yo creo que muchas enfermedades de los humanos son debidas a trastornos del sistema inmunitarlo. Muchas más de lo que se cree normalmente.

»Imagínate que el cuerpo de una persona produce sustancias químicas que afectan a sus articulaciones, lo mismo que las membranas de la nariz se inflaman cuando un paciente tiene fiebre del heno. Artritis, ¿eh? ¿Por qué no puede ser eso una reacción alérgica? ¿Y el cáncer? Existe la teoría de que el cáncer lo produce un virus. ¿Por qué no una alergia? El cáncer consiste en que las células crecen sin control, posiblemente como una reacción exagerada. ¡Y el crimen!

—¿El crimen? —repitió Pete como un eco.

—El crimen puede ser una reacción ante una amenaza —explicó el doctor Hoffer—. Imaginaos a una persona que vive en un lugar peligroso. Para protegerse, esa persona reacciona ante la proximidad de cualquier extraño… una reacción violenta. Sin ni siquiera pensarlo, atacará antes de que puedan atacarle. Sus defensas se han vuelto locas.

El doctor Hoffer estaba muy serio.

—Nuestro sistema defensivo es nuestra mejor posesión, pero también nuestra mayor amenaza. En el laboratorio tengo ratas que viven aisladas en departamentos de cristal protegidas de toda infección. He sido capaz de poner en cortocircuito sus sistemas de inmunidad, y vivirán mucho más que las no protegidas. Claro que están especialmente propensas a contraer cualquier enfermedad porque carecen de defensas. Pero si consiguiera aprender a modificar sus reacciones, a regular sus inmunidades, podrían vivir fuera de sus jaulas de cristal y seguir evitando muchas de las enfermedades que matan a sus compañeras.

»Ahora imaginaos lo que podría representar el control de la inmunidad en los humanos. ¡Imaginaos un mundo sin esas terribles enfermedades!

Hoffer meneó la cabeza.

—¡Merece la pena cualquier esfuerzo! —exclamó—. Lo que Birkensteen estaba haciendo con la inteligencia era completamente descabellado y probablemente también peligroso. Y Brandon es un niño jugando con huesos empolvados. Lo que yo hago es práctico y podría tener un impacto tremendo casi de inmediato.

Habían llegado al campo de la parte posterior de la casa de los McAfee. Hoffer se detuvo para estrechar la mano de los muchachos. Luego echó a andar por el camino, colina arriba, para dirigirse a la Fundación. Cuando se hubo marchado se hizo un silencio. Al fin Pete habló:

—Está bien. Me ha convencido. Propongo al doctor Hoffer para el millón de dólares de la Beca Spicer.

Jupe se limitó a asentir con la cabeza y los tres jóvenes cruzaron la calle en dirección al café.

Ahora la multitud de las calles iba disminuyendo y no tuvieron que aguardar mucho para encontrar mesa. Los muchachos hicieron una merienda-cena charlando tranquilamente sobre los

acontecimientos de aquel día.

—Un caso asombroso —fue la conclusión de Pete—. Realmente extraordinario. Todo un pueblo quedó sumido en un sueño profundo y el hombre prehistórico salió a dar un paseo.

—Y tenemos la huella del hombre de la cueva, si es que era él —intervino Jupe—. ¿Qué podemos deducir de todo esto? ¿Qué os parece si se la enseñásemos al doctor Brandon? Está acostumbrado a sacar conclusiones de pistas como un pedazo de hueso o una pisada en el barro. Si hubiese relación entre la pisada del prado y el hombre de la cueva, lo reconocería en seguida.

—Jupe, él no ha podido ser el hombre de la cueva —objetó Bob.

—Tal vez no, pero en el prado *había* la huella de una persona descalza, y John el Gitano jura que vio al hombre de la cueva, y seguro que al doctor Brandon le interesaría saberlo, ¿no os parece?

—Está bien —dijo Bob—. Me figuro que vale la pena intentarlo.

Los muchachos terminaron de cenar y se apresuraron a regresar al cobertizo para recoger el molde de la huella que Jupe ocultaba en su saco de dormir. Luego se encaminaron a la Fundación Spicer. Encontraron a James Brandon en su laboratorio.

Brandon se hallaba sentado tras su escritorio lleno de papeles y libros. Alzó la vista cuando entraron Los Tres Investigadores. Los muchachos casi temieron que fuese a darle otro de sus ataques de furor. Sin embargo, una vez hubo cerrado el libro que estaba leyendo, pudieron comprobar que no estaba enfadado, sino profundamente absorto en lo que estaba haciendo.

—¿Y bien? —les dijo—. ¿Qué os trae por aquí?

—Queremos que nos dé un consejo —contestó Jupiter—, y tal vez alguna información. Doctor Brandon, nosotros nos hospedamos en el altillo del cobertizo de Newt McAfee y desde la ventana podemos ver el museo. Anoche, muy tarde, hubo jaleo allí.

Jupe continuó explicándole la extraña experiencia de John el Gitano y del descubrimiento de la huella en el prado. Luego enseñaron el molde a Brandon.

—Claro que es imposible creer que el hombre de la cueva saliera del prado —prosiguió Jupiter—, pero alguien lo hizo y usted está acostumbrado a deducir hechos sobre una persona con menos evidencia que la que le traemos.

Brandon sonrió.

—Cuando habláis así, tengo la impresión de ser transportado a una novela detectivesca del siglo diecinueve —puso el molde sobre la mesa—. Bueno, si lo que andáis buscando es una criatura prehistórica, ésta no lo es —les dijo—. La persona que ha dejado esta huella está acostumbrada a llevar zapatos. Cuando una persona va siempre descalza, sus dedos se extienden y los pulgares se separan. Pero el hombre que ha dejado esta pisada tiene los pies estrechos. Y también, un dedo en martillo, cosa improbable en alguien que no use zapatos.

—John el Gitano dijo que era un hombre de las cavernas —dijo Bob—. Explicó que llevaba los cabellos largos y despeinados y una piel de animal.

James Brandon se echó a reír.

—¿Suponéis realmente que los prehumanos llevaban ropas? Ignoro lo que John el Gitano cree haber visto, pero la persona que dejó esta huella no es el hombre de la cueva. No sólo los pies son demasiado estrechos… incluso, suponiendo que un homínido muerto hubiese podido pasear… sino que los pies son demasiado grandes.

—¿Demasiado grandes? —Pete pareció extrañarse—. ¡Pero si son pequeños! Sólo miden veinticinco centímetros.

—Los seres primitivos eran muy pequeños —replicó Brandon—. Yo tomé medidas al fósil de la cueva y, por el tamaño de los huesos, yo diría que nuestro hombre de la cueva mediría unos noventa y cinco centímetros aproximadamente cuando estuviera erguido y andando. Eso no representa mucho más de tres pies. El individuo que ha dejado esta huella tiene que medir por lo menos cuatro pies y medio o quizá cinco pies.

Brandon se dirigió a un armario que estaba junto a la pared.

—Cuando estuve en África —les dijo—, tuve la suerte de encontrar un esqueleto fósil casi completo de unos dos millones de años de antigüedad. Es algo más pequeño que el homínido de Citrus Grove, pero podrá daros una idea.

Brandon abrió la puerta de doble hoja del armario de par en par.

Luego se quedó petrificado mirando los estantes vacíos que tenía ante él.

—¡Ha desaparecido! —dijo en un susurro.

Luego exhalando un profundo suspiro, tomó aliento y gritó:

—¡Ha desaparecido! ¡Desaparecido! ¡Alguien ha robado mi homínido!

CAPÍTULO 14
LAS NOTAS DEL DIFUNTO

Aquella noche Jupiter obtuvo una pequeña victoria sobre Newt McAfee. Le anunció que, puesto que muchos de los turistas que habían acudido a Citrus Grove para la apertura de la cueva se habían marchado, él y sus compañeros se trasladarían del cobertizo al campamento. McAfee se apresuró a rebajar el alquiler de diez dólares a tres, y los muchachos le pagaron y se retiraron al cobertizo riendo.

Durante un rato permanecieron tumbados en la oscuridad, repasando mentalmente los acontecimientos de aquel día. Al fin Pete dijo:

—¡Es absurdo! Los huesos prehistóricos se han puesto de moda.

—Me pregunto a dónde se habrán llevado los fósiles del doctor Brandon —dijo Bob—. Dice que ha estado tan ocupado en otras cosas que no los había mirado desde hace dos o tres meses.

—Eso debió ser en primavera —comentó Jupe—, cuando falleció el doctor Birkensteen.

Pete gimió.

—No volvamos a lo mismo. Birkensteen no tuvo nada que ver con los fósiles. No hay ninguna relación, excepto que él vivía aquí.

—Y luego está Eleanor Hess —prosiguió Jupe—. ¿Miente respecto a ese viaje a Rocky Beach? Ella sabe que iban buscando una dirección de Harborview Lane. ¿No es lógico que supiera la dirección exacta y quién vive allí?

—Cierto —replicó Bob—. Y no mira de frente cuando habla de esto.

—¿Y por qué han desaparecido esas hojas del dietario de

Birkensteen? —insistió Jupe—. ¿Qué anotaciones hizo Birkensteen en esas páginas? ¿Las arrancó él mismo u otra persona?

—¡Eh! —exclamó Pete sentándose sobre su saco de dormir—. Supongamos que Birkensteen estuviera en contacto con alguien en Rocky Beach, y que él casualmente mencionara al hombre de la cueva. ¿No podía haber sembrado entonces la idea del robo? Hemos estado actuando como si el ladrón tuviese que ser alguien de Citrus Grove, pero puede que no sea así. ¡El pueblo estaba hoy inundado de forasteros!

—Es posible —admitió Jupe—, sólo que Brandon no descubrió el hombre de la cueva hasta *después* de la muerte de Birkensteen.

—Oh —fue el comentario de Pete.

—No obstante podría haber alguna relación —prosiguió Jupe—, tal vez menos directa. Si por lo menos tuviésemos esas páginas desaparecidas del dietario, y las notas de Birkensteen. Las anotaciones sobre su trabajo durante sus últimos días podrían darnos una pista.

—O puede que la pista esté en Rocky Beach —exclamó Bob—. Dijiste que Birkensteen estaba buscando Harborview Lane. Yo conozco esa calle. Es una calle corta sin salida, una travesía de Sunset. ¿Y si fuese a Harborview y llamase de puerta en puerta diciendo que la cartera de mano del doctor Birkensteen había desaparecido, y preguntara si se la había dejado olvidada allí cuando fue en mayo? Claro que él no llegó jamás a su destino, pero estoy seguro de que tendría que producirse alguna reacción en la persona de Harborview que le conociera. Mañana tomaré el primer autobús… Llegaré a Rocky Beach en un par de horas.

—Muy bien —Jupe estuvo de acuerdo—. Yo volveré a la Fundación para ver si consigo encontrar los papeles del doctor Birkensteen. Puede que el doctor Brandon me ayude.

—Y yo iré a Centerdale —decidió Pete.

—¿Qué hay en Centerdale? —quiso saber Bob.

—No lo sé con certeza —dijo Pete—, pero es el pueblo siguiente, y desde allí enviaron la nota pidiendo el rescate por el hombre de la cueva. Quizá pueda encontrar allí alguna pista.

—Bien pensado —exclamó Jupe.

Luego cerrando los ojos escuchó como el reloj de la torre de la iglesia comenzaba a dar las horas. Empezó a contar las campanadas,

pero no terminó. Se quedó dormido y le pareció que había transcurrido tan sólo un minuto cuando despertó sacudido por Pete.

—Son casi las ocho —le anunció Pete—. ¡Vámonos!

Bob ya estaba en pie. Jupe y Pete se reunieron con él en la fuente y los tres se lavaron temblando de frío.

Los tres muchachos desayunaron copiosamente en el café de la calle principal y luego se separaron. Jupe echó a andar por la carretera que llevaba a la Fundación Spicer.

La puerta del gran caserón estaba abierta y pudo oír a la señora Collinwood en el interior.

—Podría jurar que ayer no estaba aquí —decía la señora Collinwood—. Miré y remiré por todas partes.

Jupe miró desde la puerta. La señora Collinwood se encontraba en la sala de estar. Esta mañana llevaba una peluca castaña que le llegaba casi hasta los hombros.

—Ya le dije que aparecería —dijo una mujer que vestía uniforme azul y delantal blanco. Llevaba un plumero en la mano y contemplaba cómo la señora Collinwood se ajustaba la peluca delante del espejo—. Usted se olvidó dónde la había dejado, nada más —dijo.

—¡No estaba allí! —insistió la señora Collinwood—. ¡Una peluca no se pierde así como así!

La mujer se alejó con el plumero y la señora Collinwood reparó en Jupe de pie junto a la puerta.

—Si has venido a ver a Eleanor, todavía no ha llegado —le anunció la señora Collinwood.

—¿Y el doctor Brandon, está? —preguntó Jupe.

—Sí, si tienes el valor de enfrentarle con él —replicó la señora Collinwood—. Ya sabes donde está su laboratorio.

Jupe atravesó la sala de estar, después de darle las gracias, y salió al pasillo. Antes de llegar al laboratorio del doctor Brandon, pudo oírle. El arqueólogo gritaba, y se oían golpes y chasquidos. Sonaba como si estuviera arrojando cosas.

Jupe se detuvo un instante sin decidirse a llamar a la puerta del laboratorio.

De pronto la puerta se abrió de par en par.

—¿Qué ocurre? —gritó Brandon al ver a Jupe—. ¿Qué es lo que quieres?

—No decapites al muchacho —dijo otra persona.

Era Terreano, tranquilamente sentado en un sillón cerca del escritorio de Brandon.

Brandon abrió la boca como si fuera a gritar otra vez, pero de pronto sonrió:

—Lo siento —dijo—. Pasa.

Jupe entró en el laboratorio. Vio papeles y libros esparcidos por el suelo y la mesita de la máquina de escribir patas arriba.

Terreano le sonrió.

—Perdona el desorden. El doctor Brandon estaba dando rienda suelta a su enojo.

Brandon enrojeció y pareció violento. Levantó del suelo la mesita de la máquina de escribir y la colocó en su sitio al lado del escritorio. Luego recogió la máquina. El rodillo cayó y se alejó rodando.

—¡Oh, maldita sea! —exclamó Brandon.

—El doctor Brandon nunca pega a nadie —dijo Terreano—, pero es muy duro con el mobiliario.

—¿Quién no estaría furioso? —preguntó Brandon—. Esa patraña que McAfee va diciendo por ahí, de que yo robé al hombre de la cueva para evitar que los visitantes lo pisotearan, y que luego envió la nota pidiendo el rescate para que pareciera que había sido otra persona. Luego, según él, escondí los huesos fósiles que yo tenía aquí para dar la impresión de que algún perturbado iba por ahí robando huesos.

Brandon miró a Jupe.

—McAfee ha tenido el valor de telefonear para decirme eso. ¡Voy a matarle!

—Jim, nadie creerá en serio que tú has robado nada —dijo Terreano—. McAfee está dolido porque el hombre prehistórico ya no está en su cueva. Y está dando palos de ciego.

—Doctor Brandon, ¿no le parece extraño que también robasen sus fósiles? —le dijo Jupe.

—¡No es extraño! —replicó Brandon—. ¡Es sorprendente!

—Pero ¿es probable que se trate de un segundo ladrón? —prosiguió Jupe—. Supongamos que haya sido la misma persona la que ha robado su homínido del armario y el hombre de la cueva. ¿Quién sabía que el homínido estaba en ese armario?

Brandon pareció repentinamente interesado.

—¡Cielos! ¡Tienes razón! No fue publicada su presencia en Citrus Grove. Bueno, la gente de la Fundación lo sabía. La señora Collinwood. El doctor Terreano aquí presente.

—¿Y qué me dice de Eleanor Hess? —preguntó Jupe.

—¿Esa joven asustadiza como un conejo? —dijo Brandon—. No tendría valor para robar aunque supiera lo de mi homínido. Y no obstante… creo que me vigila. La he sorprendido mirándome. Atisba desde detrás de los muebles. Es muy extraño.

Terreano se echó a reír.

—¿No lo sabes? —le dijo—. Está loca por ti. Tiene todos los síntomas. Tropieza con todo cuando estás cerca y se le caen las cosas de las manos. Es muy joven. Sólo es un enamoramiento de colegiala.

—¡Oh, maldita sea! —exclamó Brandon que se había puesto bastante colorado.

—Eleanor Hess está en una posición muy interesante —prosiguió Hess—. Está familiarizada con las actividades de la gente de aquí y conoce muy bien la casa de McAfee.

Brandon miró fijamente a Jupe.

—¿Por qué estás tan interesado? —le preguntó.

—Mis compañeros y yo somos detectives —repuso Jupe.

—¿Detectives? —Brandon rio entre dientes.

—Sí —Jupe sacó una pequeña tarjeta de su bolsillo que entregó a Brandon. Decía así:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

—Muy impresionante —dijo Brandon pasando la tarjeta a Terreano y guiñándole un ojo al mismo tiempo.

—No somos aficionados, señor Brandon —explicó Jupe con gran dignidad—. Hemos resuelto problemas que han confundido a detectives mayores que nosotros. Por lo general actuamos en beneficio de un cliente. Sin embargo, esta vez, no tenemos cliente. Pero el problema del rapto de un hombre prehistórico es único. Estamos ansiosos de saber lo que ha ocurrido realmente.

—Pues ya somos dos —replicó Brandon sinceramente—. Está bien mi joven y curioso amigo. Convengo en que Eleanor Hess está en una situación comprometida. Es sobrina de Newt McAfee y también trabaja en la Fundación. Pero no tiene el coraje suficiente para cometer un robo.

—Apreciaba mucho al doctor Birkensteen —le hizo ver Jupe—. ¿Podría haber alguna relación entre el robo del hombre de la cueva y el viaje del doctor Birkensteen a Rocky Beach?

—¿Cuando falleció? —preguntó Terreano—. ¡Pero de eso hace ya casi tres meses! ¡Antes de que fuese descubierto el hombre de la cueva!

—Incluso así —insistió Jupiter—. ¿Sabe usted por qué fue a Rocky Beach el doctor Birkensteen?

Brandon frunció el entrecejo.

—No. No confiaba en ninguno de nosotros.

—Yo creo que Eleanor lo sabe —les confió Jupe—, pero ella

tampoco confía en nadie. Faltan unas hojas del dietario de citas del doctor Birkensteen. Son las páginas correspondientes a finales de abril y principios de mayo. Me pregunto si podría echar un vistazo a las anotaciones de esos días. Tal vez nos dieran alguna pista.

Brandon miró a Terreano y éste asintió.

—Todo continúa en el laboratorio de Birkensteen —le dijo a Jupiter—. No se han tocado sus papeles.

Los tres abandonaron el cuarto de trabajo de Brandon y echaron a andar por el corredor hacia el laboratorio de Birkensteen.

Había montones de anotaciones pulcramente ordenadas en libros de hojas cambiables con las inscripciones «Tiempos de Reacción», «Destrezas Manuales» y «Formas de Comunicación». Habían unas libretas de notas referentes a la estimulación química y tiempos de exposición bajo los rayos X, y otros encabezamientos que Jupe no pudo siquiera entender.

—Necesitaríamos a otro genetista para que nos lo explicara —dijo Terreano.

Jupe asintió.

—No obstante puede que haya algo —dijo—. Y por remoto que parezca, puede tener relación con el hombre de la cueva.

Después de esto se hizo él silencio en el laboratorio, mientras Jupe, Brandon y Terreano hojeaban las libretas de notas. Al cabo de un rato, Jupe observó:

—No hay notas de experimentos después del diez de abril.

Brandon pasó las páginas del libro que sostenía en sus manos.

—Tienes razón —dijo—. Las últimas notas fueron hechas el veinticinco de marzo.

Fueron abriendo las libretas una por una cotejando las últimas entradas. No había ninguna anotación hecha después de los primeros días de abril.

—Pero él no dejó de trabajar —observó Brandon—. Trabajaba a diario. Y era muy metódico. Debió tomar notas. ¿Qué habrá sido de ellas?

—Lo mismo que les ha ocurrido a las páginas de su dietario —fue la respuesta de Jupiter.

Había un pequeño montón de revistas sobre la mesa de trabajo y Jupe cogió una para hojearla. Alguien había colocado una tira de papel para marcar un punto. La revista, llevaba estampado con un

tampón de goma: «Propiedad de la Biblioteca Estatal».

—El doctor Birkensteen estaba leyendo y documentándose sobre los efectos del pentotal sódico en las funciones del cerebro —dijo Jupe.

—El pentotal sódico es un anestésico —explicó Terreano—. Adormece las sensaciones y hace que pierdas el conocimiento.

Jupe cogió otra de las revistas. Era un ejemplar del *Diario de la Asociación Médica Americana* y contenía un artículo sobre el óxido nitroso.

—Otro anestésico —dijo Brandon—. Los dentistas lo utilizan mucho. Le llaman el gas deja risa.

Había más revistas y más artículos. Todos sobre anestésicos de uno u otro tipo.

—Bueno, es natural —comentó Terreano—. Él operaba a los chimpancés de vez en cuando. Necesitaba anestésicos.

—Y ayer un pueblo entero quedó inconsciente —dijo Jupe sin alzar la voz.

Jupe y los dos hombres registraron el laboratorio. No encontraron nada que pudiera haber sido utilizado como anestésico. No había éter, ni pentotal sódico. Ni siquiera novocaína.

Cuando al fin Jupe abandonó el laboratorio no apartaba a Eleanor de su pensamiento. ¿Habría sido ella quien se llevara las notas? Y en caso afirmativo, ¿por qué? ¿Y fue ella quien destruyó las páginas del dietario? De ser así, ¿por qué? Era demasiado tímida para haber tomado parte en el robo.

¿O sí fue ella?

CAPÍTULO 15
PREGUNTAS Y MÁS PREGUNTAS

A mediodía, Pete Crenshaw decidió que estaba perdiendo el tiempo. Centerdale era mayor que Citrus Grove, pero no muy distinto. Tenía dos supermercados en vez de uno y cuatro gasolineras en vez de dos. El autobús Greyhound no se detenía delante de la farmacia, sino delante del Hotel Centerdale. No había nada de aspecto sospechoso. Además, Pete no sabía exactamente qué andaba buscando.

Suspirando, deseó haber ido con Jupe a la Fundación Spicer. Tan pronto cruzó por su mente este pensamiento, un automóvil polvoriento, tras adelantarle por la calle, desapareció al doblar la esquina.

Al volante iba Frank Distéfano.

Pete corrió hasta el cruce de calles para ver hacia dónde se dirigía el joven empleado. Le vio enfilar la avenida de una casa ruin en mitad de una calle bordeada de árboles. Distéfano aparcó en la avenida y entró en la casa llevando consigo un paquete envuelto en papel marrón.

Pete aguardó. Al cabo de uno o dos minutos Distéfano salía de nuevo y montaba en su automóvil. Hizo marcha atrás hasta la calle y fue hacia Pete.

El muchacho observó como Distéfano se acercaba a la esquina y luego desapareció a toda velocidad en dirección a Citrus Grove. Después Pete se encaminó desde la calle hasta la casa donde el empleado había aparcado, y se quedó contemplándola. Se estaba preguntando cuál debía ser su próximo movimiento, cuando un coche entró por la avenida desde la calle. Se detuvo y una mujer regordeta de cabellos cortos y grises se apeó de él.

—¿Deseas algo? —le dijo a Pete.

—No, señora —repuso Pete, y se detuvo un instante buscando una excusa que justificara su presencia allí. Al fin te sonrió cordialmente—. Me preguntaba si Frank Distéfano podría llevarme de regreso a Citrus Grove. Quiero decir, si es que va a volver aquí. Acabo de verle salir.

—Oh, deberías haberle llamado —dijo la mujer—. Me temo que hoy ya no volverá.

Pareció preocupada.

—¿No tienes ningún otro medio para regresar a Citrus Grove? —dijo nerviosa—. Supongo que no harás *autostop*. ¡Es tan peligroso!

—No, señora —replicó Pete—. Puedo tomar el autobús.

—Bien.

Abrió el maletero de su automóvil y se dispuso a sacar una bolsa de comestibles. Pete se apresuró a ayudarla y ella le dio las gracias mientras le indicaba el camino hasta la puerta lateral de la casa.

—¿Es usted la señora Distéfano? —preguntó Pete.

—¿La madre de Frank? No. Soy su patrona. Le he alquilado una habitación.

Pete dejó los comestibles encima de la mesa de la cocina.

—¿Vives en Citrus Grove? —le dijo la mujer que, sin esperar su respuesta continuó—: ¿Estabas ayer cuando sucedió aquello tan horrible y todo el mundo se quedó dormido? Apuesto a que pusieron algo en el agua. Las autoridades debían investigarlo.

—Lo hicieron —repuso Pete—. Analizaron el agua en el laboratorio. No encontraron nada.

La mujer meneó la cabeza.

—Es espantoso. Ayer hubiera matado a Frank. Entre todos los días del año, tuvo que escoger el de ayer para ponerse malo y perderse todas esas emociones. Claro que lo raro es que no esté enfermo más a menudo, pues se está hasta altas horas escuchando ese estéreo. Ayer se pasó toda la mañana en cama roncando. De haber estado en Citrus Grove, hubiera podido contármelo todo. Supongo que se habría fijado en algunas cosas, aunque está tan concentrado en sí mismo, que apenas sabe que hay otras personas vivas. Yo hubiera ido a ver la cueva, pero ¿dónde hubiese aparcado?

—No lo sé —dijo Pete disponiéndose a salir de la cocina.

—¿Quieres que le diga a Frank que has estado aquí? —le preguntó la mujer—. ¿Qué nombre le digo? No es que él preste mucha atención a los nombres, pero nunca se sabe.

—Pete —dijo el muchacho—. Pero tal vez no me recuerde.

—De todas formas se lo diré —le prometió ella.

Pete regresó a la calle principal donde subió al autobús de Citrus Grove.

Pete encontró a Jupiter sentado en un viejo columpio del patio de los McAfee. Jupe escuchó su informe sobre Centerdale y suspiró.

—Así que Frank Distéfano estuvo realmente enfermo ayer por la mañana —comentó Jupe—. Me preguntaba si tendría algo que ver con el secuestro, pero me figuro que no. Él era la única persona que no tenía coartada y ahora ya la tiene —se encogió de hombros—. De modo que así está la cosa.

Pete se tendió sobre la hierba, mientras Jupe permanecía pensativo tirando de su labio inferior, señal de intensa concentración. Bob les encontró así al regresar a las cuatro.

—¿Y qué? —preguntó Jupe cuando Bob llegaba por la avenida.

—Birkensteen tenía una cita con el doctor Henry Childers el día de su fallecimiento —anunció Bob triunfante—. Childers vive en Harborview Lane. Es anestesista y ejerce en el Hospital de San Brendano de Santa Mónica. Cuando le pregunté si el doctor Birkensteen se había dejado allí su cartera en el mes de mayo, pegó un respingo como si le hubiese picado una avispa. Esperó todo aquel día al doctor Birkensteen; que naturalmente no acudió. Más tarde se enteró de que había muerto.

—¿Un anestesista? —exclamó Jupe—. ¿Era amigo de Birkensteen?

—No. Un amigo común de la UCLA[2] sugirió que él y Birkensteen debían conocerse. Él ignora para qué quería verle Birkensteen, lo mismo que su amigo el de la UCLA. De todas formas me pareció muy interesante que fuese anestesista y aproveché para preguntarle si existe algún anestésico tan poderoso capaz de dormir a toda una población en cuestión de segundos.

—¡Ah! —dijo Jupe—. ¿Y qué te dijo?

—Dijo que no. Se había enterado de lo que ocurrió ayer aquí, pero insistió que no.

—¡Um! —gruñó Jupe.

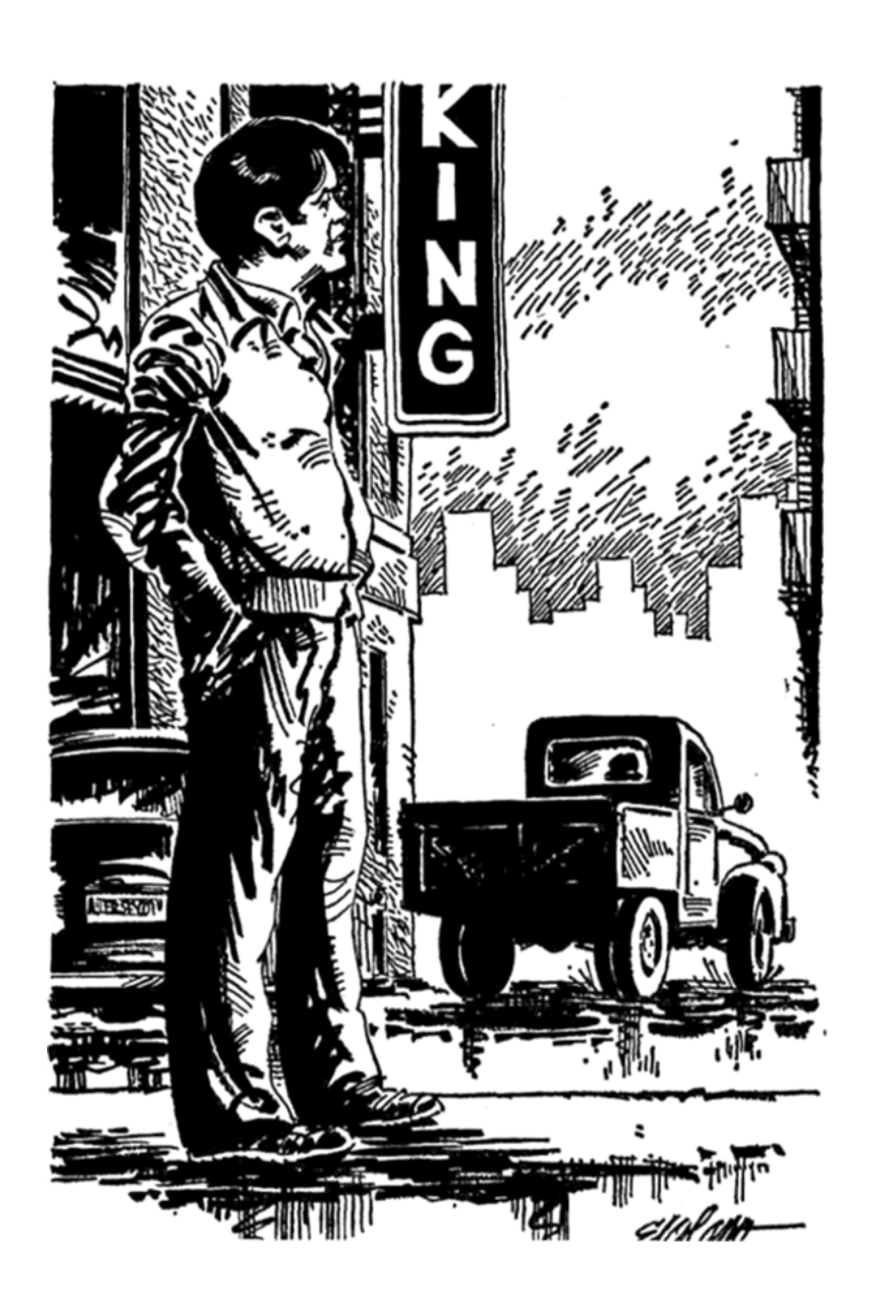
En aquel preciso momento Eleanor salió por el porche posterior, saludó a los muchachos con una inclinación de cabeza y se encaminó al cobertizo. Su tío salió tras ella.

—¿Ellie, a dónde vas? —le gritó Newt.

—Doris Clayton me ha invitado a cenar —replicó Eleanor.

—Bien, procura no volver tarde —le advirtió Newt.

El motor de la camioneta comenzó a ronronear y Eleanor la sacó del cobertizo haciendo marcha atrás.


KING

Su tío la estuvo observando hasta que se alejó.

Jupe bajó del columpio y carraspeó de modo que McAfee se volvió a mirarle.

—Me estaba preguntando…, —le dijo Jupe—, si ha sabido algo más del secuestrador.

—No —replicó McAfee disgustado—. Y no sé si os lo diré cuando tenga más noticias —y entró en la casa.

Los muchachos pasaron parte de la tarde en el Café Lazy Daze haciendo cábalas sobre anestésicos, y el resto del tiempo, paseando por el pueblo.

Eleanor regresó a casa después de medianoche. Arriba en el altillo los muchachos la oyeran entrar la camioneta en el cobertizo. También oyeron a Newt McAfee que la llamaba desde la casa, exigiéndole que le dijera dónde había estado hasta esa hora. Después que hubo entrado en la casa, las ventanas se cerraron, y el rumor de voces airadas y sollozos quedaron apagados.

—¡Troncho! —exclamó Pete—. ¿Cuántos años tiene Eleanor? La tratan como a una niña pequeña.

—Ya es bastante mayor para salir sola —fue el comentario de Bob.

Al fin cesaron los ruidos en la casa y los muchachos pudieron conciliar el sueño. El lunes se levantaron temprano antes de que lo hicieran los de la casa. Después de desayunar, telefonearon a Les Wolf para saber cuándo tenían que regresar a Rocky Beach, y se alegraron de que necesitase permanecer por lo menos un día más en Citrus Grove.

Los muchachos subían paseando por la calle principal cuando vieron a Eleanor al volante de la camioneta. Se detuvo en la gasolinera cercana al parque para poner gasolina.

—Realmente debió dar un buen paseo anoche con su amiga —comentó Bob—. Ayer vi a Newt McAfee llenar el depósito y si esta mañana ya no tiene gasolina…

Pero Bob no continuó, ya que el surtidor se había detenido después de sonar la campana por segunda vez. Eleanor sacó la manguera del depósito, puso el tapón, y se dispuso a sacar el dinero de su bolsillo para pagar al empleado.

—Dos galones[3] y un poco más —dijo Jupe observando como se alejaba Eleanor—. Eso representa unos cincuenta kilómetros en esa

camioneta. Pudo haber llegado hasta Centerdale, ¿no os parece?

—Tal vez esa amiga suya viva en Centerdale —repuso Pete—. O puede que fuese a encontrarse con otra persona. Quizás haya llenado el depósito para que su tío no se extrañe de que gastara tanta gasolina.

Jupiter hizo una mueca.

—No tenemos motivos para sospechar semejante cosa —dijo—. En realidad no tenemos motivos para sospechar de ella en ningún sentido. Todo son suposiciones. Puede que fuese más inteligente y más provechoso hablarle abiertamente y preguntarle si sabe algo del hombre de la cueva que pudiera sernos útil.

—Mentiría —objetó Bob—. Está mintiendo acerca de ese viaje a Rocky Beach, ¿no?

—Eso creo. Pero parece muy sola y tal vez le aliviase el hablar con alguien. ¿Qué podemos perder?

—Nada —replicó Bob—, pero si tú quieres hablar con ella, quizá sea mejor que lo hagas a solas. Ella se echará a llorar y eso me pone violento, y no queremos que crea que conspiramos contra ella.

—De acuerdo —se avino Jupe.

Cuando los muchachos llegaron a casa de los McAfee, descubrieron que Eleanor se había marchado a la Fundación, de modo que Jupe dejó a sus amigos y se fue tras ella. Estaba a punto de llamar al timbre cuando oyó gritar a Eleanor dentro de la Fundación.

—¿Qué quieres decir con eso de que es demasiado tarde? —gritaba—. ¡No puede ser demasiado tarde!

Jupe se apartó de la puerta.

La ventana de la sala de estar estaba abierta de par en par y miró por ella.

Allí no había nadie. Las cabezas de animales de la pared contemplaban la estancia con su mirada estática.

—No me importa si ya le has llamado —decía Eleanor—. Vuelve a llamarle. ¡Dile que ha sido una broma!

Jupe recordó que había un teléfono en la pared del pasillo que llevaba a los laboratorios. Evidentemente Eleanor estaba hablando por ese teléfono.

—¡Eres un mentiroso! —gritaba—. No lo hiciste por mí. ¡A ti no te importa lo que me ocurra!

Hubo un breve silencio. Luego Eleanor dijo:

—Está bien, ya verás lo que voy a hacer.

Se oyó colgar el aparato.

Jupe se alejó de la ventana. Instantes después la puerta principal se abrió y Eleanor salió con la cabeza erguida y los labios apretados. Sin mirar ni a derecha ni a izquierda, bajó los escalones y fue hasta la cerca.

Jupe iba tras ella, pero no la llamó. Cuando estaba a medio camino la vio atravesar el campo de la casa de los McAfee y abrir la puerta del cobertizo. Pete y Bob se acercaron a la ventana del altillo y la observaron mientras sacaba la camioneta. Eleanor giró a toda prisa para coger la carretera y salió a toda velocidad en dirección al pueblo.

Pete y Bob salían del cobertizo justo cuando Jupe llegaba allí.

—¿A dónde habrá ido? —quiso saber Pete.

—Lo ignoro —replicó Jupe—. Está muy enfadada por algo. Creo que al fin va a entrar en acción.

—Pues no es la única —observó Bob—. Newt McAfee salió hará cosa de diez minutos muy serio y decidido, y su mujer le gritaba que no gastara más dinero. Dijo que ya había malgastado bastante con ese hombre de la cueva. Él hizo como si no la oyera. Se fue hacia el pueblo.

—El rescate —exclamó Jupe al cabo de unos instantes—. ¡Ha ido a pagar el rescate! ¡Al fin van a aclararse las cosas!

CAPÍTULO 16
DOBLE SORPRESA

—¡Vamos! —ordenó Jupe—. ¡Veamos cómo se las arregla Newt para pagar el rescate! —y echó a correr hacia el pueblo.

—¿Cómo va a pagarlo? —preguntó Pete cuando consiguió alcanzar a Jupe—. No se ha llevado el coche.

—Entonces es que está haciendo los preparativos —replicó Jupe con impaciencia—. ¡Vamos!

Los muchachos bajaron por la calle principal. Cuando pasaban por el pequeño parque vieron a McAfee que salía del Café Lazy Daze. El señor Carlson, el propietario del café, le acompañaba así como otros dos hombres. Jupe reconoció a uno de ellos como el dueño de la farmacia. Al encaminarse los cuatro hacia el Banco de la esquina, se unió a ellos un hombre que salió corriendo del motel.

—Justamente lo que sospechaba —exclamó Jupe—. Todos los comerciantes del pueblo tienen mucho a ganar con el hombre de la cueva y van a contribuir todos para pagar el rescate.

Jupe tomó asiento en uno de los bancos del parque. Vio a través del cristal de la ventana cómo el director del Banco se levantaba de su mesa para atender a los hombres. Parecía muy serio mientras estrechaba la mano de Newt y saludaba con la cabeza a sus acompañantes. Luego les condujo a una habitación al fondo del Banco.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Bob.

—Esperar —repuso Jupe—, y no tendremos que esperar mucho.

Cinco minutos después, cuando el reloj de la torre de la iglesia daba las diez, Newt McAfee salió del Banco con una bolsa de lona. El dueño del café le acompañaba.

—¡Ajá! —exclamó Jupiter.

McAfee y su acompañante se dirigieron a la zona de aparcamiento junto al café. Montaron en un «Volkswagen» allí aparcado y se fueron en él.

—Tengo el presentimiento de que no han de tardar mucho —les dijo Jupe.

Les señaló con un gesto el Banco del otro lado de la calle. Los dos hombres que habían entrado con McAfee salían ahora con el director del mismo. Permanecieron unos minutos en la acera con aspecto nervioso e indeciso. Luego entraron en el Café Lazy Daze y se sentaron en una mesa cerca de la barra.

Los muchachos esperaron hasta que el reloj de la iglesia dio las diez y cuarto, y las diez y media. Entonces Newt y sus acompañantes llegaron en el automóvil y aparcaron. Cuando se dirigieron caminando hacia el café, Newt no llevaba la bolsa de lona.

—¿Nos unimos a la partida? —dijo Jupe.

Se puso en pie para atravesar la calle. Tras un instante de vacilación, le siguieron los otros dos.

Cuando los muchachos entraron en el café no había nadie más que el grupo de hombres, el barman y una camarera que estaba llenando los azucareros. McAfee les vio entrar y luego apartó la mirada. Jupe, Pete y Bob ocuparon una mesa frente a la de los hombres, y Jupe fue a saludarles amistosamente.

—¿Están esperando la llamada del secuestrador? —dijo.

McAfee abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

—Ha pagado el rescate, ¿verdad? —continuó Jupe.

McAfee se levantó de su silla y agarró a Jupe por la parte delantera de su camisa.

—¿Qué sabes tú? —le preguntó—. ¡Tú… tú tienes parte en esto! ¡Me has estado espiando todo el tiempo!

Jupe no hizo el menor esfuerzo por soltarse, limitándose a decir sencillamente:

—Yo no he tomado parte en nada.

—En, Newt, cálmate —le dijo el dueño del café.

McAfee frunció el ceño, pero soltó la camisa de Jupe sin protestar.

—El crimen es mi *hobby* y el de mis amigos —dijo Jupe

tranquilo—. Es más que afición. Es una vocación. Sin embargo, no cometemos delitos. Nosotros tratamos de resolverlos, y a menudo lo conseguimos.

—¡Valiente crío! —gruñó McAfee volviendo a su asiento.

—¿Usted cree que el ladrón le dirá dónde están los huesos? —preguntó Jupe.

McAfee no respondió, pero el dueño del café tomó la palabra:

—Pues… no podemos estar seguros… Sólo podemos esperar.

Jupe asintió con la cabeza y de nuevo fueron transcurriendo los minutos.

—Supongamos que alguien encuentra ese dinero —dijo, el banquero al cabo de un rato—. Supongamos que alguien se detiene a merendar en el área de descanso y…

—¡Cállate! —le gritó Newt.

Parecía enfermo y pequeñas gotas de sudor perlaban su frente.

Bob apoyó los codos sobre la mesa y comentó en voz alta dónde podrían estar escondidos los huesos del hombre de la cueva.

—En las películas —declaró—, los culpables siempre ocultan su botín en la consigna, los armarios con llave de las estaciones de autobuses —dijo—, aunque aquí no hay estación de autobuses. Todo el mundo esperaba el autobús en la farmacia.

—Hay una estación de ferrocarril —Intervino Jupiter.

En el café se hizo un silencio sepulcral. McAfee y el propietario del café se volvieron para mirar la pequeña estación del ferrocarril situada al otro extremo del parque. Su aspecto era el mismo de siempre… polvorienta y abandonada.

—¡Por todos los diablos! —exclamó el dueño del café de repente.

Los hombres se levantaron apresuradamente y McAfee fue el primero en llegar a la puerta.

Los muchachos corrieron tras ellos y estaban sólo a unos metros de distancia, cuando McAfee irrumpía en el porche del almacén y se inclinaba para mirar por la mugrienta ventanilla.

—¡No toque nada! —le gritó Jupe—. ¡Pueden haber huellas digitales!

MacAfee se apartó de la ventanilla y se lanzó contra la puerta. Los paneles de madera comenzaron a astillarse.

Apareció una multitud como por arte de magia. Los tenderos

salieron corriendo de los supermercados y las amas de casa de sus hogares. James Brandon y Philip Terreano que pasaban por allí en el automóvil de Brandon, se detuvieron para aparcar. Elwood Hoffer acudió desde la farmacia y se detuvo tras la multitud.

McAfee arremetía contra la puerta una y otra vez. Al fin se oyó un crujido al ceder la madera y la puerta se abrió.

La multitud irrumpió en la estación.

—¡Atrás! —aulló McAfee—. ¡No toquéis nada!

Todos se quedaron petrificados.

Allí sólo había un baúl desvencijado en mitad de la estancia. A su alrededor se veían señales en el polvo que indicaban que alguien lo había arrastrado hasta allí después de entrar por la ventana.

—¿Es ahí dónde están? —preguntó una voz.

El dueño del café levantó la tapa del baúl y dijo:

—¡Ah!

James Brandon apareció entre la multitud y se quedó mirando el contenido del baúl… un revoltijo de fragmentos de huesos apenas reconocibles y un cráneo mirando al techo.

Brandon contuvo el aliento y el color desapareció de su rostro. Luego se echó hacia atrás.

—¿Qué es esto? —preguntó, McAfee se apartó asombrado.

Philip Terreano puso una mano en el brazo de Brandon.

—Tómalo con calma, Jim —le dijo.

Luego se dirigió a McAfee.

—Hay… hay una terrible mezcolanza —dijo—; a menos que me equivoque, éstos son los huesos de un homínido africano que Jim Brandon trajo aquí, y…

—¡Me quiere tomar el pelo! —gritó McAfee—. ¡Éste es *mi* hombre prehistórico!

Brandon procuró dominarse, pero a todas luces con un gran esfuerzo.

—Encontrará los fragmentos marcados —le dijo—. Les puse etiquetas indicando la fecha y el lugar donde fueron encontrados.

—¡Señor Carlson! —gritó alguien desde el exterior—. ¡Señor McAfee!

La multitud se separó para dejar paso al barman del café.

—Acaba de telefonear un individuo —les informó—. Dice que si quieren encontrar al hombre de la cueva que miren en ese viejo

baúl que está aquí en la estación como… —miró el baúl— como ya lo han hecho.

—¿Lo ve? —exclamó McAfee—. Éstos son los huesos de mi cueva. Tienen que serlo. ¿Cómo si no iba a saber el secuestrador dónde estaban? A menos… a menos que haya sido todo una patraña.

McAfee tenía los ojos muy abiertos por el furor.

—¡Una farsa! —gritó—. ¡Desde el principio! ¡Todo una farsa!

McAfee se abalanzó sobre Brandon y trató de agarrar entre sus manos la garganta del científico.

—¡Usted puso los huesos en mi cueva! —gritó—. ¡Y luego fingió encontrarlos! Quería que la gente pensase que era un gran descubridor. ¡Me ha estado utilizando!

Brandon alzó su puño y Terreano le sujetó.

—¡Vamos, vamos! —dijo Terreano—. ¡Ahora calmaos!

Uno de los hombres del comisario llegó a la estación, y se dirigió hacia McAfee y Brandon. En aquel instante, Jupiter miró detrás de los dos hombres y vio al doctor Hoffer asomando entre la multitud. Hoffer observaba a Brandon. Sus ojillos negros brillaban interesados y la expresión de su rostro era casi de placer.

CAPÍTULO 17
JUPE ENCUENTRA LA SOLUCIÓN

—James Brandon es un hombre respetable —declaró Terreano—. Desde luego no necesita publicidad y jamás falsificaría un descubrimiento.

—Debe haberlo hecho —dijo McAfee—. ¿Quién sino hizo saber al secuestrador que esos huesos estaban aquí?

Jupiter dio un paso al frente.

—El secuestrador los puso aquí —anunció tranquilamente.

Brandon le lanzó una mirada feroz.

—Ahora escúchame bien, jovencito…

—¡Espere! —exclamó Jupe—. ¡Escuche! ¡Es tan evidente! Había dos juegos de fósiles. ¿Correcto?

—Correcto —repuso Brandon.

—Anteanoche, el señor McAfee contrató a ese hombre a quien llaman John el Gitano, para que vigilara el museo para que nadie entrase en él. John el Gitano se instaló cerca de la entrada del museo y durante la noche le despertó una persona que él describe como el hombre de la cueva. Vino al cobertizo donde estábamos durmiendo y nos despertó. Nos dijo que el hombre de la cueva había caminado a través del prado, y que tenía los cabellos largos y vestía una piel de animal.

»Ahora bien, fuera lo que fuese lo que vio John el Gitano, no fue la criatura prehistórica cuyos restos habían estado en la cueva. Yo creo que vio a alguien que se había disfrazado de hombre de las cavernas y que de algún modo se había apoderado de la llave del museo, quizá llevándosela de la cocina de McAfee. El ladrón retiró los fósiles del suelo de la cueva y los sustituyó por los fósiles del

homínido africano que habían estado guardados en el laboratorio del doctor Brandon. El ladrón volvió a cerrar la puerta y escapó a través del prado con los fósiles americanos.

—¡Qué locura! —exclamó Newt McAfee—. ¿Por qué iba a hacer nadie una cosa así?

—Puede que alguien haya querido desacreditar al doctor Brandon —dijo Jupe—. Más pronto o más tarde los huesos de la cueva hubieran sido examinados por expertos, y éstos hubiesen descubierto los huesos de un homínido africano, y con las etiquetas escritas por la propia mano del señor Brandon… etiquetas que los identifican como africanos.

Terreano meneó la cabeza.

—Pero Brandon sacó fotografías del hombre de la cueva. Suponiendo que hubieran dos juegos de huesos y que estuvieron en la cueva en distintas ocasiones, debe de haber diferencias. Y eso se verá en las fotografías.

—¿Y eso sería una prueba concluyente? —insistió Jupiter—. El cráneo del homínido americano estaba parcialmente enterrado. Cualquiera podría afirmar que Brandon había colocado los huesos y luego los fotografió.

—¡Y eso es lo que hizo! —declaró McAfee—. Colocar los otros huesos. Y luego vino alguien más, se los llevó y aquí están… mis amigos y yo con diez mil dólares menos, y sin nada a cambio.

Se volvió hacia Brandon.

—¡Voy a denunciarle a la justicia! —le amenazó antes de marcharse.

Brandon se animó e inclinándose comenzó a remover los fósiles del baúl.

—Lo siento, señor Brandon —le dijo el ayudante del comisario —. No podemos dejar que toque esos huesos. Tenemos que confiscar el baúl junto con todo su contenido. Son pruebas.

Brandon hizo una mueca de disgusto y también se marchó. Cuando los espectadores comenzaron a desfilar, los muchachos salieron con ellos. Se detuvieron a la luz del sol de la calle principal y Pete sonrió.

—¡Tú has solucionado el caso! —le dijo.

—No del todo —replicó Jupe—. Yo me he limitado a exponer una posible explicación. En realidad no tendremos la solución

completa hasta que sepamos quién se disfrazó de hombre prehistórico y quién durmió a todo el pueblo. Y también, ¿dónde están los fósiles que el doctor Brandon encontró primero en la cueva?

Los muchachos echaron a andar calle arriba en dirección a la casa de McAfee, pero antes de que llegasen a la mitad de la manzana les llamó Frank Distéfano. El joven empleado de la Fundación había aparcado su coche junto a la acera, y estaba de pie observando a los grupos de gente todavía reunidos cerca de la estación del ferrocarril.

—Eh, ¿qué ocurre? —preguntó Distéfano—. ¿Me he perdido algo? ¿Qué hace toda esta gente?

—Los huesos que robaron de la cueva han aparecido en la estación dentro de un baúl —le explicó Bob.

—¡Oh, estupendo! —exclamó Distéfano—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Han capturado al sujeto que lo hizo? ¿O acaso McAfee y sus compinches pagaron el rescate?

—Pagaron —respondió Jupiter—. Esta mañana.

Distéfano asintió con la cabeza.

—Buen trato —dijo—. Así que ahora todo el mundo es feliz.

—No del todo —le dijo Jupe—. Hay algunas complicaciones.

Jupe tuvo una inspiración repentina.

—¿Has visto a Eleanor Hess? —le preguntó.

Distéfano negó con la cabeza.

—No. ¿Por qué?

—Hay algo que quiero preguntarle —continuó Jupe—. Creo que tal vez haya ido a Centerdale. ¿Vas ahora tú hacia allí?

—Sí. ¿Quieres que te lleve?

Distéfano se situó tras el volante de su automóvil y luego se inclinó para abrir la otra puerta. Pete y Bob apartaron a un lado los utensilios y se sentaron en el asiento posterior. Jupe lo hizo al lado de Distéfano.

El coche se apartó de la acera y rodó calle abajo, pasando por delante de las tiendas y de la estación del ferrocarril, así como ante la piscina municipal donde varios niños subían hasta el trampolín más alto y luego se dejaban caer de pie dentro del agua.

—Parece divertido, ¿no? —comentó Distéfano—. No me importaría hacerlo si supiera nadar.

El coche aceleró la marcha al dejar el pueblo y tomar la serpenteante carretera hacia Centerdale.

Jupe se volvió para mirar a Pete que sostenía entre sus manos la máscara para bucear con el ceño fruncido. Al alzar la cabeza, sus ojos se encontraron con los de Jupe, y éste le hizo un ligero gesto de asentimiento. Pete dejó la máscara y se reclinó en el asiento.

Jupe miró a Distéfano. El joven sonreía para sí, y sus labios estaban fruncidos como si silbase.

En el asiento entre Jupe y Distéfano había gran profusión de pequeños objetos: varios envoltorios de goma de mascar, una caja de plástico sin tapadera, una lata vacía de refresco, y un sobre roto con grandes letras verdes en la parte posterior.

Jupe cogió el sobre roto. Era una lista de cosas que Distéfano tenía que hacer. «Bomba de combustible», leyó en la lista. Y también: «A. y J. Repuestos de automóviles, listo el martes» y «Scienservice, Wadlee Road».

Jupe dejó el sobre.

—¿No sabes nadar?

—Nada.

—Pero tienes todo ese equipo de inmersión —le hizo notar Jupe.

—Oh, eso. Eso no es mío. Se lo guardo a un amigo.

—¿Ah, sí? —exclamó Jupe, con voz grave, y había algo en su tono que hizo que Distéfano se volviera a mirarle. Luego volvió a apartar la vista.

Ahora estaban ya muy lejos del pueblo, en la carretera bordeada de árboles. Distéfano tocó el freno ligeramente con el pie, y escuchó con la cabeza ladeada.

—¿Y ahora qué es eso? —dijo.

—¿El qué? —preguntó Jupe.

—Ese ruido del motor —replicó Distéfano—. ¿No lo oís?

Dirigió el coche al arcén, puso el freno de mano y se bajó del automóvil.

En el asiento de atrás Pete frunció el entrecejo.

—Yo no he oído nada —dijo.

—Tal vez no tenga tan buen oído —replicó Distéfano que ahora estaba de pie al lado del coche mirando a los muchachos con una sonrisa burlona.

Jupe suspiró.

—El equipo de inmersión —dijo—. Ahora tiene sentido. En el laboratorio de Birkensteen había un anestésico… algo que actuaba rápidamente y capaz de dormir a un pueblo entero y luego evaporarse sin dejar rastro. Pero tú no querías respirarlo, ni que te rozara la piel, por eso te pusiste la máscara para bucear y el traje de goma. John el Gitano pensó haber visto un monstruo con un solo ojo y colmillos. Lo que vio en realidad en una décima de segundo antes de caer dormido fue una mascarilla de buceador y los tubos para respirar.

Distéfano le miraba con el rostro impasible.

—Eleanor Hess fue a verte esta mañana —prosiguió Jupiter—. ¿Dónde está ahora?

Entonces, demasiado tarde, Jupe vio que Distéfano tenía en la mano un *spray* de plástico. Probablemente lo llevaba junto al asiento del conductor. Distéfano lo alzó ahora apuntando a Jupe.

Pete lanzó un grito y se echó hacia delante para salir del asiento posterior.

Distéfano pulsó el *spray* rociando con él las caras de los tres muchachos.

Distéfano echóse hacia atrás y cerró la portezuela. Jupe sintió que se debilitaban sus miembros y comenzó a deslizarse en su asiento. Se iba haciendo la oscuridad, densa, espesa, envolviéndolo todo. Pero mientras le parecía que iba cayendo, cayendo, cayendo, Jupe tuvo un instante de lucidez.

¡Ahora tenía la solución!

CAPÍTULO 18
HUIDA… Y LUEGO CAPTURA

Jupe estaba despierto. Él sabía que lo estaba. Se olía a moho y, cerca de donde se encontraba, alguien respiraba y se movía.

¡Pero todo eran tinieblas!

Jupe se incorporó sintiendo la tierra bajo sus manos. Alguien susurraba en la oscuridad.

—¿Quién está ahí? —preguntó Jupe que al alargar su brazo tocó a alguien que se estremeció.

—¿Eleanor? —dijo Jupe—. ¿Eleanor Hess?

—¡Basta! —exclamó ella—. ¡Déjame sola!

Pete gruñó por allí cerca y Bob murmuró algo entre dientes.

—Todo va bien —exclamó Jupiter con voz calmada—. Soy yo, Jupiter Jones. Pete, ¿estás bien? ¿Y tú, Bob?

—Es… estoy bien —fue la respuesta de Pete—. ¿Dónde diantres estamos?

—¿Bob? —gritó Jupe.

—Estoy bien —repuso Bob.

—Eleanor, ¿sabes dónde estamos? —le preguntó el muchacho.

—En una vieja Iglesia —dijo ella—. Abandonada y cayéndose a pedazos. ¡Hay un sótano bajo el suelo donde ponen… ponen a los muertos!

Ahora comenzó a llorar… con sollozos profundos y estremecedores.

—¡No saldremos jamás! ¡Nadie viene aquí!

—¡Oh, guau! —gimió Pete.

—La cripta de la iglesia en ruinas —dijo Jupe—. Pero… pero, Eleanor, tiene que haber una salida. ¿Cómo entramos?

—Hay una trampilla en lo alto de la escalera —repuso Eleanor —, pero está bien cerrada. La vi por un instante cuando Frank la abrió y miró para abajo, pero luego me volvió a dormir.

—Con ese *spray* —concluyó Jupe.

Eleanor suspiró en la oscuridad como si tratara de controlarse.

—Me puse tan furiosa con Frank —agregó—. Fui a verle esta mañana. Le dije que estaba decidida a avisar al comisario, si no devolvía el hombre de la cueva, y que iría a la cárcel. Y dijo que si él iba a la cárcel, yo también. ¡Pero no me importa!

—¿Y entonces te roció con el *spray*? —le preguntó Pete.

—Sí. Y cuando desperté estaba aquí a oscuras, y me asusté tanto. Grité y grité… pero nadie acudió, y tenía miedo de… de moverme, por si acaso había algún agujero, o serpiente o algo. Y después de mucho rato, Frank abrió la puerta de la trampa y vi dónde estaba. Intenté subir la escalera, pero Frank echó un poco más de ese producto sobre mí, y volví a quedarme dormida. Me figuro que fue entonces cuando os trajo a vosotros.

—La fórmula del *spray* de Frank fue un invento del doctor Birkensteen, ¿verdad? —quiso saber Jupe.

—Sí. La llamaba 4-23 porque la usó por primera vez el veintitrés de abril. Decía que los chimpancés vivían demasiado aprisa y morían pronto y su propósito era evitar que eso ocurriera. La fórmula dormía a los chimpancés, pero nada más. El doctor Birkensteen estaba decepcionado, pero pensó que los médicos tal vez quisieran utilizarla cuando realizasen operaciones, porque al parecer carecía de efectos secundarios.

—Por eso fue a Rocky Beach para hablar con un anestesista —prosiguió Jupe—, y murió allí… antes de cumplir su misión. El resto podemos adivinarlo. Tú contaste a Frank Distéfano lo de la fórmula, y uno de los dos tuvo la idea de dormir a todo el pueblo para robar los huesos fósiles.

Jupe esperaba de Eleanor otro aluvión de lágrimas, pero no llegó.

—Yo creí que sólo pediríamos un poco de dinero —prosiguió Eleanor—. Y sólo necesitaba unos cientos para poder marcharme de aquí y mantenerme hasta que encontrase un empleo. Frank me engañó. Debiera haber adivinado que lo haría. Es culpa mía. ¡Pero la próxima vez que alguien trate de engatusarme será mejor que

ande con cuidado!

—¡Hurra por ti! —exclamó Pete—, pero será mejor que busquemos la manera de salir de aquí, o puede que no haya próxima vez.

Puesto en pie, dio primero un paso tanteando en la oscuridad, y luego otro. Entonces tropezó contra algo y casi se cae.

—La escalera —dijo.

—Aguarda un momento —le pidió Bob que avanzó hasta Pete con los brazos extendidos.

Luego, los dos fueron subiendo lentamente la escalera, sujetándose a la pared de ladrillos de la cripta. Al fin no pudieron seguir adelante porque allí estaba la puerta de la trampa, y bien cerrada, tal como Eleanor había dicho.

Pete se acurrucó debajo de la trampa y luego trató de enderezar sus piernas para forzar la puerta, pero ésta ni se movió.

Bob la golpeó con sus puños, pero en vano.

—Tiene que haber algún medio —dijo Bob.

—No lo hay —declaró Eleanor con voz temblorosa, pero sin llorar—. Estamos atrapados aquí, y si Frank no vuelve para sacarnos, vamos a… a…

—No importa —se apresuró a decir Jupe—. Vendrá.

—O tal vez no tenga que venir —anunció Bob—. Eh, Pete, ¿no notas una corriente de aire que sale de esta pared?

Pete no respondió, pero los dos muchachos tantearon con sus manos los ladrillos que formaban la gruesa pared de la cripta. Eran muy antiguos y el mortero que los aseguraba se había desmenuzado y caído de varios sitios.

—Por esta parte debemos estar por encima del nivel del suelo —comentó Bob—. Entra aire fresco por las grietas de la pared.

Alzó su puño cerrado y golpeó la pared.

—¡Se mueve! —gritó—. ¡Están sueltos!

Escarbó con sus uñas y fue deshaciendo el mortero.

Luego siguió apartando la argamasa hasta sacar un ladrillo de la pared.

—¡Lo logré! —exclamó.

El ladrillo cayó con estrépito contra el suelo de la cripta y en la oscuridad se oyó a Jupe decir:

—¡Eh, ten cuidado!

—Lo siento —replicó Bob.

Y agarrando otro ladrillo forcejeó y tiró de él hasta conseguir arrancarlo.



El tercero salió con más facilidad y luego el cuarto. Detrás de la primera hilera de ladrillos había una pared de argamasa que se caía sólo con tocarla, y más allá otra pared de ladrillos.

Pete introdujo un brazo por el agujero y apretó con todas sus fuerzas, y dos ladrillos cayeron hacia el exterior desapareciendo de su vista.

¡Y Eleanor y los muchachos vieron la luz del día!

Después fue fácil. Siguieron escarbando y quitando el enlucido hasta que cedieron los ladrillos. Pronto Bob fue capaz de pasar a través de la abertura. Estaba sucio y arañado y sus dedos ensangrentados.

Un minuto más tarde, los tres cautivos restantes oyeron arrastrar cosas sobre sus cabezas. Bob estaba apartando las pesadas vigas y rocas con las que Distéfano había asegurado la puerta de la trampa. Mientras esperaban, Jupe estudió la cripta a la luz del agujero que habían hecho en la pared exterior. Era una estancia no muy grande, estrecha y larga. En la pared interior se veían los nichos que en otro tiempo contuvieron ataúdes. Jupe se estremeció al pensar en lo cerca que habían estado de necesitarlos.

Al fin Bob alzó la puerta de la trampa y los tres prisioneros de la cripta subieron la escalera.

Eleanor tenía la cara sucia y los ojos enrojecidos, y un roto en la rodilla de sus pantalones pero su expresión era decidida. Por primera vez desde que los muchachos la conocieron parecía segura de sí misma.

—Está bien —dijo abriendo la marcha para salir de la iglesia en ruinas—. Vamos a atrapar a Frank antes de que pueda escaparse. Si no lo hacemos, todo el mundo se verá en serios apuros. Robó las notas del dietario del doctor Birkensteen y ahora las tiene en su poder. ¡Tiene la fórmula del
4-23!

—¿Quieres decir que puede ir elaborando ese producto para dormir a la gente? —dijo Pete.

—Pues claro. No es difícil de hacer, cuando se sabe cómo. Y Frank estudió química antes de dejar la Universidad.

—¡Oh, no! —exclamó Pete.

Corrieron a través de los bosques y del prado. Al llegar al cobertizo, vieron que estaba allí el coche con las llaves puestas.

Talia McAfee debía haber llegado hacía poco de la compra, porque en la parte posterior veíanse bolsas llenas de latas de conservas, pan y alimentos.

Eleanor se sentó al volante dispuesta a poner el coche en marcha.

—¡Eh, aguarda un segundo! —gritó Pete.

Abrió la puerta de atrás y saltó al interior del automóvil. Bob subió tras él, y Jupe fue a dar la vuelta para sentarse al lado de Eleanor.

Talia McAfee asomó por la puerta posterior de la casa y gritó alguna cosa mientras Eleanor ponía la marcha atrás para salir del cobertizo. Eleanor no le hizo caso. Enfiló la carretera y fue hacia el pueblo a toda velocidad.

—¿A dónde vamos? —preguntó Jupe.

Por primera vez, Eleanor vaciló. Aminoró la marcha mirando a Jupe presa de pánico.

—Yo… yo creí que tal vez a Centerdale —respondió.

Jupe pareció preocupado.

—Es probable que Frank haya escapado —dijo—. Posiblemente temerá que consigamos escapar de la cripta, o de que nos echen en falta y organicen una expedición para buscarnos.

—¡Pero tiene que estar en Centerdale! —insistió Eleanor—. No tiene por qué correr. ¡Él no pensará que vayamos a salir tan de prisa! Si no le detenemos, será terrible. Podrá hacer cantidades de la fórmula del doctor Birkensteen. Podrá dormir a todo el país.

Eleanor entró en la zona de aparcamiento próxima al café.

—Avisaré al comisario —declaró—. Le diré que salga a buscarle.

—Espera un momento —le dijo Jupe, que cerró los ojos para memorizar la lista de recados que viera en el coche de Frank Distéfano.

—¿Qué pasa? —le dijo Eleanor sacudiéndole de un brazo—. ¡Eh!, no perdamos más tiempo, ¿quieres?

—¡Calma! —le advirtió Pete—. Jupe está tratando de recordar algo.

—Wadlee Road —dijo Jupe—. ¿Dónde está Wadlee Road?

—Es una pequeña zona industrial de Centerdale.

—¡Entonces eso es! —exclamó Jupe—. Había un nombre en esa lista: Scienservice. Probablemente significa «Al servicio de la

ciencia». Debe ser el nombre de alguna compañía que vende productos químicos. Distéfano va a comprar las cosas que necesita para el
4-23.

—¡Oh! —dijo Eleanor.

Luego salió del coche y rebuscó en su bolsillo sin hallar ninguna moneda. Las necesitaba para llamar por el teléfono del aparcamiento.

—¡Aquí tienes! —Bob estaba a su lado ofreciéndole algunas monedas.

Introdujo una en la ranura y Eleanor marcó el número. Tras aguardar unos veinte segundos, dijo:

—Aquí Eleanor Hess, la sobrina de Newt McAfee. El hombre que robó los huesos fósiles de la cueva de Citrus Grove es Frank Distéfano. Ahora mismo es probable que esté en «Al Servicio de la Ciencia» en Wadlee Road de Centerdale, comprando productos químicos para el producto que hace dormir a la gente. Cuando sus hombres lo detengan, que vayan con cuidado. Puede dejarles sin sentido en un instante.

Después de colgar, Eleanor regresó al coche acompañada de Bob. La joven salió zumbando del aparcamiento en dirección a Centerdale.

—Espero que en la comisaría me hayan entendido bien —dijo Eleanor.

—Yo también —agregó Jupe.

Estaban ya lejos del pueblo y Eleanor pisó con fuerza el acelerador. Los árboles a ambos lados de la carretera pasaban como relámpagos. Jupe apoyó bien los pies contra las alfombrillas del coche y se sujetó con fuerza a la abrazadera mientras tomaban las curvas a toda velocidad.

Ninguno habló hasta que pasaron el cartel anunciador de que entraban en Centerdale. Entonces Eleanor pisó el freno y el coche casi derrapó al aminorar la marcha hasta el límite legal.

—No quiero que nos detengan ahora —explicó Eleanor.

Pasaron los dos supermercados, situados uno frente al otro, en la misma calle, y Eleanor giró a la derecha. Los muchachos pudieron ver tiendas más pequeñas y unas pocas casas, y luego se hallaron entre edificios industriales. Eleanor volvió a girar.

—Esto es Wadlee Road —les dijo—, pero no veo ningún coche del *sheriff*.

Luego vislumbraron un edificio cuadrado, sin ventanas, en cuyo aparcamiento se había detenido uno de los coches de la Policía. Junto a él estaba el automóvil de Distéfano. El propio Frank Distéfano se hallaba de pie al lado del coche oficial con un *spray* en la mano.

Distéfano se volvió al oírles llegar y subió precipitadamente a su automóvil.

Eleanor enfiló la avenida de la compañía de productos químicos. Los muchachos vieron al único ocupante del coche oficial desplomado sin sentido, con la cabeza encima del volante. Distéfano estaba ya en el interior de su automóvil con el rostro alterado y gritando algo. El ruido del motor de arranque resonaba por todo el aparcamiento. Trataba de ponerlo en marcha, y fallaba y fallaba.

Al fin, tras varios intentos, lo consiguió. Los neumáticos chirriaron sobre el asfalto cuando Distéfano salió a toda velocidad hacia la carretera.

Eleanor Hess se agarró con fuerza al volante.

El encontronazo fue violento, y luego sonó el tintinear de varias piezas y fragmentos metálicos al caer al suelo. Eleanor había chocado contra el lado derecho del coche de Frank, incrustando su guardabarros contra la rueda.

Distéfano lanzó una maldición al salir del coche y corrió hacia Eleanor con su *spray* en la mano.

Al instante Pete se apeó del asiento posterior con algo oscuro y redondo en su mano. Lo lanzó contra Distéfano y le alcanzó en la frente. Frank se tambaleó; la botella de *spray* se escurrió de su mano y cayó hacia atrás sobre sus propios pies.

Se oyeron sirenas, y las luces de un segundo coche de la Policía procedente de la carretera iluminaron el aparcamiento. Fue a detenerse a pocos pasos de Distéfano. Los hombres del comisario se apearon con sus pistolas cargadas. Miraron a Distéfano y luego a Eleanor y los muchachos.

—El asiento de atrás estaba lleno de comestibles —dijo Pete contento—. ¡Así que le derribé con una berenjena!



CAPÍTULO 19
EL MOTIVO: UN MILLÓN DE DÓLARES

El ayudante del *sheriff* sentado en la terraza posterior de la mansión Spicer, contemplaba con envidia la piscina que resplandecía bajo el sol de la mañana de aquel martes.

—Tenemos un buen caso contra Distéfano —dijo—. Sus huellas están en el baúl que encontramos ayer en la estación de ferrocarril. Además, su patrona ha identificado el baúl. Él lo sacó de su buhardilla.

El policía miró a las personas reunidas en la terraza. Newt y Talia McAfee habían acudido a una llamada de Terreano. Eleanor Hess, que había pasado la noche con la señora Collinwood, se hallaba sentada junto al ama de llaves que de vez en cuando le daba unas palmaditas en el brazo para animarla.

Jupiter, Pete y Bob habían pasado parte de la tarde con los hombres del *sheriff* en Centerdale y luego regresaron a Citrus Grove con Eleanor.

Philip Terreano y James Brandon habían salido de sus laboratorios. El doctor Hoffer, que se encontraba en la piscina cuando llegó el ayudante del *sheriff*, había salido del agua, y, envuelto en una toalla, fue a unirse al círculo de la terraza.

—¿Y qué hay de mi hombre de la cueva? —preguntó Newt McAfee—. ¿Cuándo me lo devolverán?

—¡Los huesos que hay en ese baúl no son los de su hombre de la cueva! —exclamó Brandon—. ¡Son los huesos de mi homínido africano!

—Había dos individuos fósiles —dijo Terreano—. ¡Pues tiene que haber dos, sencillamente!

—Entonces ¿por qué no le pregunta a ella? —Talia McAfee señaló a Eleanor—. ¿No se le habrá ocurrido esconder esos huesos sólo para fastidiar?

Eleanor alzó la cabeza con aire de desafío.

—No. Yo no sé nada más que… que lo que ya he dicho.

—Si tanto has dicho, ¿por qué no estás ahora en la cárcel? —preguntó Talia antes de volverse hacia el ayudante del *sheriff*—. ¿Quiere usted que vayamos a firmar una denuncia o algo por el estilo? Ella es quien ayudó a Distéfano, ¿no?

—La señorita Hess está ahora libre bajo fianza —explicó el policía.

—¿Fianza? —gruñó McAfee—. ¿Quién pagaría una fianza por ella? Yo desde luego que no.

—Yo la pagué —intervino James Brandon.

McAfee contuvo la respiración.

—¿Usted? ¿Por qué?

—Porque he querido —replicó Brandon—. A cualquiera que haya tenido que vivir en su casa todos estos años se le pueden perdonar muchas cosas.

Talia McAfee se estremeció de indignación.

—¡No hable usted así! —gritó—. ¡Nosotros no hicimos nada malo! ¡Ella sí! ¡Después de que la recogimos y le dimos un hogar!

—¡Yo sólo deseaba recuperar un poco de lo que en realidad es mío! Quería marcharme de aquí y trabajar en San Diego o Los Ángeles, y tal vez estudiar un poco más y… y tener un lugar propio y algunos amigos. Y cada vez que reunía algo de dinero, vosotros me lo quitabais, diciendo lo mucho que costaba alimentarme. Iba a quedar atrapada aquí para siempre y vosotros os hubierais quedado con todo.

Se inclinó hacia Talia McAfee, que se apoyó contra el respaldo de su silla.

—No necesitaba mucho —prosiguió Eleanor—. Quizá quinientos o así. Bien, ahora voy a tener mucho más. Voy a buscar un abogado y él verá lo que obtengo a cuenta de mi dinero.

—¿Qué dinero tuviste tú nunca? —preguntó Talia.

—Mi padre tenía un seguro de vida, ¿no es verdad? —dijo Eleanor.

Talia apretó los labios y apartó la vista.

—Y la casa de Hollywood —añadió Eleanor—. Es mía, ¿no? ¿Qué se ha hecho del dinero del alquiler de esa casa durante todos estos años?

Newt McAfee se aclaró la garganta.

—Vamos, vamos, Ellie —dijo—. No hay necesidad de ningún abogado para arreglar esto. Si quieres marcharte de aquí, ya eres lo bastante mayor para saber lo que te conviene. Podemos montarte un apartamento en San Diego, o tal vez en Oceanslade, y darte unos pocos cientos para empezar. No hay necesidad de tomárselo así.

—¿Unos pocos cientos? —exclamó Eleanor—. ¿Vosotros creéis que vais a salir de esto sólo por unos pocos cientos?

—Mil —dijo Talia—. No. No, dos mil.

Eleanor la miró fijamente.

—¿Cinco mil? —ofreció Talia.

—¡Diez mil! —concluyó Eleanor.

—Está bien, Talia —replicó Newt—. Diez mil. Y nadie podrá decir que no hemos obrado correctamente.

Eleanor se dejó caer contra el respaldo de su asiento.

—Debía haberlo hecho hace mucho tiempo —dijo—. La próxima vez seré más lista.

—Y valiente, Eleanor —dijo Terreano—. Hay que tener coraje. El valor siempre vence a la astucia.

—Y en cuanto a los huesos —dijo Newt McAfee—. Quiero…

—Lo siento —intervino el ayudante del *sheriff*—. Tenemos que retener el baúl y los huesos hasta que se tome alguna decisión respecto al caso Distéfano.

—Probablemente querrá encontrar también los otros fósiles —dijo Jupiter—, los americanos.

De pronto todas las cabezas se volvieron hacia él.

—Están en la cripta de la vieja iglesia, ¿verdad, doctor Hoffer? —dijo.

Hoffer permanecía sentado como si se hubiera vuelto de piedra.

—Usted necesitaba desacreditar al doctor Brandon —prosiguió Jupe—. Quería estar seguro de conseguir el millón de dólares de la Beca Spicer para poder continuar con sus propios experimentos. Fue usted al museo la noche anterior a su apertura. Una operación muy bien planeada, y supongo que se llevaría usted la llave del museo de la cocina de los McAfee, y tendría hecho un duplicado con

antelación. Sacó los fósiles americanos de la cueva y los sustituyó por los huesos africanos que se había llevado del armario del laboratorio del doctor Brandon. Luego usted alisó el suelo de la cueva. Cuando salía de la cueva con los huesos, John el Gitano se despertó y le vio. Usted iba preparado para esa contingencia. Se había envuelto en una piel de animal y llevaba puesta una peluca. El pobre John creyó estar viendo un hombre prehistórico.

—¡Completamente ridículo! —dijo Hoffer.

—Yo no empecé a sospechar de usted —continuó Jupe—, hasta que los fósiles del homínido africano fueron descubiertos en el interior del baúl en la estación del ferrocarril. ¡No sabe usted lo satisfecho que se le veía cuando eso ocurrió! Lo suficiente para darme qué pensar.

»Recordé que en esta casa hay docenas de pieles de animales, y que una de las pelucas de la señora Collinwood desapareció cuando secuestraron al hombre de la cueva, luego volvió a aparecer repentinamente. Todo ello señalaba a alguien de la Fundación.

»Cuando Pete, Bob y yo, fuimos atravesando el prado y los bosques hasta la iglesia en ruinas, usted nos vio y se puso un poco nervioso. Por eso nos siguió, para asegurarse de que no descubríamos los huesos. Entró en la iglesia y se sentó en los escalones que hay allí… precisamente encima de la puerta de la trampa por la que se baja a la cripta. Se sentó encima para que no la viéramos, por si se nos ocurriera abrirla.

Hoffer exhibió una sonrisa forzada.

—Todo eso son conjeturas —dijo—. Os aseguro que no voy de noche por ahí envuelto en pieles de animales. Si no queréis tener problemas, absteneos de hacer acusaciones gratuitas.

—Algunas cosas sí son conjeturas —admitió Jupe—, pero hay algunas pruebas irrefutables. Usted es un perfeccionista, y los hombres prehistóricos no llevaban zapatos, por esto fue descalzo. Caminó por el prado sin zapatos y dejó una huella, por eso sé que el ladrón tiene los pies pequeños… y un dedo en martillo.

Todas las miradas se dirigieron hacia los pies descalzos del doctor Hoffer, que comenzó a moverlos como si quisiera esconderlos debajo de su silla. Pero al darse cuenta de que sus esfuerzos eran inútiles, se puso en pie dejando que todos vieran el dedo encogido de su pie derecho.

—Voy a vestirme —anunció—, y luego llamaré a mi abogado.

—Hoffer, ¿cómo pudo usted…? —dijo Terreano con voz pausada, pero su rostro estaba muy serio.

Hoffer no se atrevió a mirarle a los ojos y entró en la casa seguido del ayudante del *sheriff*.

Brandon sonrió.

—Yo también voy a llamar a mi abogado —dijo—. Tal vez consiga encontrar algún medio de evitar que vuelva a apoderarse de esos huesos, McAfee… por lo menos durante un tiempo.

Brandon se levantó y entró en la sala de estar canturreando feliz.

—¡Cómo si va a conseguirlo! —dijo McAfee—. ¡Esos huesos son *míos*!

—No necesariamente, McAfee —intervino Terreano—. Al fin y al cabo usted no es el pariente más cercano del hombre de la cueva.

CAPÍTULO 20
EL SEÑOR SEBASTIÁN QUEDA IMPRESIONADO

Pocos días después, los Tres Investigadores, de regreso a Rocky Beach, llamaron a la puerta de una casa de Cypress Canyon Drive en Malibú. Originalmente había sido un restaurante llamado Charlie. Ahora, sin embargo, era propiedad de Héctor Sebastián, el escritor, que poco a poco la iba arreglando y añadiéndole toda clase de mejoras para convertirla en una residencia confortable, aunque poco corriente.

El señor Sebastián había sido anteriormente detective privado. Mientras se recuperaba de una lesión en la pierna, comenzó a escribir relatos de misterio, consiguiendo fama y éxito, con sus novelas y obras de teatro. Pero los muchachos sospechaban que aún sentía cierta nostalgia de los viejos tiempos, cuando perseguía a los criminales y recuperaba lo robado. Ahora, por más ocupado que estuviera proyectando una obra, siempre tenía tiempo para detenerse a charlar con los Tres Investigadores acerca de sus casos.

Aquella tarde, el criado vietnamita del señor Sebastián, Hoang Van Don, les abrió la puerta. Sonrió al ver a los muchachos.

—¡El señor Sebastián aguarda a los supersabuesos! —les anunció —. Mientras espera, juega con una nueva máquina maravillosa. Pasad, por favor, y Don traerá refrescos.

Los muchachos pasaron del vestíbulo a una estancia enorme y escasamente amueblada que una vez fue el comedor principal del restaurante. De modo que no vieron al señor Sebastián. No obstante, oyeron un suave
clac-clac

procedente de detrás de una librería que dividía un extremo de la habitación.

—¡Venid a ver lo que tengo! —les gritó el señor Sebastián.

Los Tres Investigadores obedecieron. Encontraron al señor Sebastián sentado tras su gran escritorio y pulsando las teclas de una máquina que al parecer era, en parte máquina de escribir, y en parte un aparato de televisión. Mientras tecleaba, el señor Sebastián observaba como iban apareciendo en la pantalla que tenía ante él, palabras y frases.

—¡Una computadora procesadora de textos! —exclamó Jupiter.

—¿No es maravillosa? —dijo el señor Sebastián—. Cuando llegué a Hollywood, no hace tanto tiempo, traje conmigo una antigua máquina de escribir Royal que llevaba a todas partes. Ahora tengo esta extraordinaria computadora. Es perfecta para mi trabajo. Puedo poner lo que quiera, y luego cambiarlo sin tener que borrar o escribirlo de nuevo. Si me equivoco, lo arreglo escribiendo encima. Y lo mejor de todo es que, si quiero cambiar el nombre de un personaje a la mitad de una historia, me basta con notificárselo a la computadora. Ella repasa todo el texto y cambia el nombre cada vez que aparece.

—¡Guau! —exclamó Pete.

—Y luego, una vez lo tengo todo a mi gusto, ordeno a la computadora que lo imprima. Ahora mirad esto.

Había una segunda máquina encima de la mesa, junto a la del teclado. El señor Sebastián pulsó una de las teclas, y la otra máquina se puso en movimiento. Un cabezal, con un movimiento de vaivén, se trasladaba de un lado a otro de la hoja de papel que iba apareciendo impresa como por arte de magia, mientras la máquina emitía un ligero zumbido.

—¿La Declaración de la Independencia? —dijo Bob.

—Ahora sólo estoy practicando —repuso Héctor Sebastián deteniendo la computadora.

Se puso en pie.

—Tengo entendido que vosotros habéis estado haciendo grandes cosas mientras yo compraba mi computadora —les dijo—. Salgamos fuera y disfrutemos de la vista de mi nueva terraza y contádmelo todo.

Y empuñando su bastón, que se hallaba junto a su silla, fue

cojeando por la habitación hasta la puerta corredera de cristal.

—Don está muy emocionado porque han publicado vuestras fotos en el periódico. Ha estado haciendo grandes preparativos para vuestra visita.

Una vez fuera, el señor Sebastián tomó asiento en una tumbona junto a una mesa de cristal.

—¡Don! —gritó—. ¡Estamos preparados!

El vietnamita salió a la terraza con una bandeja y una sonrisa más cordial que nunca.

—¡Un festín de cultivos orgánicos para conservar la salud y el vigor! —anunció al dejar la bandeja encima de la mesa.

—Pasteles de semillas de sésamo y de soja —dijo Don—, con melaza. Para beber, batido de melón.

—¿Batido de melón? —repitió Bob.

—Melón pasado por la batidora —explicó Don—. Se sirve en el vaso y se le añade hielo y miel para endulzarlo. Muy saludable. Da mucha energía rápidamente.

Don hizo una reverencia y salió de la terraza, y el señor Sebastián miró a sus jóvenes invitados como queriendo disculparse.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Bob—. Don acostumbraba a servir todas las comidas preparadas que anuncia la televisión.

—Se ha aficionado a un programa de la tarde que presenta un experto en alimentos sanos y naturales —explicó el señor Sebastián.

—Oh —dijo Bob.

Tomó un sorbo del batido de melón. Hizo una mueca. Luego cogió uno de los pastelitos de la bandeja e intentó morderlo.

—¡No comas eso! —le previno el señor Sebastián—. Vas a romperte los dientes. Déjalo. Luego me desharé de esto. Saldremos a tomarnos unas hamburguesas. Y ahora, ¿qué me contéis del hombre prehistórico secuestrado?

Bob había empleado dos días en pasar a máquina sus notas sobre el caso. Se las entregó al señor Sebastián, y luego volvió a sentarse, mientras el escritor leía el informe sobre los acontecimientos de Citrus Grove.

—¡Terrible! —dijo Sebastián cuando hubo terminado de leer—. Y además asusta. Distéfano casi se sale con la suya, ¿no?

Jupiter asintió.

—A pesar de su negligencia, casi lo consigue. Por extraño que

parezca, fue su único intento de ser cuidadoso lo que le delató. Destruyó las páginas del dietario de Birkensteen, donde éste había anotado su cita con el anestesista y posiblemente otros acontecimientos relacionados con la anestesia. Cuando descubrí que faltaban esas páginas, Eleanor quiso fingir que ignoraba el porqué. Pero yo estaba seguro de que lo sabía.

—Pobre y tonta Eleanor —dijo el señor Sebastián—. ¿Vosotros creéis que Distéfano hubiera sido capaz de marcharse dejándola allí? ¿Y a vosotros también?

—¿Quién sabe? —respondió Jupiter—. Probablemente no se molestó en pensar lo que pudiera ocurrimos y dudo que le importase.

—La mente de ese individuo pegaba brincos como un saltamontes —dijo Pete—. No prestaba atención a lo que estaba haciendo. Como llevar en su coche ese equipo de inmersión cuando no sabía nadar y no deshacerse de ese rotulador verde.

—Recogió el dinero del rescate de debajo de una mesa del área de descanso entre Citrus Grove y Centerdale —prosiguió Bob—, y lo puso dentro del maletero de su automóvil, y allí se quedó. Los zapatos que llevaba cuando robó el hombre fósil estaban debajo de su cama en Centerdale, y gracias a la fotografía que tomó el comisario de la huella de la cueva se convirtieron en evidencia.

—¿Qué es lo que en definitiva os hizo sospechar de él? —preguntó Sebastián—. Tenía una coartada cuando fue robado el hombre de la cueva.

—Yo creo que fue el hecho de que no estaba nunca presente cuando sucedía algo —dijo Jupe—. Siempre aparecía después. No estaba dormido en el parque con el resto de nosotros cuando tuvo lugar el robo. El día que aparecieron los huesos en el baúl, ni siquiera cruzó la calle hasta la estación del ferrocarril para ver lo que estaba ocurriendo. Cualquier persona normalmente curiosa hubiese querido verlo por sí misma.

»Además, era el único que al parecer tenía relación con todos los elementos del caso. Conocía a Eleanor Hess, así que podía saber dónde guardaba las llaves Newt McAfee. Y por Eleanor, pudo enterarse del descubrimiento químico de Birkensteen que dormía a la gente. Conocía la rutina de la Fundación y los planes para la inauguración de la cueva.

»Su coartada durante el tiempo en que se efectuó el robo parecía auténtica, hasta que comprendí que su patrona no le había visto en realidad… Sólo le oyó roncar. Resultó que había grabado una hora y media de sonoros ronquidos y puso la cinta en su *cassette*. Le dijo a su patrona que no se encontraba bien, puso la *cassette* en marcha y salió por la ventana para dirigirse a Citrus Grove. No tenía miedo de que su patrona acudiese a su habitación, porque jamás lo hacía. A él no le gustaba que le vigilase.

»Fue en su automóvil hasta el depósito de Citrus Grove, posiblemente por caminos secundarios para evitar ser visto. Puso el anestésico en el agua y luego esperó a que los aspersores se pusieron en marcha. Naturalmente, había modificado el contador del tiempo para que los aspersores se dispararan a las diez y veinte.

»Una vez entraron en movimiento, se fue al museo con su equipo de inmersión, pulverizó a John el Gitano con *spray*, cogió la llave del museo de la cocina de los McAfee, y siguió adelante con su plan. Metió los fósiles dentro de un saco y los llevó a la estación del ferrocarril. Estaban dentro del baúl en el departamento de equipajes antes de que nadie se despertara.

»Algunas cosas son conjeturas porque Distéfano no quiere hablar, pero podemos deducir lo que ocurrió. Tenemos un testigo que vio su coche aparcado junto al depósito del agua y Eleanor le vio abandonar la Fundación aquella tarde, antes del robo, con el equipo de bucear. Naturalmente, el anestésico lo robó del laboratorio de Birkensteen.

»Eleanor se quedó muy sorprendida y asustada cuando él pidió diez mil dólares de rescate, en vez de mil o dos mil, pero tuvo miedo de descubrir el complot.

—Pobre y tonta muchacha —repitió el señor Sebastián—. ¿Qué será de ella?

—Testificará contra Distéfano —dijo Pete—, y es probable que esté en libertad vigilada, durante algún tiempo, pero no irá a la cárcel. Está avergonzada de su participación en el plan y creo que eso cuenta.

—Ha hablado libremente y con detalle —agregó Jupe—. Admite haber hablado mal de Newt y Talia McAfee a sus espaldas, aunque nunca tuvo el valor de rebelarse. Estaba resentida por su modo de tratarla y por no tener dinero, cuando era probable que ellos

sacaran una buena renta de esa casa de Hollywood. Sin embargo no se atrevía a marcharse y vivir por su cuenta.

»Los McAfee la convencieron de que eran los únicos que se preocupaban por ella. En una ocasión, le dijo a la señora Collinwood que Talia McAfee le decía que era tan insignificante que nadie querría casarse con ella, y que, cuando Newt y Talia hubieran muerto, tendría que trabajar como camarera en cualquier fonducho pringoso y vivir en una habitación alquilada. Yo no creo que Eleanor lo creyese realmente, pero no estaba segura. Y no tiene educación ni conocimientos. Los McAfee se han cuidado de eso.

El señor Sebastián meneó la cabeza.

—Gente ruin. Debieran ir a la cárcel con Distéfano.

—¡Sería estupendo! —exclamó Bob—. Aunque mi madre dice que no me preocupe. Que esa clase de gente nunca son felices.

—¿Pero de quién fue la idea de llevarse los huesos como rehén? —preguntó el señor Sebastián—. ¿Fue de Eleanor? ¿Es que pensaba salir impune?

—Eleanor no está segura de a quién se le ocurrió primero —repuso Jupiter—. Le había hablado a Distéfano de la fórmula del doctor Birkensteen. Después de su fallecimiento, los miembros del comité de la fundación acordaron revisar sus papeles y decidir lo que hacían con ellos. Cuando se enteró, Distéfano sugirió a Eleanor que sería una vergüenza dejar escapar algo tan terrible como el anestésico. Dijo que podrían ganar mucho dinero con algo capaz de dormir a todo el mundo y luego evaporarse sin dejar rastro.

»Eleanor dice que pensó que bromeaba, y que ella le contestó algo como: “Seguro. Podríamos dormir a tío Newt, salir corriendo con su hombre de la cueva y vendérselo al museo más próximo”. Ella insiste en que no lo dijo en serio, pero Distéfano captó la idea y dijo: «No venderíamos al hombre de la cueva. Lo esconderíamos para pedir su rescate».

»Ella siguió pensando que Distéfano hablaba en broma, pero cuanto más hablaban de ello, más parecía cobrar sentido. Eleanor sabía que no estaba bien y, en realidad, Distéfano no le agradaba demasiado. Dice que siempre procuraba conseguir algo a cambio de nada. Pero él no cesaba de hablar de que ella nunca recibió nada de los McAfee y se reía de lo divertido que iba a ser dormir a todo el pueblo. Al fin Eleanor decidió acceder y le enseñó dónde estaba la

fórmula de Birkensteen y la llave del museo. Nunca le dieron nada de su casa de Hollywood. Ella no pensó que Distéfano fuese a pedir diez mil dólares, ni imaginó jamás que tratase de abandonar el pueblo llevándose la fórmula y utilizarla quizá para cometer otros delitos.

El señor Sebastián asintió.

—Casi no existe límite para las posibilidades delictivas de un producto como ése —dijo—. Con él podría robar bancos, desvalijar almacenes de joyería… hacer casi todo lo que se le ocurriera.

—Lo que hará realmente es pasarlo mal —dijo Bob—. Se le acusa de extorsión, robo y secuestro, aparte de resistencia al arresto. Y es una felonía utilizar un anestésico contra otra persona para poder cometer un delito, así que también le acusan de dormir a toda la población. Es un verdadero tunante. Pensó que no le atraparían nunca. No sé por qué, pero se lo creyó.

—Es el fallo casi universal de los delincuentes —prosiguió el señor Sebastián—. Piensan que jamás les descubrirán. ¿Pero y Hoffer? ¿Dónde está?

—Se ha ido de la Fundación Spicer… desacreditado —replicó Jupe—. Probablemente sólo tendrá que pagar una multa, pero ahora se sabe que intentó mancillar la reputación de Brandon. Tendrá buen trabajo para conservar la suya. Y naturalmente, no ganará la Beca Spicer. El comité de la Fundación ha decidido declararla desierta este año.

—Lo irónico de todo esto es que Hoffer hubiera podido conseguir ese dinero, si hubiese dejado en paz a Brandon. Su trabajo es valioso.

—¿Y los huesos? —preguntó el señor Sebastián.

—Los dos juegos están guardados bajo llave en la comisaría — repuso Jupe—. No saldrán de allí hasta que los casos de Distéfano y Hoffer estén resueltos. Newt McAfee está furioso porque no podrá abrir su museo hasta entonces. El doctor Brandon va a ir a Sacramento para ver al gobernador y pedirle que convierta la colina de McAfee en una especie de reserva, para que él y Terreano puedan seguir buscando fósiles. También espera que le confíen los huesos para estudiarlos antes de que sean expuestos el público.

—Eleanor Hess se irá a vivir a su casa de Hollywood. Los inquilinos notificaron a McAfee que se trasladaban, de modo que

vivirá allí y la convertirá en residencia para muchachas que vayan a la ciudad y no tengan donde hospedarse. Eso le producirá unos ingresos mientras estudia y no estará sola.

—Me parece bien —comentó Sebastián—. ¿Y qué hay de ese asombroso anestésico?

—Cuando detuvieron a Distéfano tenía un papel en el bolsillo —explicó Pete—. Cuando los policías le quitaron las esposas en la cárcel e iban a cachearle, se comió él papel. Creen que era la fórmula del anestésico. Es evidente que Distéfano destruyó las notas del laboratorio de Birkensteen. No las han encontrado por ninguna parte.

—Así que todo está bien, si termina bien —citó el señor Sebastián.

—Excepto que no sabemos si el anestésico hubiera beneficiado a la humanidad —objetó Jupe.

—Una última pregunta —dijo Sebastián—. Jupe, ¿cómo adivinaste dónde había escondido Hoffer al hombre de la cueva?

—Fue una corazonada —admitió Jupe—, pero la cripta parecía un lugar apropiado y lógico. Hoffer no se hubiera atrevido a esconder los huesos en la Fundación, y apenas pudo tener tiempo de enterrarlos a medianoche cuando iba descalzo y semidesnudo.

—El comisario encontró los huesos en uno de los nichos de la pared de la cripta. Los nichos fueron vaciados y los cadáveres trasladados al cementerio de Centerdale cuando la iglesia quedó sola y la propiedad fue vendida.

—Comprendo —dijo el señor Sebastián—. Está bien. Voy a tirar estos pastelitos estrafalarios y este batido de melón imbebible, y luego, si queréis, podemos ir a «Marvin, Hamburguesas Maravillosas» y comer hasta hartarnos.

—¡Estupendo! —exclamó Pete.

—Pero antes de que nos marchemos, y si no está usted demasiado ocupado —le dijo Jupiter—, ¿nos querría escribir el prólogo de este caso? Se lo agradeceríamos mucho.

El señor Sebastián sonrió.

—Es un caso raro y, bueno, extravagante, pero me ha impresionado vuestra sagacidad. Estaré encantado de escribir el prólogo. En realidad, será el primer trabajo con mi procesador de textos. Ahora estoy doblemente satisfecho por haberlo comprado.

¡Al paso que vosotros resolvéis misterios, lo voy a necesitar de veras!

FIN

Notas

[1] Son 30 centímetros. Multiplicados por 3/2 nos dan un número 45 de calzado. (N. del T.). < <

[2] Universidad de California. (N. del T.). < <

[3] Medida de capacidad que en USA equivale a 3,75 litros. (Nota del T.). < <